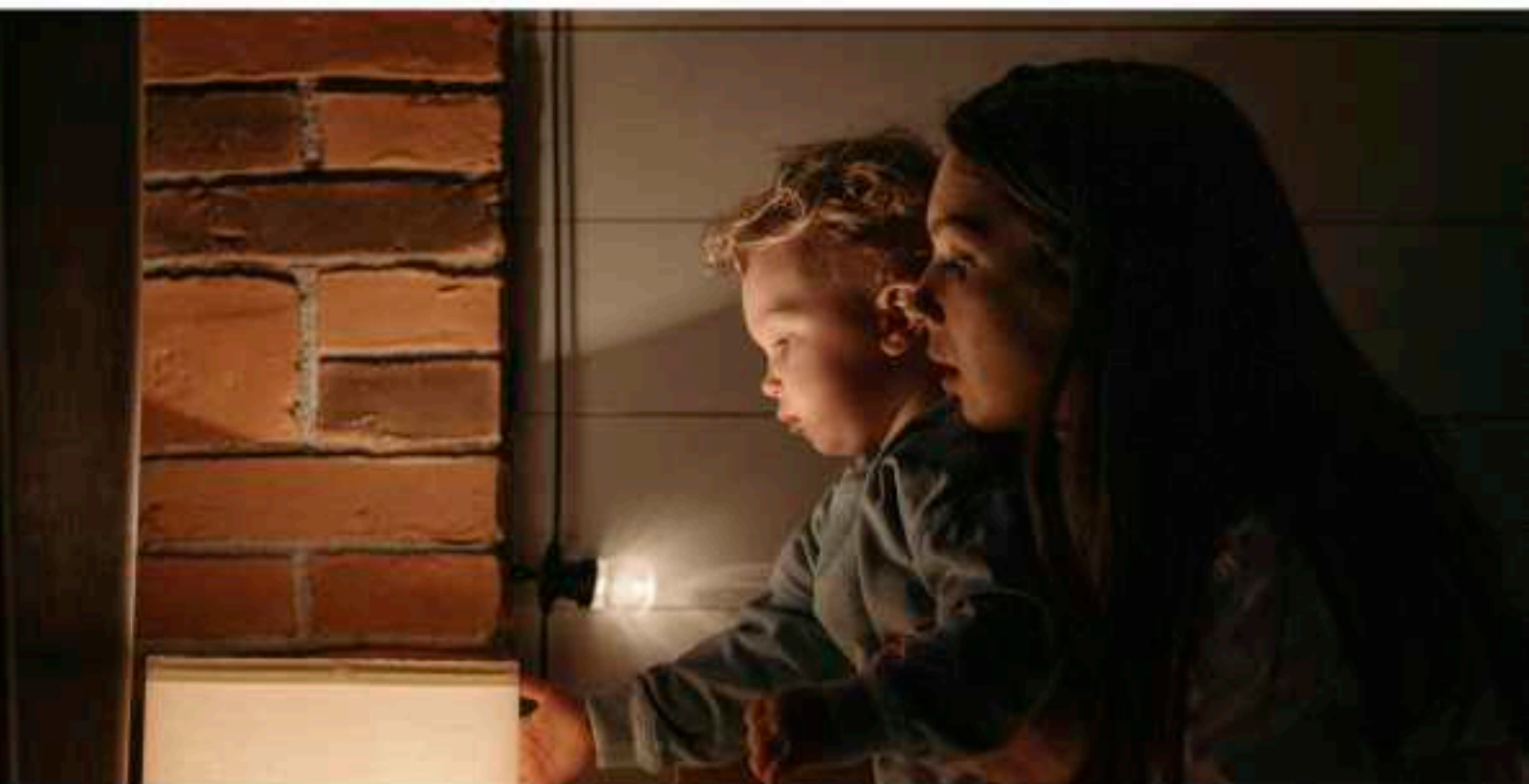


- PAPELES DE FORMACIÓN CONTINUA -

FORUM.COM



La historia de una madre



salesianos
SANTIAGO EL MAYOR

Delegación
de Formación



Número 230 - 24 de MAYO de 2026

ÍNDICE

Este número	3
La historia de una madre	
Retiro	4
Vivir un compromiso alegre y sincero con todos	
Formación	11
Tratarnos como hermanas y hermanos	
Comunicación	22
Francisco sigue velando por la vida consagrada	
Carisma	33
Salesianos Cooperadores, 150 años de vida apostólica	
Pastoral	45
Las emociones en el acto de fe	
La Solana	57
La justicia	
Por tu Palabra	67
“Siendo rico, por vosotros se hizo pobre” (2Cor 8,9)	
El anaquel	79
León XIV está preocupado por la fe en Europa	
Una estrella en mi ventana	82
De ateo a cristiano en una noche	

FORUM.COM – PAPELES DE FORMACIÓN CONTINUA

Revista fundada en 2000 – Tercera época
Delegación Inspectorial de Formación “Santiago el Mayor”

Delegado de Formación: Koldo Gutiérrez
Dirección: Mateo González [forum@salesianos.es]

Jefe de redacción: José Luis Guzón
Depósito Legal: LE 1436-2002 – ISSN: 1695-3681

ESTE NÚMERO

La historia de una madre

Hace apenas unos días celebrábamos los 150 años de la fundación oficial, por san Juan Bosco, de los Salesianos Cooperadores. Lo hacían en un mes de mayo, el mes en el que cerramos el curso de nuestra revista **FORUM.COM**, el tiempo en el que celebramos la presencia de María en la Historia de la salvación.

Al sumergirnos en los orígenes de lo que hoy son los Salesianos Cooperadores, gracias a la documentación que ha recopilado José Antonio Hernández en la sección “Carisma”, descubrimos las huellas de Dios en la historia que impulsa, precisamente en el carisma salesiano, toda la dimensión laical y eclesial que este puede aportar al mundo de Don Bosco y a nuestro tiempo.

A los pies de la Auxiliadora, cuyo Sí, transformó la historia ponemos este aniversario y el esperanzador futuro que llama a todos los grupos de la Familia Salesiana. Que nuestro compromiso formativo se vea alentado con recursos como estos que te ofrecemos en nuestra revistas y cuantas oportunidades se cruzan en nuestra historia.

Y como llegamos al final del curso permíteme recordarte que tienes a tu disposición el correo forum@salesianos.es al que puedes hacernos llegar cualquier comentario, queja o sugerencia. Gracias también a los que habéis hecho llegar vuestras aportaciones en este tiempo. Sin duda los tendremos en cuenta cuando comencemos una nueva andadura el próximo septiembre.

¡Feliz fiesta de María Auxiliadora! ¡Buena lectura!

*** Mateo González Alonso**

Vivir un compromiso alegre y sincero con todos, especialmente con los que más sufren

Francisco Rodríguez Míguez, SDB

1. Oración inicial

D.: Ven, Espíritu Santo,
santificador omnipotente.

T.: Ven a nosotros,
quédate entre nosotros,
vive en nosotros.
Tú, que colmaste de tus dones y de tu presencia
a la Virgen María, la llena de gracia;
Tú, que transformaste el corazón de los apóstoles;
Tú, que suscitaste en Don Bosco y en cada uno de nosotros
una vocación educativo-pastoral...
ven y santifícanos,
ven e ilumina nuestra mente,
ven y fortifica nuestra voluntad,
ven y purifica nuestra conciencia,
ven y corrige nuestro juicio,
ven e inflama nuestro corazón
ven y preservamos de todo mal. Amén

2. Reflexión¹

2.1. El punto de partida

Presentamos esta reflexión que se enmarca en nuestra campaña de pastoral desde uno de los objetivos que nos propone: *Promovemos un compromiso alegre y sincero con todos, especialmente con los que más sufren*; un objetivo que parte de la idea fundamental de que *la alegría del Evangelio* compromete nuestra historia y nuestras vidas, amplía la mirada y nos hace salir de nosotros, sentirnos enviados a la misión cotidiana, la del servicio en el día a día.

Se trata realmente de un compromiso porque creemos que el verdadero valor de nuestras acciones está en la forma en que nos vinculamos con los demás. Este compromiso no nace de la obligación ni de la apariencia, sino del deseo genuino de construir un mundo más humano y solidario. Pero es un compromiso, sobre todo, porque así seguimos el camino de Jesús, que no vino a ser servido, sino a servir, y a dar su vida por amor a todos, en especial por los más pequeños, los pobres y los olvidados.

El papa Francisco nos ha dejado la *Evangelii Gaudium*² que nos ayuda a ir a lo profundo de ese compromiso alegre y sincero que debe caracterizar nuestras vidas, especialmente atentas a las personas que más sufren. En concreto, Francisco ha enfatizado repetidamente la importancia de vivir el Evangelio con alegría y de comprometerse con los pobres. Sus enseñanzas resaltan que la alegría cristiana proviene del encuentro con Cristo y se manifiesta en la cercanía a los más necesitados. La promoción de los pobres, según el Papa, no es un aspecto opcional de la fe, sino una parte esencial de la misma, que refleja su realismo y validez histórica.

Más en concreto resalta estas tres ideas:

- **La alegría como fruto del Evangelio:**

Francisco habla de la alegría como una característica fundamental de la vida cristiana, una alegría que nace del encuentro con Cristo y se comparte con los demás, especialmente con los más vulnerables.

- **El Evangelio y los pobres:**

Destaca que el corazón del Evangelio está en los pobres, y que la promoción de su bienestar es un aspecto esencial de la fe cristiana.

- **Compromiso con los pobres:**

El compromiso con los pobres no es un mero acto de caridad, sino una exigencia de la fe, que busca la justicia y la solidaridad con aquellos que sufren.

¹ Vídeo de introducción: <https://youtu.be/d2n442qwJpk> (5min. 42 seg.).

² EG.- La exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* es un documento clave en el que el Papa Francisco llama a una solidaridad radical con los pobres y a una Iglesia en salida, que no se encierre en sí misma sino que se abra al mundo, especialmente a los que más sufren.

Así pues, hoy queremos detenernos un momento y dejarnos interpelar por esta invitación que nace del corazón del Evangelio, reconociendo, en primer lugar, que nuestro compromiso no es solo una tarea externa o una responsabilidad social. Es una respuesta al amor primero de Dios. Es Él quien nos amó primero (1Jn 4,19), quien nos miró con ternura, nos levantó del polvo, sanó nuestras heridas, y nos envió a ser testigos de su amor en el mundo.

Cuando uno ha experimentado la misericordia de Dios, no puede quedarse indiferente. El corazón comienza a latir al ritmo del Evangelio y nace en nosotros una necesidad interior: **compartir con otros lo que hemos recibido gratuitamente.**

2.2. Un compromiso alegre

Un **compromiso alegre** significa que nos acercamos a las personas con entusiasmo, esperanza y una actitud positiva. No se trata de un optimismo ingenuo, sino de una convicción profunda de que, incluso en medio del dolor y las dificultades, es posible encontrar motivos para sonreír, compartir y construir juntos. La alegría, en este sentido, es una fuerza transformadora que contagia y da vida, especialmente en contextos donde abunda la tristeza o la desesperanza.

El compromiso alegre es fruto de una fe viva. No es una alegría superficial ni forzada, sino la alegría del Evangelio, que brota del encuentro con Cristo resucitado. Él nos llena de una esperanza que no defrauda y nos envía a compartir esa alegría con los demás, especialmente con quienes atraviesan el dolor, la soledad o la injusticia. Como dice San Pablo: "*Estad siempre alegres en el Señor*" (Fil 4,4).

Pablo en Filipenses nos invita a una forma de vida que trasciende el optimismo pasajero: es una decisión práctica, constante y arraigada en nuestra relación con Cristo. Algo que podemos describir con estos cinco componentes:

1) **Alegría como mandato constante y decisión voluntaria**

Pablo escribe: "*Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!*". Repite la exhortación para subrayar que no se trata solo de un sentimiento, sino de un **compromiso diario**, incluso en medio de la adversidad.

2) **Fuente de la alegría: una relación con Cristo**

Esta alegría no depende de las circunstancias, sino de estar "en el Señor". Pablo, prisionero, demuestra que, aunque sufre la falta de libertad, su gozo venía de su unión con Cristo y de la certeza de su presencia y fidelidad.

3) **Una práctica comunitaria**

El gozo no es solo personal. Pablo anima a que se alegre toda la comunidad, ayudándose mutuamente. Es un compromiso compartido: un estilo de vida cristiano que se refuerza en comunidad.

4) Significado práctico: coherencia y testimonio

El compromiso alegre impacta la conducta. Pablo une regocijo con gentileza y ausencia de preocupación. Esto genera reconciliación, fortaleza interior y un testimonio cristiano auténtico

5) Una esperanza activa

Reconocer que “*el Señor está cerca*” (Fil 4,5) añade urgencia: vivimos confiados en el retorno de Cristo y con la convicción de que nuestra alegría tiene una base firme y un horizonte eterno.

En este mismo sentido, Francisco nos recuerda constantemente: “*No dejemos que nos roben la alegría del Evangelio*”. Nuestro compromiso debe estar marcado por esta alegría profunda, que no depende de las circunstancias externas, sino de sabernos amados y enviados.

No se trata de un activismo agotador ni de una entrega forzada. Es una **alegría que brota del servicio**, del encuentro con el otro, del consuelo que ofrecemos... y también del consuelo que recibimos. Porque muchas veces, al acercarnos a quienes sufren, es **Cristo mismo quien nos sale al encuentro**.

2.3. Un compromiso sincero

Un **compromiso sincero** implica actuar con autenticidad, transparencia y coherencia. Es ofrecer lo mejor de nosotros mismos, sin esperar nada a cambio, y con el corazón dispuesto a escuchar, comprender y acompañar. Esta sinceridad se refleja en gestos concretos: una palabra de aliento, una mano tendida, una presencia constante. Es la manifestación visible de una compasión activa.

El compromiso sincero nace de un corazón que se ha dejado tocar por el amor de Dios. No actuamos por interés ni por apariencias, sino por un deseo profundo de vivir el mandamiento nuevo del amor: “*Amaos los unos a los otros como yo os he amado*” (Jn 13,34). Esta sinceridad se expresa en gestos concretos de misericordia, acogida y servicio, como el buen samaritano que no pasa de largo ante el sufrimiento del hermano.

Esta cita de Juan sitúa a Jesús antes de entrar en la pasión y cuando lava los pies a sus discípulos, un acto de humildad y servicio extremo.

Este mandamiento es “**nuevo**” no porque el amor fuese desconocido, sino porque el amor que Jesús exige es “*como yo os he amado*”: un amor total, incondicional y sacrificial que implica un compromiso sincero:

1) Un amor genuino, no hipócrita.

No basta hablar de amor. Jesús pide un amor **auténtico**, que se manifieste en acciones sinceras, sin máscaras ni fingimientos.

2) **Servicio humilde y entrega personal.**

El ejemplo del lavado de pies muestra que el amor cristiano requiere ponerse al servicio, incluso en las tareas más humildes, demostrando disposición a dar la vida por los demás.

3) **Amor sacrificial e ilimitado.**

Amar “*como Él*” significa un amor dispuesto a todo, incluso a entregarse en la cruz. Jesús amó “*hasta el extremo*”, incluyendo incluso a los traidores y enemigos.

4) **Que la comunidad reconozca nuestra fe.**

Jesús añade: “*En esto conocerán todos que sois mis discípulos*”. El amor sincero no es sólo privado, es una señal visible de compromiso con Cristo.

5) El Papa Francisco ha insistido en que el amor de Jesús nos hace capaces de amar también a los enemigos y perdonar, y que solo este amor puede transformar el corazón y crear unidad auténtica entre las personas.

La sinceridad en nuestro compromiso significa actuar desde lo profundo del corazón, con autenticidad y coherencia. No se trata de hacer cosas para quedar bien o cumplir con una obligación, sino de **estar presentes de verdad, con todo nuestro ser**, allí donde se nos necesita.

La sinceridad es una forma de caridad. Es mirar al otro no como un problema que hay que resolver, sino como un hermano o hermana que necesita ser escuchado, acompañado y amado.

2.4. Nuestra opción por los que más sufren

Dar prioridad a los que más sufren es un acto de justicia y humanidad. Significa dirigir nuestra atención, nuestras energías y recursos hacia quienes han sido marginados, ignorados o heridos por la vida. Son ellos quienes más necesitan de nuestra cercanía, apoyo y alegría compartida. No por lástima, sino por una profunda conciencia de dignidad y fraternidad.

Este tipo de compromiso transforma tanto al que da como al que recibe. Es un camino de crecimiento mutuo, donde el sufrimiento no se esquiva, sino que se abraza y se comparte, para aliviarlo y convertirlo en esperanza.

Nuestra opción por los que más sufren es un eco del corazón compasivo de Jesús. Él se acercó a los leprosos, a los excluidos, a los pecadores y a los afligidos, no con condena, sino con ternura y sanación. Hoy, como discípulos suyos, queremos continuar su misión, siendo instrumentos de consuelo, justicia y esperanza donde más se necesita.

Este compromiso cristiano alegre y sincero no es una carga, sino una gracia. Es dejar que el Espíritu Santo nos mueva a amar con el mismo amor con que hemos sido amados. Y en ese camino, descubrimos que en servir a los que más sufren, encontramos a Cristo

mismo: *"Todo lo que hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis"* (Mt 25,40).

Esta cita de Mateo marca el fundamento evangélico de lo que la doctrina social católica llama **la opción preferencial por los más pobres**.

En el contexto del juicio final, Jesús identifica directamente sus propias necesidades con las de los más desfavorecidos: los hambrientos, sedientos, extraños, desnudos, enfermos o presos. Quien atiende a estas personas (los "más pequeños") lo hace como si atendiera a Cristo mismo; y quien las ignora, lo hiere directamente a Él.

Por tanto, esta enseñanza no es sólo una llamada a la caridad, sino un principio de **juicio moral y justicia cristiana**: nuestras acciones con los más vulnerables revelan nuestra relación real con Dios.

Así pues, **una opción preferencial por los que más sufren** es una enseñanza ética, social, política y cultural nacida del Evangelio y de la teología que encierra un significado práctico que podemos resumir del siguiente modo:

2.5. Un compromiso alegre

- 1) **Discriminación positiva**: atender primero a los más vulnerables como una compensación frente a la inclinación natural de marginar a los que menos aportan.
- 2) **Justicia sobre caridad aislada**: no basta la ayuda puntual; se exige transformar sistemas que perpetúan la pobreza.
- 3) **Reconocer al pobre como sujeto**: no solo recibir ayuda, sino ser protagonistas de su propia liberación, con dignidad y capacidad de acción.

El Evangelio es claro: **Jesús se inclinó siempre hacia los más pequeños, los enfermos, los excluidos, los que estaban rotos por dentro**. Y nos dice: *"Todo lo que hicisteis por uno de estos mis hermanos más pequeños, lo hicisteis por mí"* (Mt 25,40).

Por eso, nuestro compromiso no puede ser indiferente al dolor de los demás. No se trata solo de dar algo, sino de darnos, de hacer espacio en nuestra vida para aquellos que a menudo no tienen voz ni lugar.

Resumiendo, la opción preferencial por los pobres es el corazón del Evangelio hecho acción concreta: reconocer y servir al Cristo sufriente en los más vulnerables. Implica justicia estructural, solidaridad auténtica y un estilo de vida cristiano que coloca su dignidad y su voz en el centro de nuestra misión, no es asistencialismo aislado.

En este mes de mayo pedimos a María, la servidora humilde y fiel, nos enseñe a vivir este compromiso con el corazón disponible, con los pies en camino y con una alegría que contagie esperanza. Y que Jesús, el Buen Pastor, nos renueve en esta misión de amar, servir y sanar.

Para meditar:

- ¿Mi compromiso con los demás nace de un corazón tocado por el amor de Dios?
- ¿Vivo mi servicio con alegría y con esperanza, incluso en medio de las dificultades?
- ¿Estoy siendo sincero en mi entrega, o solo cumplo desde la obligación?
- ¿A quiénes más necesita hoy mi cercanía, mi oración, mi tiempo?

3. Oración conclusiva

A. Señor Jesucristo,

T. que diste a Don Bosco
como Madre, Maestra y Auxiliadora
a tu Madre Santísima,
y por su medio le indicaste el campo de misión,
y le inspiraste a fundación de nuestra Sociedad,
sigue mirando con benevolencia esta familia tuya,
y haz que sintamos siempre viva entre nosotros
la presencia y la obra de María:
Madre de la Iglesia y Auxiliadora de ellos cristianos.
Puestos en sus manos y guiados por ella,
concédenos ser, entre los jóvenes,
testigos creíbles de tu amor inagotable.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén

FORMACIÓN

Tratarnos como hermanas y hermanos

La vida consagrada, en camino hacia una cultura del cuidado³

Ianire Angulo Ordorika, ESSE⁴

En el núcleo del mensaje evangélico late una semilla de hermandad. Compartir la condición humana nos hace familia, pero esta se estrecha aún más si compartimos también la fe y el seguimiento de Jesucristo. Desde una mirada creyente, ser hermano y hermana de todo y de todos, como se percibía a sí mismo san Francisco de Asís, es una llamada de la que toda la humanidad participa.

Con todo, recurrir a la imagen fraterna ha sido el modo habitual para denominar a los miembros de las instituciones de vida consagrada a lo largo de la historia. Llamarnos *hermana* o *hermano* no significa sin más que siempre nos tratemos entre nosotros como tal. Si bien esta vocación se ha caracterizado por la atención hacia los demás, especialmente los más necesitados, avanzar hacia el buen trato y el cuidado *ad intra* sigue siendo una tarea pendiente.

1. No dar la vida fraterna por supuesta

Es suficiente una mirada panorámica a los orígenes de los distintos institutos de vida consagrada para comprobar que el cuidado late como motor en la mayoría de ellos. Todos surgieron con la intención de dar respuesta a alguna situación histórica capaz de movilizar los deseos de anunciar el Evangelio, sea con palabras o sin ellas. Un número ingente de instituciones nacieron impulsadas por la necesidad de atender la fragilidad de otros. Se constata así que el cuidado está en el ADN de la vida consagrada. A pesar de ello, con frecuencia nos hemos ocupado y preocupado más por mejorar la calidad y la

³ Pliego publicado en la revista “Vida Nueva”, núm. 3.444, 31 de enero al 6 de febrero de 2026 pp. 23-30.

⁴ Profesora de la Facultad de Teología de la Universidad Loyola de Andalucía.

calidez de la atención que ofrecemos hacia fuera de nuestras comunidades que por la que requiere cada una de las personas que configuran la comunidad.

En los tiempos fundacionales fueron las diversas situaciones, percibidas como *signos de los tiempos*, las que sirvieron como acicate que impulsaba hacia la misión. En la actualidad vivimos sumergidos en una crisis global de abusos en la Iglesia. Esta situación no es un “mero inconveniente”, pues también requiere ser comprendida como un *signo de los tiempos*, esto es, como una invitación a dejarnos interpelar sin miedo, como una luz capaz de iluminar aspectos de la realidad que son más complejos de lo que pensábamos y como una oportunidad para acoger la llamada que el Señor nos hace en estas circunstancias. No se trata ni de “algunas manzanas podridas” ni únicamente de los delitos sexuales. El papa Francisco planteó con claridad que en la Iglesia vivimos una cultura de abuso que está llamada a transformarse en una *cultura del cuidado* (*Carta al Pueblo de Dios*, 20 de agosto de 2018).

Como planteaba Francisco, las instituciones eclesiales están urgidas por esta llamada a la conversión, entre ellas las congregaciones e institutos de vida consagrada. En las últimas décadas, los escándalos provocados por los abusos en la Iglesia nos están haciendo cada vez más conscientes de que quizá no sabemos tratarnos entre nosotros tan bien como pensábamos. Hemos ido descubriendo que este tipo de delitos son la expresión última de unas dinámicas abusivas mucho más sutiles que delatan un modo de relación que no es sano. Esta situación de crisis nos permite reconocer que quizás haya maneras de tratarnos que hemos podido considerar normales durante mucho tiempo y que, a la luz de esta mayor consciencia y lucidez que nos ofrece el contexto actual, no deberían ser normales.

El punto de partida de cualquier proceso de conversión es reconocer que no vivimos lo que quisiéramos. La transformación de nuestras culturas institucionales requiere mirar la realidad sin miedo y no dar la vida fraterna por supuesta. Por más que nos llamemos *hermanos* y *hermanas*, demasiadas veces nuestra manera de tratarnos no es coherente con el modo en que nos denominamos. Atrevernos a decírnoslo, sin dramas ni autoflagelaciones por ello, es la condición *sine qua non* para ponernos en camino, para desear de manera efectiva ir evangelizando nuestra cultura congregacional y para disponernos a que el Señor, que es Quien nos transforma por dentro, haga “de las suyas”.

Es fácil deducir que esta actitud requiere evitar la tentación de espiritualizar la realidad. Con “espiritualizar” nos referimos a esa tendencia que nos suele brotar con facilidad a aplicar un barniz religioso y espiritual que nos dificulta abordar cuanto sucede con realismo y llamar a las cosas por su nombre. Toda realidad que no se mira a la cara, por más que no nos guste, y que preferimos esconder bajo discursos piadosos, se vuelve en nuestra contra, pues nos impedimos a nosotros mismos discernir, poniéndolo con honestidad ante el Señor para que Él nos muestre qué hacer con ello. La fraternidad será un taller de aprendizaje para nosotros y un testimonio del Evangelio para el resto en la medida en que vayamos combinando la más cruda realidad, que no edulcora, suaviza ni espiritualiza, con esa mirada creyente que nos permite intuir esa hondura no evidente de cuanto acontece.

Lo dicho hasta ahora no contradice que alertemos contra el riesgo de creer que el único modo de prevenir situaciones abusivas es regularizando cada escenario posible. En los

últimos años se han multiplicado los protocolos de actuación en caso de escenarios de abuso. Se trata de un recurso necesario y útil, porque necesitamos saber cómo actuar en cada momento cuando descubrimos una problemática de este tipo en el seno de nuestros grupos. A pesar de esta necesidad y utilidad, el gran desafío es transformar el modo en que nos tratamos.

Las relaciones humanas tienen siempre un elemento de complejidad inevitable, por más que nos enriquezcan sobremedida. Una forma errónea de percibir la crisis de los abusos en la Iglesia sería judicializar la vida diaria. La invitación es, más bien, a vivir con una confianza lúcida, pero no con una actitud defensiva que descubra abusos a cada momento y complejice esas dificultades cotidianas que siempre acompañan el hecho de compartir la existencia con otras personas.

Los lectores que hayan llegado hasta aquí se habrán percatado de dos cuestiones que quisiera puntualizar. Se habrán dado cuenta, en primer lugar, de que me refiero a la vida consagrada y sus instituciones. Eso no debería servir de excusa para que ninguno de los lectores se sienta exonerado y considere que lo que se diga en estas páginas no le afecta o no tiene nada que ver con él o con ella. Cualquier grupo humano, especialmente en el ámbito eclesial, se encuentra invitado a realizar la misma transición hacia una cultura del cuidado.

En segundo lugar, quienes lean estas páginas también se habrán hecho cargo de que vamos a centrarnos en las relaciones *ad intra* de las comunidades. Esta opción no busca prescindir de la reflexión sobre cómo tratamos y cuidamos a otros en aquellas tareas que encarnan la misión. De hecho, nuestra intención está muy lejos de pretender centrarse en el propio grupo, como si de un refugio cálido se tratara, pues nace de la convicción de que las personas somos una unidad y que, si mejora nuestra manera de relacionarnos con quienes compartimos el día a día, también lo hará el modo en que nos vinculamos con los demás.

La comunidad es el taller cotidiano donde aprendemos a conjugar el verbo amar en todos sus modos, tiempos y personas en lo cotidiano del día a día. Como bien sabemos por propia experiencia, aprendemos a través del ensayo y el error y, además, lo hacemos de manera procesual, en la medida que vamos adquiriendo capacidad para ello. Nos hace bien recordar que no sabemos querer como estamos llamados a hacerlo, pues esta es una misión que dura toda la vida. En esta carrera de amar como somos amados por Dios, solo nos graduaremos cuando nos encontremos cara a cara con Quien es el Amor (cf. 1 Jn 3, 2). Eso sí, mientras tanto, cuidar no deja de ser una asignatura obligatoria de los primeros cursos.

2. Cuidar: una asignatura de primero de amar

Quienes nos movemos en ámbitos universitarios sabemos que en todas las carreras hay asignaturas que puedes elegir cursar o no, mientras que otras, por su carácter esencial, se convierten en obligatorias. Siguiendo este imaginario, en esta “carrera” de aprender a amar, cuidar es una asignatura que no solo es obligatoria, sino que es tan básica que requiere ser abordada desde el primer curso. No es posible decir que queremos a alguien,

ni siquiera de manera incipiente y torpe, si no nos importa lo suficiente como para cuidar a esa persona.

Para seguir avanzando, conviene que clarifiquemos términos. En primer lugar, cuidar no es sinónimo de tratar con educación. Este es el mínimo, necesario y exigible, para poder convivir con otros, pero ser educados en nuestro trato con los demás no puede considerarse ni siquiera quererlos. En segundo lugar, cuando hablamos de *cuidar* no nos referimos a situaciones o momentos puntuales, sino a una comprensión mucho más global de esta acción. El cuidado no se puede limitar a la atención que prestamos a una persona en un contexto de enfermedad o en una circunstancia determinada. De hecho, el cuidado del que hablamos remite a esa fragilidad esencial que todos, por el hecho de ser seres humanos, albergamos en nuestro interior.

Los humanos nacemos frágiles y morimos frágiles y, durante el resto de nuestra existencia, nos dedicamos a disimular lo frágiles que somos. La condición humana es vulnerable en su esencia más profunda, por más que solo se haga evidente en determinadas situaciones. De aquí se derivan dos claves que queremos subrayar. Por una parte, que el *cuidar* resulta ser una actitud permanente en el modo en que establecemos vínculos con los demás. Por otra parte, que la hermandad germina y se despliega de manera especial en esta fragilidad compartida.

Por más que la reflexión sobre el cuidado haya surgido y se haya desarrollado en el ámbito de la sanidad, se trata de una realidad profundamente arraigada en la experiencia creyente. No resulta una cuestión anodina el hecho de que Jesucristo recurriera a curaciones como uno de los gestos que ponía en evidencia la llegada del Reino. La presencia salvífica de Dios en la historia se hace evidente cuando “los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen” (Mt 11, 5), como el mismo **Jesús** manda decir a **Juan el Bautista**.

Conviene no olvidar que los términos *salud* y *salvación* proceden de la misma raíz y *cuidar* tiene que ver, precisamente, con buscar la *salud/salvación* del otro que, como es fácil deducir, desborda con mucho una mera cuestión física y biológica. La misión evangelizadora, a la que todo bautizado es llamado y que es la razón de ser de cualquier institución eclesial, puede ser expresada en términos del cuidado, de ahí que nos juguemos tanto en transformar la cultura de nuestros institutos.

Cuidar tiene que ver con ayudar a que el otro saque a la luz su mejor versión, por eso no podemos confundirlo con un maternalismo-paternalismo que anña a los demás ni con la ingenua pretensión de evitarles cualquier frustración o dificultad en el camino, ni con edulcorar la realidad o pintarla de rosa. Además, todo cuidado tiene que ser personalizado, pues responde a las necesidades concretas y momentos vitales de cada persona, de tal modo que lo que resulta válido para unos no lo es para otros.

Desde el ámbito de la bioética, se ha dado muchas vueltas a qué es y qué implica el cuidado. Esta reflexión nos ofrece algunas características de aquello que implica cuidar a otros, lo que nos permite corregir nuestra mirada de estos y otros errores habituales, ajustándola a lo que realmente implica cuidar adecuadamente a los demás. En esta clave, hay cierto acuerdo en plantear que existen cuatro condiciones esenciales para que el

cuidado sea tal. Se trata de la escucha, la horizontalidad, la dignificación del otro y la reconciliación.

El impulso a la sinodalidad que ha supuesto el pontificado de Francisco nos ha familiarizado con la difícil pero urgente tarea que implica la escucha, que es mucho más que oír. Cuidar adecuadamente requiere escuchar lo que dice el otro con palabras o sin ellas. Supone acoger lo que vive y lo que siente la otra persona, para poder ofrecerle aquello que necesita y no lo que nosotros pensamos que debería necesitar. Tener bien abiertos, no solo los oídos sino todos los sentidos, para poner en el centro a la otra persona y dejar en un segundo plano cualquier idea previa, los prejuicios y toda receta fácil.

En estrecha relación con la escucha se encuentra la horizontalidad. Escuchar de verdad al otro nos pone en condición de igualdad con los demás. La reflexión sobre el cuidado nos recuerda que este solo se puede producir desde la horizontalidad. No se cuida a nadie “desde arriba”, de manera maternalista, sino caminando al lado, desde la convicción de que todos compartimos la misma condición vulnerable y que, desde ella, podemos cuidarnos unos a otros. La escucha y la horizontalidad denuncian cuántas veces, con la mejor de las intenciones, tomamos la iniciativa y hacemos por otras personas lo que nos parece que les vendría bien, sin escucharlas y situándonos ante ellas en un plano que no es de igualdad.

Otra característica del verdadero cuidado es que siempre busca dignificar al otro. Si hay un punto de encuentro básico entre creyentes y no creyentes, es la convicción de que el ser humano tiene dignidad por el mero hecho de serlo. Tiene valor y no precio, por lo que ha de ser tratado siempre como un fin y nunca como un medio. Cuidar supone siempre una máxima delicadeza con la dignidad de la persona y una inquietud permanente por buscar desplegarla. Se trata de hacer crecer y nunca mermar, en nuestro caso, al hermano o a la hermana, desplegando su mejor versión, por más que esta no sea la que más me guste o la que más nos convenga institucionalmente.

Por último, la reflexión sobre el cuidado nos recuerda que este siempre nos lleva a apostar por reconciliar a la persona consigo misma, con la vida y sus circunstancias, con los demás y, desde una perspectiva de fe, con Dios. Este rasgo del cuidar, que camina de la mano con ese delicado respeto a la dignidad del que hemos hablado, no es sencillo. De hecho, implica facilitar el restablecimiento de las relaciones rotas y fortalecer los vínculos que puedan estar dañados.

¿Qué consecuencias tendría aplicar estos cuatro rasgos del cuidado en el día a día de las instituciones de vida consagrada? ¿Cómo serían nuestras relaciones dentro y fuera de la comunidad? ¿Podemos decir con honestidad que el ambiente y la cultura que rezuman nuestros institutos se caracterizan por el cuidado? Aún queda camino por delante para aprender a tratarnos como hermanos y hermanas. El ejemplo bíblico más contrario a la fraternidad quizá nos pueda ofrecer algunas pistas para ello.

3. Aprendizajes de Caín y Abel

Hay ocasiones en las que, para ilustrar una realidad, resulta mucho más gráfico y elocuente fijarnos en lo contrario. Esto es lo que pretendemos en las próximas páginas, pues asomarnos al texto bíblico de **Caín y Abel**, que es el paradigma de lo contrario al trato fraterno, nos puede ofrecer algunos aprendizajes válidos y valiosos para nuestra vida comunitaria. Nada más comenzar, el texto bíblico pone en evidencia la diferencia que separa a ambos:

“Fue Abel pastor de ovejas y Caín labrador. Pasó algún tiempo, y Caín hizo al Señor una oblación de los frutos del suelo. También Abel hizo una oblación de los primogénitos de su rebaño y de la grasa de los mismos” (Gn 4, 2b-4a).

La mención a que cada uno de los hermanos ejerce una profesión diferente no es un dato anodino. Ser pastor y labrador no implica solo una tarea distinta, sino que apunta a dos modos totalmente diversos de situarse en la existencia. De hecho, algunos autores consideran que esta referencia es una huella del conflicto que existió en una época de la historia de Israel entre nómadas, que trashumaban con sus ganados, y sedentarios, dedicados al cultivo de la tierra.

En principio, la diferencia entre las personas no es un problema en sí mismo. De hecho, en la hermandad se supone. Con todo, en la práctica se nos hace complicado convivir con ella. En la vida comunitaria, la diferencia también se supone y viene implícita. No se trata solo de diversidad de edades, culturas, formas de ser, sino que también entran en juego las diversas maneras de comprender la vida consagrada, la propia vocación y el modo en que esta se concreta en la institución compartida. Cuando las diferencias atañen a elementos esenciales, como sucedía con la cosmovisión implícita en la vida sedentaria y en la nómada, todo se complica.

Ante lo diverso, es fácil que se despierten nuestros mecanismos de defensa más inconscientes, esos que tienden, por ejemplo, a canonizar como únicas ciertas formas externas, por más que no vayan a lo esencial. Sin pretenderlo, podemos terminar cosificando el carisma y olvidándonos de que, como don del Espíritu Santo que es, no se puede encorsetar ni quedar reducido a una única manera concreta de vivirlo. La inseguridad que nos genera lo distinto nos puede llevar a darle mucha importancia a realidades que no la tienen tanto, más por la seguridad que nos ofrece el “siempre se ha hecho así” que porque sean tan relevantes.

Ir generando ambientes de fraternidad y de cuidado mutuo pasa por abrirnos a la posibilidad de que no poseemos toda la verdad sobre la vida consagrada y que existen formas diversas a la nuestra de vivir tanto esta como otras vocaciones. Ni siquiera pertenecer al mismo instituto nos debería uniformar. No hay nada que contradiga de forma más evidente el núcleo de la fe cristiana que confundir la unidad con la uniformidad. Confesamos a un Dios que es Uno en tres Personas diferentes.

La Trinidad delata que la máxima unidad se produce en el amor y que las diferencias no son un obstáculo para ello. Considerar que solo hay un único modo de vivir la vocación a la vida consagrada o el carisma de un instituto es, en la práctica, negar la fe trinitaria y amordazar al Espíritu Santo. La pluralidad enriquece al conjunto, por más que pueda

resultar conflictiva. En el relato, aunque la diversidad de profesiones de Caín y Abel apunta ya a un problema de fondo, aún no se ha desvelado el motivo del conflicto:

“El Señor miró propicio a Abel y su oblación, mas no miró propicio a Caín y su oblación, por lo cual se irritó Caín en gran manera y se abatió su rostro. El Señor dijo a Caín: ‘¿Por qué andas irritado, y por qué se ha abatido tu rostro?’” (Gn 4, 4b-6).

La reacción de Dios con relación a la ofrenda de Caín es el detonante del conflicto entre los hermanos. Las diversas tradiciones interpretativas, tanto judías como cristianas, han intentado explicar de diversos modos el motivo por el que el Señor no miró propicio a Caín y su ofrenda. Detrás de este intento de entender y ofrecer razones para la reacción divina se esconde, por una parte, una proyección de nuestro imaginario sobre Dios y, por otra, la dificultad que tenemos para aceptar la libertad de los demás, incluida la divina.

En el día a día también hemos de reconocer que nos cuesta aceptar el hecho de que no podemos gustarle a todo el mundo. Por más que sea obvio que a todos no les va a agradar lo que digamos, pensemos, hagamos o cómo vivimos nuestra vocación, en la práctica no lo gestionamos tan bien como quisiéramos, siendo el origen de muchas dificultades. Entre los motivos por los que esta realidad origina conflictos, está porque pone en evidencia cuánto dependemos de la aprobación de los demás y cómo anhelamos recibirla.

El pasaje del Génesis pone sobre la mesa la compleja cuestión de las expectativas y del papel que estas juegan en nuestra existencia. Nos referimos tanto a las que nosotros tenemos sobre los demás y su comportamiento como aquellas que los otros vuelcan sobre nosotros. Sea cual sea, conviene aceptar que toda expectativa está expuesta a ser frustrada. Nos hace bien ser capaces de poner palabra y reconocer qué esperamos de los demás para, a su vez, reconocer que el resto de las personas no tienen por qué comportarse tal y como nosotros deseamos.

De manera similar, tampoco nosotros podemos pretender vivir satisfaciendo las expectativas de los demás ni los deseos ajenos. Conviene no confundir cuidar con actuar constantemente según quieran los demás. Pretender sacar la mejor versión del otro no es sinónimo de amoldar nuestra forma de ser y de comportarnos a lo que el otro pretende. De hecho, es sano para todos no tener reparo en frustrar expectativas, propias y ajenas, aprendizaje que no es nada sencillo, menos aún en el ámbito eclesial. Cuidar, como hemos visto, implica dignificar, y eso atañe tanto al que ejerce el cuidado como al que lo recibe. Amoldarnos a las expectativas de los demás es una negación de nuestra verdad esencial que tiene poco que ver con el esfuerzo y la ascesis que siempre conlleva querer el bien del otro, por más que puedan confundirse.

Asumir la absoluta libertad del otro, como la de Dios en el relato, implica aceptar que vamos a ser frustrados, porque no podemos ni debemos controlar que la realidad se comporte como desearíamos. Querer y cuidar al otro, más bien, tiene mucho que ver con que nos importe más la persona que el hecho de que actúe como quisiéramos o no. La gratuidad del cariño se pone en evidencia, precisamente, cuando este no depende de que haga lo que anhelamos. Del mismo modo, avanzar en la compleja tarea de liberar nuestra libertad de los condicionamientos externos y hacer un adecuado uso de ella

supondrá, en algún momento, frustrar expectativas ajenas, en pro del actuar en conciencia y sabiendo que de eso no muere nadie.

El texto bíblico también habla de los sentimientos de Caín. Afirma que “se irritó en gran manera” y que “se abatió su rostro”. No siempre escuchamos la información que nos ofrecen los sentimientos y tendemos a juzgarlos. La envidia o la ira, como las que podía sentir nuestro personaje, no tienen carga moral. No es “bueno” o “malo” albergar estos sentimientos, aunque no nos gusten, pues solo podemos valorar en esa clave aquello que hagamos con los que sentimos. La paradoja es que, por no escucharnos por dentro y no atrevernos a reconocer ciertas emociones y ponerles palabra, acabamos convirtiéndonos en esclavos de ellos.

Dar carta de ciudadanía a nuestros sentimientos implica mirarlos a la cara, sin juzgarlos, nombrar y enterarnos de qué vivimos, qué sentimos, qué necesitamos, qué hubiéramos deseado que otros hicieran... incluso cuando nuestras respuestas no sean políticamente correctas y no nos guste escucharlas. Si negamos los sentimientos o pretendemos ignorarlos, tampoco nos damos la opción de decidir qué quiero hacer con ellos, de preguntarnos cómo quiero actuar ni de ponerlos ante el Señor para que Él los transforme y evangelice.

No solo eso, sino que, cuando no tomamos consciencia de qué es lo que sentimos y cuáles son los motivos, tampoco nos hacemos cargo de ellos y tendemos a considerar al resto responsables de nuestros sentimientos. Así, es fácil comportarnos movidos inconscientemente por las emociones, atacar a los demás o vivir tirando balones fuera. Por todo eso, la pregunta que Dios lanza a Caín era la oportunidad para este movimiento de escucharse por dentro y decidir cómo quería actuar... y ya sabemos que no es lo que sucede.

El interrogante que plantea el Señor sobre el motivo de la irritación y la tristeza de Caín es una oportunidad desaprovechada para reconocer cuál es la herida que la situación ha tocado. Los sentimientos nos dan una información muy relevante sobre cuáles son nuestros puntos frágiles o cuál es el callo que nos pisan las circunstancias. Siguiendo con la imagen, si estamos en un lugar abarrotado de gente, es probable que nos pisen, pero todos hemos experimentado que no es lo mismo dónde recibimos ese pisotón.

Cuando algo nos duele especialmente o genera en nosotros sentimientos desmedidos, conviene darle la vuelta y reconocernos ante la oportunidad de ubicar uno de nuestros puntos débiles, de nuestras heridas sin acabar de sanar. Con frecuencia, detrás de situaciones conflictivas hay heridas personales que hacen que una realidad nos afecte más de lo que podría parecer razonable. Nos hace bien preguntarnos con honestidad por qué nos cuesta vivir con paz ciertas situaciones y qué dice de nosotros, de nuestra historia y de nuestras experiencias pasadas de relación.

No se trata de quitarle importancia a que podamos estar pisándonos, consciente o inconscientemente, en el día a día, ni de justificar que no actuemos para que eso deje de suceder, sino de que, además, nos sirva como oportunidad de ubicar nuestras asignaturas pendientes y descubrir una invitación a sanar, fortalecer o crecer por ahí. No es este el camino que recorrió Caín, pues ya sabemos lo que sucede después:

“Caín dijo a su hermano Abel: ‘Va- mos a fuera’. Y cuando estaban en el campo, se lanzó Caín contra su hermano Abel y lo mató” (Gn 4, 8).

Nosotros no vamos a cometer ningún asesinato, pero existen muchas maneras no cruentas de “matar”, de algún modo, a nuestros hermanos. El silencio, que puede ser una caricia cuando se emplea en el momento adecuado, también es un arma que hiera cuando se emplea para manipular, ignorar o mostrar indiferencia hacia el otro. La maledicencia, a veces socapa de “desahogo”, suele pretender buscar aliados en la propia visión del otro y no a quienes puedan contrastar nuestra interpretación de la realidad. “Matamos” poco a poco a las personas en la medida en que las valoramos por lo que hacen y no por lo que son, o cuando no validamos ni acogemos lo que viven e invalidamos sus sentimientos mediante explicaciones racionales.

Cada vez que pretendemos dar soluciones fáciles y simples a la complejidad de la vida de otra persona, cada vez que confundimos lo subjetivo con lo objetivo para desacreditar su vivencia o cada vez que confundimos la corrección fraterna con correctivos fratricidas, estamos asesinando a nuestros hermanos poco a poco, sin necesidad de que corra la sangre.

Dios, que no da a nadie por perdido, vuelve a dirigirse a Caín:

“El Señor dijo a Caín: ‘¿Dónde está tu hermano Abel?’. Contestó: ‘No sé. ¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?’. Replicó el Señor: ‘¿Qué has hecho? Se oye la sangre de tu hermano clamar a mí desde el suelo’” (Gn 4,9-10).

La indiferencia por Abel que muestra la respuesta de su hermano nos puede resultar escandalosa, pero esa indiferencia también tiene muchos rostros cotidianos. El primero de ellos es confundirla con el respeto por la persona. Cuántas veces justificamos como respeto al otro lo que, en realidad, tiene más que ver con no querer complicarnos la vida. Nos urge tomar conciencia de que cualquier conflicto que sucede en el ámbito de la comunidad nos afecta a todos, no solo a las personas directamente implicadas.

De hecho, no son pocas las ocasiones en las que ese desentendernos, que barnizamos de respeto, está impulsado por el miedo: a salir mal parados, a lo que otros vayan a decir, a que no se nos entienda o se nos malinterprete... En el ámbito eclesial y, de manera muy especial, en la vida consagrada hay un miedo endémico al conflicto y preferimos la paz, por más que sea la del cementerio. Cuando los conflictos no se ponen sobre la mesa y se abordan, acaban enquistándose. Aun así, ostentamos un amplio currículum de silencios ante las injusticias, tanto en cuestiones grandes como pequeñas.

4. Conversión a la fragilidad

Nos hemos detenido en el relato bíblico de Caín y Abel por tratarse del anti-paradigma del cuidado fraterno, pero no cabe duda de que nuestro verdadero paradigma no es otro que el amor del Señor manifestado en Jesucristo (cf. 1 Jn

4, 9-11). Quien más o quien menos, hemos hecho la experiencia de que ese Dios que se define por Amor nos acoge siempre tal y como somos, sin que eso se contradiga con el modo en que nos ayuda a crecer y a sacar nuestra mejor versión.

El Evangelio está atravesado por la convicción de que somos amados en absoluta gratuidad, sin condiciones ni merecimientos por nuestra parte. Esa vivencia, como bien sabemos, no nos ahorra dificultades, frustraciones ni caídas, porque no se nos asegura que todo vaya bien, sino que Él caminará siempre a nuestro lado.

Nos pase lo que nos pase, nos pasa con Él, que está con nosotros “todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20). Además, afirmar que Dios nos quiere a “todos, todos, todos”, como decía el papa Francisco, no implica que lo haga “en genérico”.

El Señor nos ama de manera diferenciada, a cada uno según la forma en que necesitamos ser amados en cada momento. Lo hace, además, enteramente, con todo lo que somos y en todas nuestras dimensiones, extrañamente, porque nunca debería dejar de sorprendernos un amor de ese calibre y tan inmerecido, entrañablemente, con toda la ternura posible, y eternamente, pues su amor hacia cada uno de nosotros no acaba con la muerte.

Este y no otro es el modelo que seguir en cuestiones de amor, por más que se escape de nuestra capacidad y solo nos acerquemos por pura gracia, porque la vocación de todo bautizado no es otra que amar como hemos sido amados (cf. Jn 13, 34-35). Ni podemos ni sabemos amar así, sino que el mismo Señor es quien va amoldando nuestro corazón y asemejándolo al suyo. Eso sí, todo don se convierte en tarea que nos exige responsabilidad.

Aprendemos a querer en la medida en que nos experimentamos queridos; por eso, como plantea la primera carta de Juan, querer a los demás es la “prueba del nueve” de que hemos hecho experiencia real de Quién es Dios y cómo somos amados por Él (cf. 1 Jn 4, 7-8). Ir transformando la cultura institucional, para que esté marcada cada vez más por el cuidado mutuo, no es solo una cuestión de empeño, de decisión y de convicción de la importancia que tiene. También es la expresión de la calidad de nuestra vida creyente y de en qué medida dejamos al Señor que su amor nos transforme por dentro.

Aprender a cuidarnos mejor es un proceso continuo, un aprendizaje que dura toda nuestra existencia y que, como todo aprendizaje, se produce por ensayo y error. Los intentos fallidos forman parte del camino y son importantes en sí mismos, porque más vale que no salga bien y no acertemos buscando lo mejor del otro que no intentarlo por miedo al error. Nos hace bien recordar que el único que fue regañado en la parábola de los talentos fue aquel que, por miedo, no puso en juego la moneda que se le había dado (cf. Mt 25, 24-29). De hecho, todos tenemos experiencia de cuánto se aprende de los fallos, por más que exijan hacernos responsables de sus consecuencias.

La vida comunitaria es, sin duda, el taller privilegiado de este aprendizaje en el amor concreto. Es en el día a día de las personas con las que convivimos donde se produce el cuidado cotidiano, porque también es el ámbito donde hemos de acoger y abrazar quiénes somos. Como planteábamos antes, la fragilidad es una característica de la condición humana. El cuidado, tal y como lo hemos planteado, podrá ir convirtiéndose

en la tónica de nuestras relaciones en la medida en que cada persona vaya asumiendo y abrazando su propia vulnerabilidad constitutiva.

Los verdaderos encuentros solo se producen en la medida en que nos despojamos de nuestras armaduras, protecciones y roles para presentarnos ante el otro en la autenticidad de lo que somos, desde las luces y las sombras que nos caracterizan. Así, desprotegidos, nos podemos encontrar con aquellos que también se presentan desarmados, reconocer la vulnerabilidad compartida y establecer vínculos sinceros desde la verdad que somos. Dispuestos de este modo, nos haremos cargo unas/unos de otras/otros desde ese cuidado que escucha, que dignifica, que se sitúa al lado, no por encima, y que reconcilia en la medida en que vayamos reconociéndonos frágil entre frágiles.

La transformación de nuestras culturas institucionales a una cultura del cuidado solo es posible desde una previa conversión a la fragilidad. Esta ha de comenzar por cada uno de los miembros de la comunidad, en el compromiso de cada uno por el bien común, y, además, no puede olvidar que ninguna conversión es cuestión de mero esfuerzo personal, sino que requiere dejar actuar al Señor en nuestra vida. A cuidarnos se aprende en la calderilla de nuestra existencia, sin alharacas ni fuegos artificiales, porque es ahí donde tomamos las pequeñas decisiones cotidianas por el bien del otro. Desde lo pequeño, aunque pueda pasar desapercibido, es como se va cambiando la cultura, aunque requiera la certeza creyente de que la semilla crece por sí sola sin que sepamos cómo (cf. Mc 4, 26-27). Entonces, no solo nos llamaremos *hermano* o *hermana*, sino que nos trataremos como tales.



**CONSULTA
TODOS LOS NÚMEROS**

forum.salesianos.es

COMUNICACIÓN

Francisco sigue velando por la vida consagrada⁵

Cardenal Aquilino Bocos Merino, CMF

“Su imagen seguirá viva entre nosotros y su palabra resonará en nuestros corazones para abrirnos a la luz, al amor, a la solidaridad y a la esperanza. Su ejemplo de vida profética y ardor misionero seguirá estimulando nuestra vida consagrada como signo y aliento evangelizador”

El 21 de abril de este año 2025, estando en curso el Jubileo de la Esperanza, murió el Papa Francisco. Sus últimas intervenciones fueron consideradas como una auténtica despedida, envuelta en el misterio de la resurrección de Jesús. Antes de partir a la casa del Padre bendijo al Pueblo de Dios con la bendición pascual. La celebración de su funeral fue todo un signo de fe y de gratitud por su vida y su magisterio. La Iglesia, consciente de ser misterio, comunión y misión y que cree en la comunión de los santos, sabe que su presencia seguirá siendo real a través de **la memoria del ejemplo de su vida y de la fuerza profética de su palabra en el servicio al Evangelio**. La convicción de que la Iglesia, pueblo fiel santo de Dios, es misterio, le hizo repetir con frecuencia que no la miremos como una ONG, a la que “servimos”, sino el misterio que nos envuelve, que nos abraza y urge a salir a comunicar el amor que Dios nos tiene.

En este mundo, en que todo pasa, en que todo sucede con vertiginosidad y se palpa la caducidad, solo permanece lo bueno, lo bello y lo auténtico. Permanece la imagen de la vida de los justos, de los hombres íntegros y libres. “El recuerdo del justo es bendito” (Pr. 10,7). Francisco camina en presencia del Señor en el país de la vida (Sal 114) y, ante el Cordero, canta ya el himno de los redimidos (Ap 15, 3-4). Su imagen seguirá viva entre nosotros y su palabra resonará en nuestros corazones para abrirnos a la luz, al amor, a la solidaridad y a la esperanza. Su ejemplo de vida profética y ardor misionero seguirá estimulando nuestra vida consagrada como signo y aliento evangelizador. **Esta es la razón de nuestra memoria agradecida a su persona y a su servicio a la Iglesia y a la humanidad.**

⁵ Artículo publicado en la revista *Tabor* y recogido en la web “Religión Digital”.

1. Conocer a Bergoglio para conocer al Papa Francisco

En enero de este año 2025 se publicaba la Autobiografía del Papa Francisco. Es de agradecer que nos revelase los momentos claves de su vida, porque son un testimonio de fidelidad y coherencia. **El título es *Esperanza*. Es la palabra que lo define.** Creo que es la que más se repite en todas sus publicaciones: siendo sacerdote jesuita⁶, obispo y Papa. Basta repasar su abundante bibliografía dedicada al tema. Lo más relevante es que siempre fue un hombre de esperanza. Unas palabras de Nino Costa, puestas en la primera página de la autobiografía, confirman su talante: “Directos y sinceros, tal y como son se muestran: testarudos, pulso firme e hígado sano, hablan poco, pero saben lo que dicen; aunque caminan despacio, van lejos”.

En esta autobiografía ofrece el texto de una oración que compuso en vísperas de su ordenación sacerdotal. En ella afirma: “*Creo en la vida religiosa*”. **Francisco ha seguido creyendo en su vocación religiosa como jesuita.** Lo ha manifestado de múltiples formas, muchas de ellas conocidas. Se ha sentido “primereado”. Su vocación es el quicio de su vida, el arraigo y el dinamismo de su misión evangelizadora. El don de la vocación le ha llevado a ponerle en horizonte de universalidad y a estar siempre disponible. Desde su juventud tuvo la ilusión de ir a las misiones lejanas de oriente. Afianzó su vocación y cultivó sus convicciones, como alguna vez ha expresado, en la oración de adoración y de alabanza.

Para entender su interés y preocupación por la vida consagrada, es obligado recordar que, además de ser un fiel hijo de San Ignacio, se empapó del Concilio Vaticano II, del Magisterio de los Papas Pablo VI, Juan Pablo II y Benedicto XVI. Ha escrito orientaciones muy profundas y valiosas para consagrados y consagradas: *Meditaciones para religiosos* (1982). En 1992 escribe *Reflexiones espirituales sobre la vida apostólica*. En 1994 participó en el Sínodo de la vida consagrada⁷. Quedé admirado al escuchar tan densa intervención en el Sínodo. Era obispo Auxiliar de Buenos Aires y se sentaba en el aula sinodal junto a la M. Teresa de Calcuta. Me causó tal impacto lo que dijo que me acerqué a felicitarle y, de paso, saludé a la M. Teresa. Al recordar esta aportación al Sínodo, quiero resaltar que en ella se ofrece un cuadro de orientaciones que han sido desarrolladas por Bergoglio siendo papa Francisco. **En su intervención resaltó que la vida consagrada es un Don del Espíritu a su Iglesia, que sólo tiene razón de ser en ella y para ella.** “Una familia religiosa es familia en cuanto está integrada en la gran familia, en el santo pueblo fiel de Dios”. Subrayó hacia dónde había de apuntar el dinamismo de la renovación y su empeño por la evangelización. Ya en ese momento denunció el *funcionalismo* y -haciéndose eco de H. De Lubac- la *mundanidad*, como peligros para la vida consagrada del futuro.

⁶ Ya en 1992 publicó *Reflexiones en esperanza*, Universidad del Salvador. Buenos Aires. Luego se ha publicado: *La esperanza nunca defrauda*, libro que recoge las diversas reflexiones sobre el tema siendo arzobispo de Buenos Aires (2000-2012).

⁷ El texto de aquella magnífica intervención ha sido publicado en la revista *Vida Religiosa* y en el libro: *¡Despertad al mundo! Palabras a la vida consagrada* papa Francisco. Jorge M. Bergoglio, *¡Despertad al mundo! Palabras a la vida consagrada*, PCl, Madrid, 2016, 27-40.

Disponemos de no pocas obras de su magisterio episcopal en torno al servicio y a la educación. Son luminosas sus orientaciones pastorales para el Pueblo de Dios y las diversas formas de vida cristiana. Afortunadamente contamos con muchas obras escritas sobre la figura del Bergoglio-Francisco. A través de ellas se puede percibir su personalidad, su calidad humana, su capacidad de relación, su empeño por cuidar los encuentros y fomentar la reconciliación. **La viveza de su lenguaje ha consagrado una serie de “bergoglismos”**⁸. En su modo de expresarse y en su estilo de comportamiento era popular, pero no vulgar. Entre los autores que alimentaron su privilegiada inteligencia están: Lucio Gera, Rafael Tello, Alberto Methol Ferré, Juan Carlos Scannone. También Eduardo Pironio, de quien era amigo. Entre los teólogos europeos que influyen poderosamente en él están: Henri de Lubac, Yves M. Congar, Gaston Fossard, Michel Certeau, Hans Urs Von Balthasar y Romano Guardini. De ahí la altura, densidad y perspectiva que adquiere su pensamiento, siempre vigilante, discernidor y emprendedor. Desde los primeros años de ministerio apostó por los procesos de crecimiento y transformación, tal como aparecen ya en *Meditaciones para Religiosos*, pp. 49-50, publicado en 1982.

Añado un testimonio del amor del Cardenal de Buenos Aires por la vida consagrada. En mi relación personal con él, desde 1994, **pude apreciar sus sentimientos e interés por la vida consagrada en las Plenarias de la Congregación de Religiosos**, de la que éramos miembros en aquellos años. Aún recuerdo sus aportaciones cuando se preparaba el documento “Caminar desde Cristo”. Y, en una conversación en Buenos Aires, pude apreciar su austeridad en su vida, en el uso de los medios públicos y el amor a los pobres.

Un dato de no menor importancia en su vida ministerial fue **su aportación a la V Conferencia del CELAM, celebrada en Aparecida en el 2007. Se sabe cuánta fue su influencia en la redacción del documento final**. Sobre la vida consagrada resalto estos dos párrafos: “En un continente, en el cual se manifiestan serias tendencias de secularización, también en la vida consagrada, los religiosos están llamados a dar testimonio de la absoluta primacía de Dios y de su Reino. La vida consagrada se convierte en testigo del Dios de la vida en una realidad que relativiza su valor (obediencia), es testigo de libertad frente al mercado y a las riquezas que valoran a las personas por el tener (pobreza), y es testigo de una entrega en el amor radical y libre a Dios y a la humanidad frente a la erotización y banalización de las relaciones (castidad)” (n. 219). Y un poco más adelante añade: “Los pueblos latinoamericanos y caribeños esperan mucho de la vida consagrada, especialmente del testimonio y aporte de las religiosas contemplativas y de vida apostólica que, junto a los demás hermanos religiosos, miembros de Institutos Seculares y Sociedades de Vida Apostólica, muestran el rostro materno de la Iglesia. Su anhelo de escucha, acogida y servicio, y su testimonio

⁸ Entre las expresiones que más fortuna fueron haciendo, además de primerear, están: “balconear”, “hagan lío”, “ningunear”, “vulnerabilidad”, “misericordiando”, “fecundidad”, “gramática de la proximidad”, “autorreferencialidad”, “involucrarse”, “pluriformidad”, “cultura del encuentro”, “establecer puentes”, poliedro”, “soñar, sueños”, “oler a oveja”, “ningunear”, “patear para adelante”, “tienda de campaña”, “habríaqueismo”, “clericalismo”, “periferia”, “callejeros de la fe”, “trepas”, “carrerismo”, corrupción, “exclusión, marginación y descarte”, “acedia”, “no se dejen robar”, “recen por mí”.... Preciso: cuando el Papa Francisco pide “hacer lío”, o “hacer barullo”, implica relacionarse, encontrarse, discernir, proyectar y saber agradecer.

de los valores alternativos del Reino, muestran que una nueva sociedad latinoamericana y caribeña, fundada en Cristo, es posible” (n. 224).

2. **Velar, verbo clave en el ministerio de Bergoglio-Francisco**

Como gran pastor que era, ya siendo obispo, usaba con frecuencia el verbo *velar*, que, en él, significa implicarse activamente en la vida y cuidado de los fieles. Implica estar atento a sus necesidades, preocupaciones y sufrimientos, y responder con amor y solicitud pastoral. Creo en la comunión de los santos y, como **tuvo una especial solicitud por la vida consagrada en el tiempo en que fue obispo en Buenos Aires y Obispo de Roma**, como le gustaba ser llamado, también ahora seguirá cuidando.

En el Sínodo sobre *el Obispo servidor del Evangelio de Jesucristo para la esperanza del mundo*, celebrado en el otoño del 2001, tuvo el cardenal Bergoglio una intervención que hizo pensar. **Vino a afirmar que la misión del obispo no es de “vigilancia”, sino de “vela”, como Dios vela sobre su pueblo, como san José vela sobre la Sagrada Familia.** En la Exhortación postsinodal, en cuya preparación participó, aparecen estas palabras: “La unción del Espíritu Santo, en fin, al configurar al Obispo con Cristo, lo capacita para continuar su misterio vivo en favor de la Iglesia. Por el carácter trinitario de su ser, cada Obispo se compromete en su ministerio a velar con amor sobre toda la grey en medio de la cual lo ha puesto el Espíritu Santo para regir a la Iglesia de Dios: en el nombre del Padre, cuya imagen hace presente; en el nombre de Jesucristo, su Hijo, por el cual ha sido constituido maestro, sacerdote y pastor; en el nombre del Espíritu Santo, que vivifica la Iglesia y con su fuerza sustenta la debilidad humana” (PG 7).

Al comienzo de su servicio como Obispo de Roma, dijo: “sólo el que sirve con amor sabe custodiar”. **Velar, para el Papa Francisco, implica un compromiso profundo y una entrega total a aquellos a quienes se sirve.** Velar es cuidar con amor y esmero, como dijo el 4 de mayo del 2018. Velar supone atención a los problemas y necesidades de los demás; participar activamente en la vida de la comunidad y preocuparse, haciendo lo que esté en sus manos por el bienestar de sus hermanos. Velar comporta defender y proteger, acompañar y orientar. La vida del obispo “está envuelta en la vida del rebaño” y, por eso, se interesa, defiende y cuida de sus ovejas. Francisco, que tanto insistió en este velar del Pastor, ¿nos dejará solos?

3. **El papa Francisco, implicado y solícito por la vida consagrada**

No ocultó **nunca que era religioso**. Cabe subrayar estos tres puntos: 1) Su manera de definirse: “Esto es lo que yo soy: un pecador al que el Señor ha dirigido su mirada...”. La experiencia del amor y de la misericordia divina. Primerear lo lleva dentro de sí. 2) La práctica del discernimiento como modo de vivir su ministerio. Conocer mejor al Señor y seguirle más de cerca. No tener límite para lo grande, pero concentrarse en lo pequeño. 3) Su gran capacidad de liderazgo espiritual y universal. Su credibilidad le ha llevado a

ser reconocido en todo el mundo y en todas las esferas cristianas y de otras religiones. El nombre que tomó fue programático: Francisco, rememorando al pobre de Asís, el restaurador de la Iglesia, pobre e instrumento de paz.

La personalidad del Papa Francisco tiene detrás de su espontáneo comportamiento, muchos gestos y, sobre todo, una vida entregada. Son muchos los que se han apresurado a analizar la antropología que sustenta su pensamiento, la eclesiología con la que dirige la Iglesia, la pastoral que acumula, pero **es de admirar el misterio de su riqueza interior, su experiencia de vida. Por eso, es un don para la Iglesia y es verdadero profeta en la vida consagrada.** Su liderazgo está reconocido en todo el mundo y en todos los ámbitos⁹.

De hecho, **lo ha demostrado de formas distintas:** la solicitud por el servicio de la Congregación para la vida consagrada, los encuentros con las Uniones de Superiores y Superiores Generales, las palabras de aliento a los Capítulos Generales, las reuniones con las consagradas y consagrados en los viajes realizados en los distintos países visitados, y, por supuesto, los discursos, cartas, exhortaciones dirigidas a grupos de consagradas y consagrados...

El magisterio del Papa Francisco sobre la vida consagrada es amplísimo y cuantioso, a la vez que denso. La editorial *Publicaciones Claretianas* (de Madrid) ha publicado cuatro volúmenes -y prepara el quinto- en los que recoge cuanto ha hablado y escrito el Papa Francisco sobre la vida consagrada. El título de esta colección es *“Frecuentar el futuro”*. Es posible que los lectores de TABOR conozcan ya esta riquísima herencia que nos ha dejado. Es un caudal ingente de reflexiones, orientaciones, exhortaciones y propuestas para vivir con gozo el seguimiento de Jesús según el carisma de los fundadores y hacer que nuestras vidas sean evangélicas y evangelizadoras. Están empapadas de sintonía, solidaridad, comprensión y compasión, benevolencia y ternura, espontaneidad y exigencia a la conversión, con visión de futuro, invitación a la salida misionera y a la transformación para ser signos proféticos que hagan crecer el Reino de Dios en este mundo.

Pero voy a resaltar dos puntos que no conviene olvidar.

1) El año de la vida consagrada

Del 30 de noviembre de 1914 al 2 de febrero del 1916 fue Año de la Vida Consagrada. El 21 de noviembre escribió una carta a las consagradas y consagrados, cuyas palabras de saludo eran estas. “Os escribo como Sucesor de Pedro, a quien el Señor Jesús confió la tarea de confirmar a sus hermanos en la fe (cf. *Lc 22,32*), y **me dirijo a vosotros como hermano vuestro, consagrado a Dios como vosotros.** Demos gracias juntos al Padre, que nos ha llamado a seguir a Jesús en plena adhesión a su Evangelio y en el servicio de la Iglesia, y que ha derramado en nuestros corazones el Espíritu Santo que nos da alegría y nos hace testimoniar al mundo su amor y su misericordia”.

⁹ ¿Qué sustenta este liderazgo? Basta repasar las obras de Chris Lowney, *Francisco, líder y papa*. Sal Terrae, Santander, 2014. Jeffrey Frames, *Liderar con humildad*, Alienta, Barcelona, 2015.

Los actos a nivel eclesial, nacional y de iglesias particulares se multiplicaron durante este año. Permítanme recordar algunas de las actividades que se realizaron aquel año, que fue tiempo, sobre todo, de acción de gracias, de adoración, de reflexión, de condisión en todos los ámbitos y niveles de la vida consagrada. El encuentro ecuménico de consagradas y consagrados; el seminario para formadores y formadoras; el laboratorio para jóvenes consagrados; la semana mundial de vida consagrada en la unidad. Se organizaron diversos eventos para las distintas formas de vida consagrada y se señalaron siete itinerarios: de estudio, de memoria de los santos de la vida consagrada, de memoria de los mártires consagrados en estos últimos siglos, la cadena de oración entre monasterios...y se inició un itinerario de *Vía pulchritudinis*: los lenguajes artísticos en la Vida Consagrada para la contemplación y el anuncio de la verdad y de la belleza.

Nos propuso tres objetivos: 1) **Mirar al pasado con gratitud**; 2) **vivir el presente con pasión**; 3) **abrazar el futuro con esperanza**. Y sus expectativas: 1) Que sea siempre verdad lo que dije alguna vez: “donde hay religiosos hay alegría”¹⁰; 2) que despertéis al mundo porque la nota que caracteriza la vida consagrada es la profecía; 3) que seáis “expertos en comunión”; 4) como pido a todos los miembros de la Iglesia: “salir de sí mismos para ir a las periferias existenciales. “Id al mundo entero” (cf Mc 16,15); 5) que nos preguntemos sobre lo que Dios y la humanidad de hoy piden. *Evangelio, Iglesia, profecía, esperanza* han sido palabras que, durante este año, han estado dando señas de autenticidad de la vida consagrada.

Fue un año propicio para que la vida consagrada viviera su eclesialidad e intensificara su misión evangelizadora y, a la vez, para que todo el Pueblo de Dios mirase, admirase, ayudara y estimulara a las consagradas y consagrados. En el fondo, el hito significativo de este año en el caminar de la vida religiosa era marcar un camino hacia aquello que, de verdad, *nos regenera y hace fecundos*. Es decir, abreviar en las fuentes del agua viva que Jesús ofrece, y abrir canales de agua saltarina que rieguen el desierto de este mundo que muere de sed, porque vive como si Dios no existiera.

El Dicasterio para la vida consagrada estuvo especialmente activo y envió a los consagrados y consagradas durante este año cuatro cartas, de las que sólo anuncio el título, pues son conocidas: *Alegraos, Escrutad, Contemplad y Anunciad*. Luego llegó “*Vino nuevo en odres nuevos*”, que, a parte de ser aguijón para la renovación de los Institutos de vida consagrada, es una fuerte invitación a involucrarnos en la reforma de la Iglesia, tan cuidada e impulsada por el Papa Francisco¹¹.

¹⁰ En las primeras reuniones que tuvo con jóvenes novicios y novicias en 1913, un año antes, había repetido: “Donde están los consagrados siempre hay alegría”. Luego subrayó: una alegría de consolación, una alegría que tiene referencia a la misión, que es la cruz de Cristo, y una alegría que implica oración. Oración al Señor de la mies.

¹¹ No abordo este tema, pues ya lo he expuesto en: *La vida consagrada involucrada en la reforma del Papa Francisco*. En “A vino Nevo, odres nuevos”. Tiempos de reforma eclesial. 48 semana nacional para Institutos religiosos, PCl, Madrid, 2019, pp. 17-66. Y también en: *La reforma teresiana y nuestra reforma. La inolvidable lección de la primera doctora de la Iglesia*, en “Santa Teresa de Jesús mujer excepcional”. 50 aniversario del doctorado de Santa Teresa, Actas. Monte Carmelo, Burgos, 2022, pp.49-84. En este último texto comparo la reforma teresiana y la reforma del Papa Francisco.

2) Los nombramientos de consagradas y consagrados al servicio de la Iglesia.

No ha pasado desapercibido el hecho de que, durante su pontificado, han ido aumentando las personas consagradas (mujeres y hombres) en el servicio a la Iglesia. Ha mostrado especial empeño en promover a las mujeres para que ocupen cargos de responsabilidad en la Iglesia.

En este año 2025, la Prefecta del Dicasterio para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica es Sor Simona Brambilla, de las Hermanas de la Consolata, quien se convirtió en la primera mujer en ocupar este puesto en la historia del Vaticano.

En este mismo año 2025, fue nombrada presidenta del Governatorato Vaticano, Sor Raffaella Petrini, religiosa de las Hermanas Franciscanas de la Eucaristía.

También hay que contar con Barbara Jatta, directora de los Museos Vaticanos; Alessandra Smerilli, secretaria del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral, y Nathalie Becquart, subsecretaria del Sínodo de los Obispos.

4. Invitaciones que nos hace el Papa Francisco a los consagrados y consagradas

1) Un cuadro de referencia más amplio

Cuando hablamos de la solicitud de Francisco sobre la vida consagrada, a veces perdemos referencias desde las que hay que valorar esta solicitud. **Muchos consagrados y consagradas estamos muy pendientes a ver si dice algo a los religiosos y no reparan en la amplitud que tiene el conjunto del magisterio pontificio.** Me estoy refiriendo a cómo leemos las indicaciones que recogen las encíclicas, las exhortaciones o, en general, los documentos pontificios que emanan de los distintos Dicasterios, aprobados por el Papa y de validez universal en la Iglesia

Enumero algunas encíclicas: *Lumen Fidei* (2013), *Laudato Si* (2015), *Fratelli tutti*(2020), *Dilexit vos* (2024). Y las Exhortaciones Apostólicas: *Evangelii Gaudium* (1913), *Amoris Laetitia* (2016), *Gaudete et exultate* (2018), *Christus vivit* (2019), *Querida Amazonía* (2020), *Laudate Deum* (2023), *C'est la confiance* (2023). Se pueden añadir otros documentos, pero recuerdo estos a modo de cuadro de referencia para indicar que, **cuando pensamos en la vida consagrada, hay que releer su identidad y misión a la luz de las orientaciones que se dirigen a todo el Pueblo fiel de Dios, del que formamos parte y con el que caminamos juntos.** El Papa Francisco escribió: “Nuestro Dios es el Dios de la historia y nuestra fe es una fe que actúa en la historia. En los interrogantes y las expectativas de los hombres y mujeres de hoy encontramos indicaciones importantes para nuestra sequela Christi”¹². Quiere decir que nada nos es ajeno: la evolución de la creación, la convivencia, la paz, la pobreza, la marginación, sobre todo: la escucha y el

¹² Discurso al Capítulo General de las Pías discípulas del Divino Maestro, 22, mayo, 2017.

servicio misionero de la Palabra caminando juntos con todos los miembros del Pueblo de Dios...

Lo que dicen las encíclicas y exhortaciones es **marco de referencia para las consagradas y consagrados**. Invito a releer este valioso magisterio poniendo, en los grandes desafíos y proyectos, el aporte que podríamos ofrecer. Ninguno de los temas tratados nos es ajeno. Al contrario, nos cuestionan y urgen a tomar parte, desde nuestra identidad, en la solución de los problemas que aparecen en estos escritos.

Cómo nos cuestionan, suscitan admiración y solicitan nuevos compromisos sus gestos en el ejercicio del Pontificado. M. Muolo habló de *la encíclica de los gestos del Papa Francisco*. Efectivamente, fue llamado el Papa de los gestos por su estilo de vida, vivir en Santa Marta, su sonrisa y buen humor; su preocupación por los ancianos, su caminar en Roma, ir a pagar su pensión, ir a comprar unas gafas o unos zapatos. El primero y bien significativo gesto fue, cuando en el primer saludo al pueblo reunido en la Plaza de San Pedro dijo: “Os pido un favor: antes de que el obispo bendiga al pueblo, os pido que vosotros recéis al Señor para que me bendiga; **la oración del pueblo pidiendo la bendición para su obispo**. Hagamos en silencio esta oración de vosotros por mí”. Su primer viaje fue a Lampedusa. Celebró algunos Jueves Santos en las cárceles y besó los pies de los presos. Fue histórico su abrazo al Gran Imán de Al-Azhar Ahmad Al-Tayyeb (2019), para sellar la denominada Declaración sobre la Fraternidad Humana. No dudó en arrodillarse ante los Líderes del Sudán del Sur y besando sus pies les pide la reconciliación y la paz. Se hizo memorable la *Statio Orbis*, el 27 de marzo del 2020, donde oró y repitió, ante la pandemia, ¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?”.

b) Frecuentes invitaciones

Dejo el título abierto, pues ¡son tantas...! Pero señalo algunas que me parecen relevantes y que proceden de su estilo de vida y de su magisterio: A ser adoradores y poner a Cristo en el centro de nuestra vida; a ser santos desde el espíritu de las bienaventuranzas, al discernimiento personal, comunitario y pastoral; a ser testigos y profetas de la alegría; a no dejarnos robar el Evangelio ni la fuerza misionera; a hacer de la misericordia la viga maestra que sostiene a la Iglesia, donde toda nuestra misión quede revestida por la ternura; a vivir la alianza (a buscar, a escuchar a acoger); a hacer fecunda nuestra consagración; a ser pobres y amigos de los pobres (solidaridad); a armonizar diferencias a través del encuentro, el diálogo y la comunión fraterna; no dejarnos robar el amor fraterno, la comunidad; a la conversión pastoral; a inclinarse ante las heridas de la humanidad; a entregar la vida en el amor cotidiano, en lo pequeño y escondido; a salir de las estructuras comunes a las fronteras; a despertar al mundo; a servir porque el que no vive para servir no sabe vivir; a involucrarnos en la reforma de la Iglesia; a iniciar y seguir procesos de conversión y de transformación; a soñar juntos; a caminar juntos; a ser audaces y a la creatividad; a no dejarnos robar la esperanza; a no dejarnos robar la alegría; a no dejarnos robar el entusiasmo misionero; a no dejarnos robar la paz, la fraternidad; ... Finalmente indico la invitación a abrirse al Espíritu en verdad y dejar espacio para que irrumpa la novedad, desde la convicción de que «Jesucristo también

puede romper los esquemas aburridos en los cuales pretendemos encerrarlo y nos sorprende con su constante creatividad divina» (EG 11).

También tenemos algunas serias invitaciones a evitar las tentaciones, como: la ideologización, el funcionalismo, la autorreferencialidad, la mundanidad, el conformismo, el pelagianismo y gnosticismo, el desaliento y el miedo al futuro.

c) Propuesta en curso: hacer operativa la sinodalidad

Desde el inicio de su pontificado, el Papa Francisco ha estado urgiendo la revisión y actualización del documento *Mutuae Relationes* (1978). Ha sido un tema muy estudiado con una visión más amplia e involucradora. No se trata ya de examinar, coordinar y potenciar las relaciones entre Obispos y consagrados, entre Iglesia particular e Institutos de vida consagrada, sino de establecer armonía, comunión y dinamismo evangelizador entre todas las vocaciones, entre carismas y ministerios, dentro de todo el Pueblo de Dios. Por lo cual varias veces se ha insistido, y el Papa estaba de acuerdo, en que se hablase de “Relaciones en el Pueblo de Dios”.

Al celebrar el 50 aniversario de la institución del Sínodo, dijo: “Desde el inicio de mi ministerio como Obispo de Roma he pretendido valorizar el Sínodo, que constituye una de las herencias más preciosas de la última reunión conciliar”. Y añadió a continuación: “Debemos proseguir por este camino. El mundo en el que vivimos, y que estamos llamados a amar y servir también en sus contradicciones, exige de la Iglesia el fortalecimiento de las sinergias en todos los ámbitos de su misión. **Precisamente el camino de la *sinodalidad* es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio**”.

Todo el Documento final del Sínodo sobre la sinodalidad (2024) es **un canto a la diversidad de dones del Espíritu**, que crea la pluralidad y la armonía para reflejar el Cuerpo de Cristo y su misión salvadora. Traigo aquí, sólo como un ejemplo, las palabras del n. 57: “Los cristianos, personalmente o en forma asociada, están llamados a hacer fructificar los dones que el Espíritu concede con vistas al testimonio y al anuncio del Evangelio. “Hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de actuaciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. Pero a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para el bien común” (1 Cor 12,4-7). En la comunidad cristiana, todos los bautizados están enriquecidos con dones para compartir, cada uno según su vocación y condición de vida. Las diferentes vocaciones eclesiales son, de hecho, expresiones múltiples y articuladas de la única llamada bautismal a la santidad y a la misión. La variedad de carismas, que tiene su origen en la libertad del Espíritu Santo, tiene comofinalidad la unidad del cuerpo eclesial de Cristo (cf. LG 32) y la misión en los diversos lugares y culturas (cf. LG 12). Estos dones no son propiedad exclusiva de quienes los reciben y ejercen, ni pueden ser motivo de reivindicación para sí mismos o para un grupo. Están llamados a contribuir tanto a la vida de la comunidad cristiana, como al desarrollo de la sociedad en sus múltiples dimensiones, mediante una adecuada pastoral vocacional”.

Y en el número 65 se dice: “A lo largo de los siglos, los dones espirituales han dado origen también a diversas expresiones de vida consagrada. Desde los primeros tiempos,

la Iglesia ha reconocido la acción del Espíritu en la vida de aquellos hombres y mujeres que han elegido seguir a Cristo por el camino de los consejos evangélicos, consagrándose al servicio de Dios tanto en la contemplación como en las múltiples formas de servicio. La vida consagrada está llamada a interpelar a la Iglesia y a la sociedad con su voz profética. En su experiencia secular, las familias religiosas han madurado prácticas de vida sinodal y discernimiento en común, aprendiendo a armonizar los dones individuales y la misión común. Las órdenes y congregaciones, las sociedades de vida apostólica, los institutos seculares, así como las asociaciones, movimientos y nuevas comunidades tienen una contribución especial que hacer al crecimiento de la sinodalidad en la Iglesia. Hoy, muchas comunidades de vida consagrada son un laboratorio de interculturalidad que constituye una profecía para la Iglesia y el mundo. Al mismo tiempo, la sinodalidad invita —y a veces desafía— a los pastores de las Iglesias locales, así como a los responsables de la vida consagrada y las agregaciones eclesiales para fortalecer las relaciones, de modo que se dé vida a un intercambio de dones al servicio de la misión común”.

5. Nuestra solicitud para que esta vela siga viva

Un primer punto es hacer realidad aquel persistente sueño del Papa Francisco cuando dijo: “Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral sólo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad. Como decía Juan Pablo II a los Obispos de Oceanía, «toda renovación en el seno de la Iglesia debe tender a la misión como objetivo para no caer presa de una especie de introversión eclesial»” (EG 27).

Otra condición: **cumplir aquello que tantas veces nos pidió: “No solos, sino como Iglesia”**. Todos estamos inmersos en la misión evangelizadora de la Iglesia, que se halla en salida para que todo el mundo reconozca a Cristo como el centro de nuestra vida.

No podemos dejar que tanta solicitud y generosidad, que es una herencia preciosa, sea olvidada y quede baldía. En el estilo austero personal y en sus escritos, el Papa Francisco ha sido un referente para la vida consagrada, un hermano, un testigo y un maestro. Sobre todo, un confesor, un defensor y un alentador. Su recuerdo nos inspirará a ser con Jesús y a continuar su obra, aunque nos cueste la vida. ¿Quién puede olvidar el sacrificio de los últimos viajes? Y, sin embargo, nos dio ejemplo sobre el valor de la proximidad con los últimos. Puso en riesgo su salud y se fue a visitar a los más lejanos y a estar con los más pobres. Nos obliga a revisar posiciones no sólo estructurales, como tantas veces nos ha recomendado, sino interiores. El Papa Francisco vela sobre nuestros sueños, nos llena de audacia y nos impulsa a comprometernos en favor de quien necesita a Dios y su palabra iluminadora y transformadora. Su generosidad pide de nosotros fidelidad creativa, que esté llena de pasión evangelizadora. Nos quiere “soñando juntos” hacia un mundo

mejor. El futuro nos empuja a esperar y a involucrarnos para pasar de las crisis a las promesas y siempre con confianza. “Con la confianza, el manantial de la gracia desborda en nuestras vidas, el Evangelio se hace carne en nosotros y nos convierte en canales de misericordia para los hermanos”¹³.

Al escribir estas líneas, no lo oculto, he tenido presente aquella escena en la que, estando a punto de morir San Antonio María Claret, el Superior General, le pidió una bendición para toda la Congregación. El santo respondió que con mucho gusto y que haría en el cielo los mismos oficios que había hecho por ellos en la tierra. **Por eso, estoy convencido de que el Papa Francisco seguirá velando por nosotros, consagrados.**

¹³ Papa Francisco, *C'est la confiance*, n. 2.



Salesianos Cooperadores (1876-2026) 150 años de vida apostólica

José Antonio Hernández¹⁴, SDB

El 4 de marzo de 1876 Don Bosco se dirigió directamente al papa Pío IX, pidiéndole que se dignase examinar el proyecto de una Pía Sociedad de fieles cristianos con el nombre de Sociedad o Unión de Cooperadores Salesianos, cuyos socios, además de dedicarse a muchas obras de piedad y de caridad, se proponen especialmente atender a los muchachos pobres y abandonados. Y que concediese favores espirituales en favor de esa Asociación de Cooperadores Salesianos. Así lo hizo el beato Pío IX con Decreto firmado el 9 de mayo de 1876. En este curso 2025-2026, los Salesianos Cooperadores recuerdan agradecidos los 150 años su aprobación canónica. Recogemos aquí algunos documentos importantes para comprender sus verdaderos comienzos.

1. La primitiva «congregación» y su evolución

Hablar de la «Congregación Salesiana», tal como fue concebida por Don Bosco en sus inicios, es hablar, en realidad, de la Familia Salesiana, mejor dicho de los Cooperadores Salesianos, **antes, incluso, de que estos términos existiesen**. Tres documentos escritos por Don Bosco entre 1874 y 1887 avalan la afirmación, a los que se puede añadir un cuarto.

1. El *Resumen histórico* que precedió a las Constituciones Salesianas, *De ejusdem Societatis primordiis (El origen de esta Sociedad)*, que sería eliminado antes de la aprobación final en 1874.
2. *Cooperadores Salesianos*, un manuscrito (*memorando*) escrito de puño y letra por Don Bosco en 1876 (al final, en el apartado 9).

¹⁴ Delegado inspectorial de Familia Salesiana en Santiago el Mayor.

3. *Historia de los Cooperadores Salesianos* manuscrito (de don Joaquín Berto, corregido por Don Bosco y publicado en *Bibliofilo Cattolico (Bollettino Salesiano)* (1877).
4. Capítulo *Apéndice* sobre los miembros externos en las primeras Constituciones Salesianas (1860-1873).

Estos textos describen la forma en la que Don Bosco proyectó y desarrolló sus propósitos originales; esbozan, por tanto, la idea de Sociedad Salesiana, *como él la concibió en un principio*. Obviamente, no todo lo que se dice en ellos es literalmente histórico, pero los textos merecen la misma autoridad que le atribuimos a sus *Memorias del Oratorio*, escritas en el mismo período.

2. Naturaleza de la «congregación» primitiva (1841-1859), desde el encuentro con Bartolomé Garelli hasta la fundación de los SDB

Así es como Don Bosco empieza a dar cuenta de la «Congregación Salesiana» en sus Constituciones.

«Ya en 1841, el sacerdote Juan Bosco, trabajando en asociación con otros presbíteros, empezó a acoger a jóvenes pobres y necesitados en algunos lugares adecuados de la ciudad de Turín [...]. Para preservar esa unidad de espíritu y disciplina de la que dependía el éxito de los Oratorios, desde 1844 **unos cuantos sacerdotes se unieron para formar una especie de congregación**. Esto fue para ayudarse mutuamente con el ejemplo y el estudio. No hicieron ningún voto propiamente dicho, solo se comprometieron por medio de una simple promesa a dedicarse exclusivamente a aquellos menesteres que su Superior juzgase que eran para mayor gloria de Dios y el bien de la propia alma. **Reconocían como Superior suyo al sacerdote Juan Bosco**. Aunque no se hicieron votos, sin embargo en la práctica se observaban las normas que aquí se presentan [para su aprobación]» (MBe X, 833).

Don Bosco no pudo encontrar un nombre satisfactorio para los miembros de esta congregación. En distintas ocasiones los llama *aliados, asociados, benefactores, promotores o cooperadores* de la Congregación Salesiana.

En el segundo documento (citado arriba), *Cooperadores Salesianos*, se puede leer:

«La historia de la Congregación Salesiana se remonta a 1841, cuando empezamos a reunir a jóvenes pobres y sin hogar en la ciudad de Turín [...]. Para satisfacer su amplia gama de necesidades, **varios** [«muchos» aparece tachado] **caballeros se unieron y mediante su trabajo y contribución económica apoyaron la obra de los así llamados oratorios festivos**. Se hacía referencia a ellos por su tratamiento, pero como norma se les llamaba *benefactores, promotores o cooperadores* de la **Congregación** [«Oratorio» aparece tachado] de San Francisco de Sales» (MBe XI, 79).

Esta Congregación no era una entidad separada, sino que estaba formada por esas mismas personas, puesto que Don Bosco añade:

«Los así llamados salesianos promotores y cooperadores se unieron **en una verdadera congregación bajo la advocación de San Francisco de Sales**. Recibieron algunos favores espirituales especiales de la Santa Sede en un escrito con fecha del 18 de abril de 1845. [...] En 1850 el sacerdote **Juan Bosco informó a la Santa Sede** de que una Congregación con el nombre y bajo la advocación de San Francisco de Sales se había erigido legítimamente en Turín y **solicitaba más favores y beneficios espirituales**» (MBe XI, 79-80).

Según Don Bosco, en el momento de sus comienzos la «Congregación de San Francisco de Sales» se llamaba «Cooperadores» (o «Familia Salesiana»). La palabra «congregación» debe entenderse en el sentido amplio que tenía en el siglo XIX que no necesariamente designaba una sociedad religiosa con votos simples; se usaba para nombrar un grupo de fieles que se unían para hacer obras pías y de caridad, como por ejemplo, las «congregaciones» marianas.

En 1850, la «Congregación Salesiana», en la mente de su fundador, era una asociación de cristianos unidos con el sacerdote Juan Bosco para el bien de los jóvenes del Oratorio de Turín. Su patrón era san Francisco de Sales, el gran santo de Saboya, muy popular por aquel entonces en el Piamonte. Don Bosco lo escogió como patrón de sus obras, sobre todo porque la espiritualidad de san Francisco de Sales coincidía con su propio sistema de razón y amabilidad. Más adelante, tuvo otra razón más para esta elección: su lucha contra los errores de los valdenses se semejaba a la que había hecho san Francisco en el Chablais calvinista a través de sus escritos y de su palabra.

Parece entonces que, según estas fuentes de primera mano, **unos diez o quince años antes de la fundación de la Sociedad Salesiana como una unión de religiosos con votos públicos, existió ya una «congregación de San Francisco de Sales», para cuyos miembros Don Bosco solicitó favores espirituales a la Santa Sede.**

3. Una asociación de clérigos y laicos, hombres y mujeres

La Congregación de cooperadores que se acaba de describir no estaba restringida a laicos. Entre sus miembros se incluían clérigos y laicos, hombres y mujeres. Escribe don Berto:

«La cosecha fue grande y sigue aumentando ante nuestros ojos. El sacerdote Juan Bosco a menudo se encontraba rodeado de quinientos o seiscientos jóvenes, así que se hizo imposible controlar esa multitud y cubrir sus necesidades. **Muchos sacerdotes celosos y también devotos laicos vinieron a ayudarlo en este ministerio tan necesario.** Con gran orgullo podemos citar los nombres de los más destacados: el teólogo Borel, el sacerdote José Cafasso, el canónigo Borsarelli, estos fueron los primeros cooperadores de entre el clero» (*Bibliofilo Cattolico*, septiembre 1877, 1).

Pero la mayoría de estos sacerdotes estaban muy ocupados. Don Bosco **tuvo que recurrir a laicos que, más liberados**, tenían dinero suficiente como para permitirse disponer de su tiempo:

«Así que recurrimos a gente de clase alta y otros en la ciudad que graciosamente se ofrecieron para enseñar el catecismo y para dar clases [diurnas y nocturnas], para ayudar en la iglesia y en las actividades al aire libre. Su tarea era dirigir las oraciones y los cantos, preparar a los jóvenes para recibir los sacramentos e instruirlos para la confirmación. Mantenían el orden fuera de la iglesia. Recibían a los jóvenes a la entrada del Oratorio y amigablemente se unían a ellos en sus juegos, manteniendo el orden mientras jugaban. Otra tarea importante de los cooperadores era la colocación de los jóvenes en el mundo del trabajo. Muchos de estos venían de aldeas y pueblos lejanos, necesitaban comida y un empleo, y alguien que se preocupara por ellos. Algunos cooperadores se ocupaban de encontrarles trabajo con patrones honestos y decentes. Se aseguraban de que los chicos estuviesen aseados y convenientemente vestidos para ir a solicitar trabajo. Durante la semana los visitaban, y se veían el domingo para no dejar que un solo día destruyera el fruto de varias semanas de esfuerzo. Incluso en las peores tardes del invierno muchos de estos *cooperadores* iban por calles peligrosas para venir a enseñar a leer, escribir, aritmética y gramática a estos jóvenes. Otros venían cada tarde para atender a los que iban más lentos en el catecismo. [...]» (*Bibliofilo Cattolico*, septiembre 1877, 1).

Aquí Don Bosco menciona los nombres de los que más se destacaban en esta tarea de entre los muchos, mujeres incluidas, que ayudaban.

En resumen, la «Congregación» tenía un patrón en san Francisco de Sales, que era a la vez modelo y guía espiritual. Tenía un superior, Don Bosco. Tenía miembros activos entre el clero y el laicado, hombres y mujeres. Tenía un fin específico: la atención a la juventud abandonada. Tenía un reglamento, que era el del Oratorio de Valdocco. Disfrutaba de un cierto reconocimiento, como probaba el documento de Roma que le otorgaba favores espirituales (1850). El 21 de marzo de 1852, el arzobispo Luis Fransoni, desde su exilio en Lyon, nombró a Don Bosco superior de los tres oratorios de Turín.

4. Una doble congregación (1859)

Don Bosco creyó, probablemente, que la estructura de una congregación «mixta» era demasiado endeble. La crisis del Oratorio de 1851-1852 parece que le sirvió de aviso. Hacia 1852, o incluso antes, ya estaba preparando a algunos muchachos con la esperanza de que se quedaran con él.

En 1859 la «Congregación», antes una única entidad, se **duplicó**. Con esta división Don Bosco no pretendía sustituir la congregación original «mixta», con una congregación religiosa de un formato canónico tradicional. Todas sus acciones, y muchas de sus afirmaciones, **dejan claro que, para el servicio de su misión, estaba organizando una**

nueva sección o rama de la «congregación» ya existente, una rama que tendría entidad por sí misma. Leemos en *Cooperadores Salesianos*:

«Desde 1852 a 1858 nos fueron concedidos varios favores y beneficios espirituales, pero en ese año la *Congregación se dividió en dos categorías o, mejor dicho, en dos familias*. Aquellos que eran libres y sentían que tenían una vocación se juntaron para llevar una vida en comunidad y vivir en la Casa que siempre habían considerado como la casa madre y el centro de su asociación religiosa. El Santo Padre sugirió que se llamase la *Pía Sociedad de San Francisco de Sales*, nombre que ha llegado hasta hoy. Los demás, es decir los laicos, continuaron viviendo en el mundo, en casa con sus familias, pero siguieron ayudando en el trabajo del Oratorio. Mantuvieron el nombre de «*Unión*» o «*Congregación*» de *San Francisco de Sales, Promotores o Cooperadores*. [...]» (MBe XI, 79).

De esta última expresión se deduce que en 1859 únicamente la segunda categoría, es decir, los «externos» que vivían «en medio del mundo», mantenía el título original de «Congregación de San Francisco de Sales». La categoría de los «internos» se llamó, por sugerencia de Pío IX, «Pía Sociedad de San Francisco de Sales». No hay que pasar por alto esta distinción: dos «familias», que llevaban nombres distintos.

5. La Sociedad Salesiana: vida en comunidad

La Sociedad Salesiana de «internos» nació el 18 de diciembre de 1859 (actual SDB). En marzo de 1858, estando en Roma, Don Bosco había presentado un borrador de la Regla a Pío IX. El Papa era abiertamente partidario de una congregación religiosa propiamente dicha, con los tres votos tradicionales, pero permitiendo que cada miembro fuera «religioso para la Iglesia y libre ciudadano en la sociedad civil». Este era el concepto que Don Bosco acariciaba desde el primer borrador de las constituciones. Pero no es seguro que su idea coincidiera con la de Pío IX. En 1880, escribió a don Guiol, que estaba en Marsella, que los salesianos no eran una congregación religiosa, sino una organización religiosa caritativa que ayudaba a los jóvenes abandonados y que la palabra latina «voto» podía traducirse como «promesa» en italiano. Alegó que ante la Iglesia y el Estado los salesianos eran considerados como una pía sociedad caritativa cuyos miembros disfrutaban y ejercían todos los derechos civiles de ciudadanos libres.

Sea como fuere, el 9 de diciembre de 1859, Don Bosco reunió a un grupo de miembros en su habitación y les propuso formar una congregación religiosa. A pesar de algunos recelos (¡convertirse en frailes!) decidieron quedarse con Don Bosco; todos excepto dos aparecieron en un encuentro posterior el 18 de diciembre. Aquella tarde se redactó el acta fundacional de la *Sociedad Salesiana*, distinta de la primitiva *Congregación de San Francisco de Sales*. Registra los nombres de 18 miembros efectivos de la Sociedad, centrados en torno a Don Bosco, y describe el espíritu y los fines de la Sociedad.

«Todos con el fin y en un mismo deseo de promover y conservar el espíritu de verdadera caridad que se requiere en la obra de los Oratorios para la juventud abandonada y en peligro [...]. Agradó a los mismos reunidos erigir se en Sociedad o Congregación que, teniendo como mira la mutua ayuda para la santificación

propia, se propusiera promover la gloria de Dios y la salud de las almas especialmente de las más necesitadas de instrucción y de educación» (MBe VI, 258).

Se solicitó por unanimidad a Don Bosco que aceptara el oficio de superior. Se reservó para sí el derecho a escoger al «prefecto». Don Víctor Alasonatti, continuó en el cargo. El subdiácono Miguel Rúa fue elegido por unanimidad como director espiritual y el clérigo Ángel Savio, ecónomo. El 14 de mayo de 1862 un grupo de 22 que había estado «viviendo en comunidad», a cargo de Don Bosco, dio otro paso adelante: «Prometieron a Dios observar la Regla con los votos de pobreza, castidad y obediencia durante tres años». Miguel Rúa, ordenado sacerdote dos años antes, dirigió la fórmula de profesión, mientras los otros la repetían tras él.

6. El grupo «externo» (1858-1874)

Alguno pudiera pensar erróneamente que, con la organización, entre 1858 y 1874, de una sociedad religiosa que profesaba los tres votos tradicionales y vivía en comunidad, Don Bosco consideró suprimida o descuidó la antigua congregación de colaboradores externos; que estos solo volvieron a escena tras la aprobación de las Constituciones en 1874, concretamente en 1876 con la fundación de la «Pía Unión de Salesianos Cooperadores».

Esta visión no refleja la idea de lo que Don Bosco llamaba «la Congregación Salesiana». Los historiadores de los cooperadores se han referido con gran acierto al *capítulo de las Constituciones que habla sobre los «salesianos externos» (cooperadores) como revelador de la visión y las intenciones de Don Bosco*. La reunión de la Sociedad Salesiana en 1859 significó que *la primitiva Congregación Salesiana estaba siendo dividida en dos familias, no que se estuviera sustituyendo por una nueva entidad*.

El capítulo sobre los «externos» también prueba que, en la intención de Don Bosco, la familia externa continuaba existiendo. Demuestra asimismo que los Cooperadores de 1876 eran la familia externa reorganizada, no una nueva entidad.

El capítulo sobre los «salesianos externos» fue redactado por primera vez en 1860, y ampliado en las constituciones enviadas a Roma para su aprobación en 1864 con el añadido de un quinto artículo a los cuatro primeros. El artículo decía: «*Cualquier miembro de la Sociedad que la abandona por un motivo razonable es considerado un miembro externo. Comparte al momento los beneficios espirituales de toda la Sociedad, siempre y cuando practique aquellas normas que son obligadas para los miembros externos*».

Don Bosco especificaba que los salesianos externos debían «escribir y distribuir buenas obras, promover los triduos, novenas, retiros y otras obras de caridad que se dirigieran especialmente a obtener el beneficio espiritual de los jóvenes y de la clase trabajadora».

Los así llamados salesianos externos ciertamente existieron, aunque, como dice Pietro Stella, solo se conservan un par de nombres: el sacerdote Juan Ciattino, párroco de Mareto (Asti), y el sacerdote Domingo Pestarino de Mornese.

Se podría suponer que, *en la práctica*, los «externos» no existieron. La verdad es que Don Bosco se conformaba a menudo con un compromiso verbal. De hecho, después de 1876 muchos cooperadores hicieron solo esto. Podemos encontrar sus nombres en las listas de la asociación. Había salesianos «externos» que no estaban formalmente anotados en las listas de Valdocco, por ejemplo todos los mencionados en 1877, como benefactores de la obra salesiana, colaboradores o simplemente amigos del fundador. Sin tener en cuenta la naturaleza general de su compromiso, eran todos considerados «asociados» de la Congregación, promotores, bienhechores. Don Bosco escribe en *Cooperadores Salesianos*:

«En 1864 la Santa Sede hace una recomendación a la Pía Sociedad Salesiana y designa a un superior. La aprobación de la Sociedad incluye una sección que concierne a los **externos**, quienes eran siempre llamados *promotores* o *benefactores* y, finalmente, *Cooperadores Salesianos*» (MBe XI, 80).

Los «promotores» y «bienhechores» de los años anteriores eran, por tanto, **mencionados expresamente en el capítulo sobre los «externos»**, al cual se refiere explícitamente Don Bosco, mientras omite cuidadosamente cualquier referencia a la observación crítica de Roma, que habría puesto en peligro su postura. Es un hecho que el consultor de Roma que examinó las Constituciones dio un parecer negativo. El capítulo, relegado a un apéndice, sobre los «externos» **tuvo que ser finalmente eliminado**, antes de que se aprobaran las Constituciones en 1874.

7. Los Cooperadores Salesianos en 1876 y su aprobación

Entre 1874 y 1876, Don Bosco desarrolló el concepto de cooperador fuera de las **Constituciones** y escribió una **normativa apropiada**. La Asociación de Cooperadores Salesianos fue presentada a Pío IX. El Papa alentó este proyecto a principios de 1875; unos meses después otorgó reconocimiento y favores espirituales por medio de un decreto con fecha de 30 de julio. Finalmente, se presentó el 4 de marzo de 1876, *como ya en funcionamiento*, y por tanto no para su «*aprobación*» sino para su «*reconocimiento*» a través de la concesión de indulgencias (decreto del 9 de mayo de 1876).

Aproximadamente un mes más tarde, Don Bosco imprimió un folleto en el que describía los fines de los salesianos cooperadores. En él incluía la bendición del Santo Padre a la congregación. Don Bosco esperaba incluir en este folleto la aprobación y bendición de mons. Gastaldi. Al presentarlo, escribió: «**Estos cooperadores son una especie de Orden Tercera** a través de la que el Santo Padre otorga algunos favores espirituales a nuestros bienhechores. Ahora que el Santo Padre ha otorgado su bendición, humildemente pido a su eminencia la suya también [...]». Frente al *hecho consumado*, el arzobispo presentó fuertes objeciones. Pero Don Bosco imprimió los opúsculos en la *diócesis de Albenga* (en Liguria) con la aprobación del obispo Anacleto Pietro Siboni.

Unos dos meses después, deseando publicar el decreto de «*aprobación*», Don Bosco presentó una copia a la cancillería. El arzobispo se apresuró a indicar que, la instrucción hecha por el Papa, simplemente otorgaba «indulgencias y favores espirituales» y asumía que previamente había habido una aprobación canónica. **¿Quién había dado esta aprobación?** Estaba claro que la formulación del decreto papal sobre los Cooperadores Salesianos y la Obra de María Auxiliadora indica eso. «**Hemos sido informados de que una Pía Compañía de hombres y mujeres cristianos, con el nombre de Compañía o unión de Cooperadores Salesianos, ha sido canónicamente erigida**».

Es seguro que Pío IX apoyó firmemente a los Cooperadores Salesianos y que, previamente, a este decreto (9 de mayo de 1876) había expresado su aprobación tanto de palabra como a través de una circular en la que otorgaba favores espirituales. Pero persiste el hecho de que esta circular simplemente concedía indulgencias y lo hacía **asumiendo que había una aprobación canónica previa**, claramente no por parte de la Santa Sede, entonces **¿por parte de quién?**

Aparentemente Don Bosco no había pretendido pedir la aprobación de la Santa Sede para una *nueva* asociación. Había solicitado simplemente favores espirituales para una asociación que *ya existía* y que estaba, por lo que a él se refería, *canónicamente erigida*. Discutió este punto en el famoso y ampliamente debatido *memorando* escrito a finales de 1876 o principios de 1877 (está al final de este escrito), titulado *Cooperadores Salesianos*, probablemente destinado para el *Boletín Salesiano*, pero nunca publicado. Aquí Don Bosco arguye que los cooperadores salesianos ya existían desde 1841, estaban identificados con la obra de los Oratorios y eran conocidos como «la Congregación de San Francisco de Sales», de la cual Don Bosco era el «*superior*». Esta «congregación» había recibido ánimo, facultades y favores espirituales en varias ocasiones por parte de la Santa Sede y del arzobispo Luigi Fransoni mediante el decreto de 1852, en el que designaba a Don Bosco director espiritual de los tres Oratorios.

En 1858-1859, esta congregación se dividió en dos familias: una unida por los votos y que vivía en comunidad; la otra (todavía conocida como «Unión o Congregación de San Francisco de Sales, *Promotores* o *Cooperadores*») continuó «viviendo en el mundo a la vez que trabajaba en beneficio de los Oratorios». Por tanto, cuando los decretos papales hablan de una compañía canónicamente erigida, se refieren a:

«Aquellos primeros promotores que habían sido de hecho aprobados y reconocidos durante un período de diez años como *verdaderos cooperadores de la obra de los Oratorios*. Esta asociación estaba formalmente constituida mediante el decreto de 1852. Estos cooperadores *continuaron como agregados incluso después de 1858*, cuando algunos de ellos empezaron a vivir en comunidad según sus propias constituciones» (MBe XI, 81).

8. Institución canónica de la Asociación de los Cooperadores Salesianos

De la Asociación de los Cooperadores Don Bosco habló por primera vez con Pío IX en la audiencia del 22 de febrero de 1875. Por sugerencia del Papa, pidió cartas de

recomendación para el proyecto a los obispos. Una vez obtenidas las comendaticias de varios obispos, el 4 de marzo de 1876 se dirigió directamente al Papa, pidiéndole que se dignase examinar el proyecto y conceder favores espirituales en favor de la asociación de los cooperadores salesianos. En respuesta, el Papa, concedía las indulgencias solicitadas para los *Cooperadores Salesianos* con este decreto.

«Papa Pío IX Para perpetuo recuerdo

Conforme Nos han comunicado ha sido canónicamente instituida una Pía Sociedad de fieles cristianos con el nombre de *Sociedad o Unión de Cooperadores Salesianos*, cuyos socios, además de dedicarse a muchas obras de piedad y de caridad, se proponen especialmente atender a los muchachos pobres y abandonados. Nos, para que esta Sociedad tenga cada día mayor incremento, confiados en la misericordia de Dios Omnipotente y con la autoridad de los Bienaventurados Pedro y Pablo, a todos los fieles cristianos de uno y otro sexo que estén adscritos a esta Sociedad o con el tiempo se vayan adscribiendo, cuando les llegue el momento de la muerte, si están verdaderamente arrepentidos y confesados y hubieren recibido la sagrada comunión, o si esto no les fuere posible, si al menos invocaran contritos de palabra el nombre de Jesús o, si no pudieren, al menos con el corazón, y aceptaren la muerte con ánimo resignado, recibéndola de manos de Dios como reparación del pecado, le concedemos Indulgencia Plenaria; además, a los mismos Socios, verdaderamente arrepentidos y confesados, que en uno de los días de cada mes, que ellos eligieren, recibieren la sagrada comunión en una iglesia u oratorio público y visitaren la iglesia o el mismo oratorio y allí oren por la concordia entre los príncipes cristianos, la extirpación de las herejías, la conversión de los pecadores y la exaltación de la Santa Madre Iglesia, también les concedemos Indulgencia Plenaria en remisión de todos sus pecados, aplicable a las almas de los fieles difuntos, que salieron de este mundo unidos a Dios por la caridad. Además, queriendo usar de especial benevolencia con dichos socios *les concedemos todas las Indulgencias, tanto Plenarias como Parciales, que los Terciarios de San Francisco de Asís* puedan conseguir por concesión apostólica y todas las indulgencias que los Terciarios pueden lucrar en los días de fiesta y en las iglesias de San Francisco de Asís, en la fiesta de San Francisco de Sales y en las iglesias de la Congregación de presbíteros salesianos, con tal de que cumplan debidamente en el Señor las obras determinadas para tales indulgencias; así lo concedemos con Nuestra Autoridad Apostólica. Sin que puedan impedirlo cualesquiera facultades que se opongan. Queremos empero que a la transcripción de la presente Concesión o a las copias impresas de la misma, con la firma de un Notario público y el sello de una persona constituida en Dignidad Eclesiástica, se les preste la misma fe que a la auténtica, si fuere presentada.

Dado en Roma, junto a San Pedro bajo el anillo del Pescador, el día 9 de mayo de 1876, año trigésimo de nuestro Pontificado.

[Sello] Por el Card. Asquinio, D. Iacobini, sustituto».

9. Memorando de Don Bosco: Cooperadores Salesianos

El origen de los cooperadores salesianos se remonta a 1841, cuando se empezó a reunir a los muchachos pobres y abandonados en la ciudad de Turín. Se reunían en lugares e iglesias a propósito, se entretenían en agra dables y honestos pasatiempos, y se les enseñaba y preparaba para recibir dignamente los santos sacramentos de la confirmación, la confesión y la comunión. Para el desempeño de las muchas y variadas funciones, se unieron varios señores, que con su prestación personal y su beneficencia, sos tenían la llamada obra de los oratorios festivos. Estos eran conocidos por el nombre de los oficios que desempeñaban; pero, en general, se les llama ba [simplemente] bienhechores, promotores y también cooperadores de la Congregación de San Francisco de Sales.

Era el superior de estos oratorios el sacerdote [Juan] Bosco, el cual, actuando en todo bajo la inmediata dirección y autoridad del arzobispo, ejercía su ministerio recibiendo las oportunas facultades oralmente y por es crito. Siempre que se presentaba una dificultad, el ordinario la allanaba por medio del sacerdote [Juan] Bosco.

Las primeras concesiones del señor arzobispo Frasoni fueron las de ad ministrar los santos sacramentos de la confesión y comunión, la del cumplimiento del precepto pascual, la de admitir a los niños para la primera comunión, predicar, celebrar triduos, novenas, dirigir ejercicios espirituales, dar la bendición con el Santísimo Sacramento y cantar la misa.

Los así llamados promotores y cooperadores salesianos, que constituían como una verdadera congregación bajo el título de San Francisco de Sales, empezaron a obtener también de la Santa Sede algunos favores espirituales con rescripto del 18 de abril de 1845, firmado por *L. Averardi, substituto del señor cardenal A. del Drago*. En este rescripto se concedían algunas facultades al superior; y, entre otras, la de comunicar la bendición apostólica y la indulgencia plenaria a cincuenta promotores a elegir al arbitrio del director. Con fecha 11 de abril de 1847, Mons. Frasoni aprobaba la compañía de San Luis, fundada en la Congregación Salesiana, con indulgencias concedidas por él y por la Santa Sede.

En el 1850, el sacerdote Don Bosco exponía a la Santa Sede que *había sido* legítimamente erigida en aquella ciudad una congregación, bajo el título y protección de San Francisco de Sales y se solicitaban más amplios favores para los agregados y otros no agregados. Tales favores fueron concedidos con rescripto del 28 de septiembre de 1850, firmado por Domingo Fioramonti, secretario, encargado ante el Santo Padre para cartas latinas.

Estando así establecida *de hecho* la congregación de los promotores salesianos ante las autoridades eclesiásticas locales y también ante la Santa Sede, en vista de la multitud de pobres muchachos que acudía, fue necesario abrir otras escuelas y otros oratorios festivos en diversas partes de la ciudad. Y [por consiguiente] para que se conservara la unidad de espíritu, de disciplina y de mando, y se estableciera definitivamente la obra de los oratorios, el superior eclesiástico, con decreto o patente del 31 de marzo de 1852, nombraba al sacerdote [Juan] Bosco director y superior con todas las facultades que fueran necesarias o simplemente oportunas para tal fin.

Después de esta declaración, la congregación de promotores salesianos siempre se consideró como canónicamente erigida y las relaciones con la Santa Sede fueron siempre practicadas por el superior de aquella. De 1852 a 1858 le fueron otorgados varios favores [adicionales] y gracias espirituales; pero aquel año la Congregación se dividió en dos categorías o más bien en dos familias. Los que eran libres y sentían vocación se reunieron en vida común, con domicilio [permanente] en el edificio que siempre fue considerado como casa madre y centro de la asociación.

Esta es la asociación que, por consejo del Sumo Pontífice, se llamó «Pía Sociedad de San Francisco de Sales», como todavía se denomina. Los demás, es decir, los externos siguieron viviendo en medio del mundo en el seno de sus propias familias; pero continuaron promoviendo la obra de los oratorios. Estos conservaron siempre el nombre de *Unión* o Congregación de San Francisco de Sales, de *promotores* o *cooperadores*; pero siempre dependiendo de los socios, que viven en comunidad como religiosos, y unidos a ellos para trabajar por la juventud pobre.

En 1864, la Santa Sede encomiaba la *Pía Sociedad Salesiana* y le nombraba un superior. Los miembros externos, no religiosos, que siempre recibieron el nombre de promotores o bienhechores y, últimamente, cooperadores salesianos, figuraban como parte del documento de aprobación.

En 1874, se aprobaron definitivamente las Constituciones, siempre bajo el nombre de Pía Sociedad. Pero, considerando siempre a los miembros de la antigua Congregación Salesiana como promotores y cooperadores de las obras que los socios [religiosos] emprendían. Los cooperadores prestaban su ayuda [como maestros] en las escuelas, [como líderes] en las funciones de iglesia, [como asistentes] en los juegos dominicales [del Oratorio], y [participando] en la actividad [de los miembros religiosos] entre los fieles. Por esta razón, el 30 de julio de 1875 la Sagrada Congregación de los Breves concedía al superior de la *Sociedad Salesiana* que pudiera otorgar *indulgentias et gratias spirituales societatis ipsi a S. Sede concessas insignibus benefactoribus communicandi perinde ac si tertiarii essent, iis exceptis quae ad vitam communem pertinent* [Poder de otorgar las indulgencias y gracias espirituales concedidas por la Santa Sede a la misma [Pía Sociedad Salesiana] a los insignes cooperadores, como si fueran terciarios, exceptuando las que se refirieran a la vida comunitaria.] Estos bienhechores son los que siempre se llamaron promotores o cooperadores y que en las Constituciones Salesianas antiguas tienen un capítulo aparte donde se les llama miembros externos.

Por tanto, cuando por benigna concesión de la Santa Sede se concedían nuevos y más amplios favores a los cooperadores salesianos y se hacía referencia a la *Pia Christifidelium Sodalitas, canonice instituta, cuius sodales praesertim pauperum ac derelictorum puerorum curam suscipere sibi proponunt* [la Pía Sociedad de cristianos canónicamente instituida, cuyos socios se dedican en especial al cuidado de los niños pobres y abandonados], se [debe entender] como referida:

1. A los antiguos promotores, de hecho aprobados y reconocidos por diez años como *de facto* verdaderos cooperadores de la obra de los oratorios, formalmente constituida con el decreto de 1852 y que continuaron siendo una asociación (*para ser agregados*), viviendo en el mundo, incluso en 1858, cuando algunos de ellos comenzaron a hacer vida común con reglas propias.

2. A estos asociados, o sea, la Pía Sociedad Salesiana, que fue siempre la directora de aquellos bienhechores, que, según las reglas propuestas para ellos, se prestaban con celo y caridad a ayudar moral y materialmente a los miembros religiosos.



Portada del manual escrito por Don Bosco sobre los Cooperadores Salesianos (1876).

PASTORAL

Las emociones en el acto de fe Nota doctrinal ‘Cor ad cor loquitur’, el corazón habla al corazón

Comisión para la Doctrina de la Fe¹⁵
Conferencia Episcopal Española

La *Comisión para la Doctrina de la Fe* de la Conferencia Episcopal Española ha publicado una nota doctrinal sobre el papel de las emociones en el acto de fe que lleva por título *Cor ad cor loquitur* —el corazón habla al corazón—, en referencia al lema cardenalicio del «recién declarado doctor de la Iglesia, san Juan Enrique Newman». En él se encierra el tema central de la nota doctrinal, que la vida espiritual y el encuentro con Dios «afecta a la persona en el conjunto de sus dimensiones: afectiva, intelectual y volitiva». Esta nota fue *aprobada por la Comisión Permanente en su última reunión, celebrada los días 24 y 25 de febrero en Madrid.*

Esta reflexión está motivada por los diversos signos de un «renacer de la fe cristiana» en la sociedad, así como el surgimiento de «diversas iniciativas de primer anuncio» suscitadas por el Espíritu Santo y que facilitan el encuentro con Cristo. La Iglesia valora su «creatividad» y reconoce «una llamada que anima a recuperar la importancia de los sentimientos y a integrarlos, sin menoscabo de la razón, en la vida cristiana». De esta forma, los obispos de esta Comisión ofrecen esta nota doctrinal para «ayudar al discernimiento y acompañar en la maduración de estas experiencias apostólicas para que puedan crecer y prestar un mejor servicio a tantas personas que se acercan a la Iglesia».

¹⁵ Presidente: **Francisco Conesa Ferrer**, obispo de Solsona; vicepresidente: Ramón Valdivia Giménez, obispo auxiliar de Sevilla y Administrador Apostólico de Cádiz y Ceuta; miembros: Ernesto Brotóns Tena, obispo de Plasencia; Daniel Palau Valero, obispo de Lérida; Eloy Alberto Santiago Santiago, obispo de San Cristóbal de La Laguna (Tenerife); José María Yanguas Sanz, obispo de Cuenca; Francisco Javier Martínez, arzobispo emérito de Granada; Jesús E. Catalá Ibáñez, obispo emérito de Málaga; Demetrio Fernández González, obispo emérito de Córdoba; Adolfo González Montes, obispo emérito de Almería; Luis Quintero Fiuza, obispo emérito de Tuy-Vigo; Javier Salinas Viñals, obispo auxiliar emérito de Valencia. Secretario: Rafael Vázquez Jiménez.

Texto completo: ‘*Cor ad cor loquitur*’ (El corazón habla al corazón) - Nota doctrinal sobre el papel de las emociones en el acto de fe

1. *Cor ad cor loquitur* fue el lema cardenalicio escogido por el recién declarado doctor de la Iglesia, san Juan Enrique Newman, inspirándose en san Francisco de Sales, quien definía la vida espiritual como un encuentro con Dios “de corazón a corazón”¹⁶, un movimiento del corazón de Dios al corazón del hombre y, a la inversa, del corazón del hombre al corazón de Dios; un intercambio incesante que afecta a la persona en el conjunto de sus dimensiones: afectiva, intelectual y volitiva¹⁷. El mismo Jesús, cuando le preguntan por el mandamiento principal de la Ley, dice: «Amarás al señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente» (Mt 22,37). La fe implica a toda la existencia humana, pues es la entrega del hombre “entero” a Dios como respuesta obediente y libre a la revelación (Rom 1,5; 16,26)¹⁸. Es Dios el que toma la iniciativa de salir al encuentro del hombre, y adelanta su gracia para que, con el auxilio interior del Espíritu Santo, el corazón del ser humano se oriente y se dirija hacia Dios, permitiéndole entrar en comunión íntima con él¹⁹. Junto a los aspectos fiduciales (confianza en Dios) se dan en la fe elementos cognoscitivos (adhesión a Dios, confesión de fe) y también emociones y sentimientos (gozo espiritual, amor o paz, entre otros).

2. Los obispos de la Comisión para la Doctrina de la Fe de la Conferencia Episcopal Española ofrecemos estas reflexiones acerca de la integralidad de la experiencia de fe, que es fruto del encuentro con el auténtico rostro de Jesucristo encarnado: «Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado no creado, que por nosotros los hombres y por nuestra salvación, bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre» (*Credo niceno-constantinopolitano*).

Motivación pastoral de esta reflexión

3. En los últimos años se aprecian signos que indican un renacer de la fe cristiana, especialmente entre los jóvenes españoles de la llamada “generación Z”, aquellos nativos digitales nacidos entre mediados de los 90 y la primera década del año 2000. La Iglesia valora la creatividad de las diversas iniciativas de primer anuncio que el Espíritu Santo ha suscitado en muchos movimientos y asociaciones eclesiales para facilitar a tantas personas el encuentro con Cristo o la revitalización de su fe. Estos nuevos métodos o herramientas de evangelización representan un soplo de aire fresco para la Iglesia, que, como Madre, vuelve una y otra vez a «ponerse en camino para rescatar a los hombres

¹⁶ Cf. Francisco de Sales, *Tratado del Amor de Dios*, libro X, 3 y 9.

¹⁷ Cf. Juan Enrique Newman, *Ensayo para contribuir a una Gramática del Asentimiento* (Madrid: Encuentro 2010).

¹⁸ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 142-143.

¹⁹ Cf. Concilio Vaticano II, Constitución dogmática *Dei Verbum*, n. 5.

del desierto y conducirlos al lugar de la vida, hacia la amistad con el Hijo de Dios, hacia aquel que nos da la vida, y la vida en plenitud»²⁰.

4. En todos estos métodos, en mayor o menor grado, tienen un peso importante las emociones y los sentimientos, que provocan un primer “impacto” en la persona y conducen a la conversión y a la adhesión a Cristo. A ello le ha de seguir la configuración de la vida de los cristianos con el Señor, el discipulado en la Iglesia y al apostolado como testigos de Cristo muerto y resucitado en medio del mundo. Sin embargo, no son pocos, incluso entre los promotores de estas experiencias, que han advertido del riesgo de un reduccionismo “emotivista” de la fe, que lleva a muchas personas a convertirse en consumidoras de experiencias de impacto y buscadoras insaciables de la complacencia del sentimiento espiritual. El anuncio de Cristo no busca de modo directo provocar sentimientos, sino testimoniar un acontecimiento que ha transformado la historia y es capaz de transformar la existencia de todo ser humano ocupando el centro de su vida: que «tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16). Este es el gran impacto que renueva la mente y el pensamiento, amplía el horizonte de la libertad, ofrece un nuevo sentido a la vida y, en función de ello, da una nueva consistencia al obrar de las personas.

5. En determinados momentos de la historia de la Iglesia la balanza se ha inclinado hacia el asentimiento intelectual a unas verdades reveladas o al compromiso y a la acción, con incidencia en la vida espiritual de los fieles, la reflexión teológica, la catequesis o el apostolado. En nuestros días, en cambio, la experiencia de fe se centra en el universo emocional y sentimental de la persona, lo que podría interpretarse como uno de los “signos de los tiempos” o una llamada que anima a recuperar la importancia de los sentimientos y a integrarlos, sin menoscabo de la razón, en la vida cristiana. Al mismo tiempo, advertimos la necesidad de regular y discernir las emociones porque pueden ser un obstáculo para el crecimiento espiritual.

6. Valorando positivamente todo lo que de bueno están aportando estos métodos de primer anuncio en el contexto de una sociedad fuertemente secularizada, los obispos de esta Comisión, como pastores del pueblo de Dios, ofrecemos esta *Nota* con el fin de ayudar al discernimiento y acompañar en la maduración de estas experiencias apostólicas para que puedan crecer y prestar un mejor servicio a tantas personas que se acercan a la Iglesia —como la mujer samaritana— buscando «un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna» (Jn 4,14).

Crear con el corazón

a) La absolutización de lo emotivo en la postmodernidad

7. Expertos y analistas de nuestro tiempo vienen advirtiéndolo que en la llamada cultura postmoderna se ha producido una absolutización de la afectividad, reduciéndola a los sentimientos y a las emociones, e incluso se ha llegado a sostener su irracionalidad, lo

²⁰ Benedicto XVI, Carta *Porta fidei* (2011), n. 2.

que ha sido denominado como “emotivismo”²¹, es decir, la reducción de la afectividad a la emoción. El hombre postmoderno rechaza el objetivismo racionalista para convertirse en un sujeto emotivo, que pasa del “pienso luego existo” al “siento luego existo”, del “logos” a la “emoción”. Pero los sentimientos y las emociones, si bien son parte del mundo afectivo, no son capaces de abarcarlo en su totalidad.

8. El hombre “emotivista” se experimenta fragmentado, porque las emociones por sí mismas son inconexas y no le pueden ofrecer una visión holística de la realidad. Se percibe desorientado, porque se deja arrastrar por las emociones a cada momento sin ningún horizonte y se identifica con ellas²²; y vive en la inmediatez y la inconstancia absolutizando el instante (en tanto que perdura la emoción). Aplicado a la vida espiritual, el “emotivista religioso” hace depender la fe de la intensidad de la emoción, reduciéndola a la medida del sentimiento²³ y a lo placentera que pueda resultar, lo que se refuerza cuando se trata de experiencias compartidas. Es importante no confundir estas vivencias con el arrobamiento místico o la experiencia del gozo espiritual que acompaña en los santos la revelación privada. Ya en el año 2003 la Conferencia Episcopal Española advertía en el *Directorio de pastoral familiar de la Iglesia en España* de que «esta concepción (meramente “emotivista”) debilita profundamente la capacidad del hombre para construir su propia existencia, porque otorga la dirección de su vida al estado de ánimo del momento, y se vuelve incapaz de dar razón del mismo. Este primado operativo del impulso emocional en el interior del hombre, sin otra dirección que su misma intensidad, trae consigo un profundo temor al futuro y a todo compromiso perdurable»²⁴.

9. Conviene tener presente que las emociones y los sentimientos tienen un papel importante en la vida humana y espiritual. El cuerpo humano y las emociones son partes integrales de la vida psíquica y espiritual del ser humano. Las emociones no pueden ignorarse ni trivializarse porque son intrínsecas a nuestra existencia. Ahora bien, resulta determinante encontrar un equilibrio dentro de la vida espiritual entre los aspectos intelectivos, volitivos y sentimentales. Los sentimientos no pueden desligarse ni de la verdad ni del bien. A este respecto, el papa Francisco afirmaba en la encíclica *Lumen fidei* (2013):

La fe sin verdad no salva, no da seguridad a nuestros pasos. Se queda en una bella fábula, proyección de nuestros deseos de felicidad, algo que nos satisface únicamente en la medida en que queramos hacernos una ilusión. O bien se reduce a un sentimiento hermoso, que consuela y entusiasma, pero dependiendo de los cambios en nuestro estado de ánimo o de la situación de los tiempos, e incapaz de dar continuidad al camino de la vida²⁵.

²¹ Cf. Alasdair MacIntyre, «Emotivismo: contenido social y contexto social», en Id. *Tras la virtud* (Austral, Barcelona, 2013) 40-55.

²² Cf. Zygmunt Bauman, *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos* (Madrid: Fondo de Cultura Económica de España 2005).

²³ Cf. Juan José Pérez-Soba, «Conversación junto al pozo. Cómo hablar de fidelidad al emotivista postmoderno»: *Scripta Theologica* 52 (2020) 170-173.

²⁴ Conferencia Episcopal Española, *Directorio de pastoral familiar de la Iglesia en España* (Madrid: Edice 2003), n. 19.

²⁵ Francisco, Encíclica *Lumen fidei* (2013), n. 24.

10. Por otra parte, el “emotivista” resulta más fácilmente manipulable. Muchos discursos sociales y políticos actuales apelan con frecuencia a las emociones (miedo, esperanza, indignación) con el fin de generar determinados comportamientos y adhesiones. También en la vida espiritual existe el peligro de pretender suscitar algunos comportamientos mediante un “bombardeo emocional”, lo cual podría considerarse una forma de “abuso espiritual”. Tal abuso puede manifestarse en forma “presión emocional del grupo”, que hace que los individuos se vean obligados a “sentir” lo mismo que los demás para no automarginarse de la experiencia. E incluso a través de la utilización de falsas experiencias sobrenaturales o místicas (“falso misticismo”²⁶), que desvirtúan una auténtica visión de Dios, como medios para ejercer dominio sobre las conciencias anulando la autonomía de las personas o para cometer otro tipo de abusos, lo que debe ser considerado de especial gravedad moral²⁷.

b) La importancia de los sentimientos en la vida espiritual

11. Los sentimientos juegan un papel importante en la vida humana y espiritual, y son fundamentales en la vida interior de toda persona humana. La fe cristiana, arraigada en la encarnación, no los puede ni dejar de lado ni ignorar. Dios nos alcanza también en nuestro sentir, en nuestra subjetividad, en nuestra intimidad, en nuestra emocionalidad. Lo afectivo constituye un campo fundamental en la vida espiritual, en la relación con Dios y con los demás, en la maduración creyente de la persona. Sin embargo, los sentimientos no pueden determinar toda o casi toda la vida cristiana, pues, en ocasiones, la misma ausencia de sentimientos es parte del itinerario espiritual.

12. Los métodos de evangelización, a los que nos hemos referido, ayudan a descubrir la importancia del aspecto emotivo de la vida cristiana. Por influjo de la modernidad ilustrada, se dio una tendencia a subrayar los aspectos intelectuales o éticos de la fe, considerando los sentimientos como algo marginal en la experiencia de fe. La piedad popular y algunas prácticas espirituales alimentaron una espiritualidad más vinculada a los sentimientos, a la imaginación y al corazón.

13. El reto será siempre facilitar el encuentro con Dios sin abusar de las emociones, al mismo tiempo que sin menospreciar la fuerza de la fe para suscitarlas. Sería contradecir la misma Palabra de Dios, que tiene muy en cuenta la dimensión afectiva de la relación entre Dios y el ser humano.

14. El Antiguo Testamento describe el amor de Dios hacia su pueblo en múltiples pasajes, como el de una madre que se apiada del hijo de sus entrañas (cf. Is 49,14-15), como el de un padre que toma entre sus brazos a su hijo pequeño y cuida de él (cf. Os 11,1.3-4) o como el de un amado que graba a la amada como un sello en su corazón (cf. Cant 2,2; 6,2; 8,6). Este amor exige por parte del hombre la respuesta de un corazón nuevo, de un corazón de carne (cf. Ez 36,26).

²⁶ Cf. Cf. Pío XII, Encíclica *Haurietis aquas* (1956), n. 28; Francisco, *Dilexit nos* (2024), n. 86.

²⁷ Cf. Dicasterio para la Doctrina de la Fe, *Normas para proceder en el discernimiento de presuntos fenómenos sobrenaturales* (2024), art. 16; *Folio para la Audiencia con el Santo Padre: “Falso misticismo y abuso espiritual”* (2024).

15. En el Nuevo Testamento, el Verbo encarnado asume también los sentimientos de la condición humana. En muchos pasajes vemos cómo Jesús se compadeció de aquellos que andaban como ovejas sin pastor (cf. Mt 9,36), experimentó la angustia y la tristeza en el huerto de los Olivos (cf. Lc 22,39-44; Mt 26,37), lloró por Jerusalén (cf. Lc 19,41-44) y por la pérdida de su amigo Lázaro (cf. Jn 11,35), amó a los discípulos y los llamó amigos (cf. Jn 13,23; 15,15), miró con ira y se sintió dolido ante la dureza del corazón de los demás (cf. Mc 3,5) o por ver el Templo transformado en un mercado (cf. Mt 21,12-13; Mc 11,15-18; Jn 2,13-22), etc²⁸. Como dirá san Agustín, él asumió también los sentimientos humanos para redimirlos: «Tomó estos afectos de la humana flaqueza, lo mismo que la carne de la debilidad humana (...), de suerte que, si a alguno le aconteciere contristarse y dolerse en las tentaciones humanas, no se juzgase por esto ajeno a su gracia»²⁹. Como recuerda el Concilio Vaticano II, «realmente, el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado (...), él manifiesta plenamente el hombre al propio hombre (...), pues en él la naturaleza humana ha sido asumida, no absorbida, (...) también en nosotros ha sido elevada a una dignidad sublime»³⁰. No es de extrañar que san Pablo recomendase a los filipenses: «Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús» (Flp 2,5). Negar, por tanto, las emociones en el acto de fe, sería renegar de la condición humana, que ha sido asumida por el Verbo encarnado, el Hombre perfecto (cf. Ef 4,13), el mismo que «trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre»³¹, y por eso puede sanar de su desorden a la afectividad humana, iluminarla y elevarla. Como dirá la encíclica *Dilexit nos* (2024), «el Hijo eterno de Dios, que me trasciende sin límites, quiso amarme también con un corazón humano. Sus sentimientos humanos se vuelven sacramento de un amor infinito y definitivo»³².

c) Recuperar el corazón

16. La afectividad, dimensión esencial del ser humano, junto con la razón y la voluntad, integra las emociones y los sentimientos en la verdad del ser humano, creado «a imagen y semejanza de Dios» (Gn 1,26), profundamente amado en la realidad de su existencia. Por ser una dimensión fundamental de la persona, no puede quedar excluida del acto de fe, ya que Dios sale al encuentro de cada hombre y de cada mujer en la integridad de su ser, y les habla *de corazón a corazón*. Pues el corazón es el centro de la persona, el lugar de las decisiones, de la verdad, del encuentro y de la Alianza, que solo puede ser sondeado y conocido por el Espíritu de Dios³³.

17. El magisterio de los pontífices más recientes está impregnado de una llamada a la recuperación del corazón en la vida cristiana. Ya Pío XII en la encíclica *Haurietis aquas* (1956), sobre la devoción al Corazón de Cristo, alertaba del peligro del naturalismo y

²⁸ Completan estos textos el capítulo II de la encíclica del papa Francisco *Dilexit nos* (2024), en el que se hace referencia a los gestos y palabras de amor de Jesús en los Evangelios, reflejos del Corazón de Cristo (cf. nn. 32-47).

²⁹ Agustín de Hipona, *Enarr. in Ps.* 87, 3.

³⁰ Concilio Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 22.

³¹ *Ibid.*, n. 22.

³² Francisco, *Dilexit nos* (2024), n. 60.

³³ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2563.

del sentimentalismo, y presentaba el Corazón del Verbo encarnado como signo y símbolo del triple amor con que ama Cristo: el amor divino (como Dios), el amor espiritual humano (la caridad de su voluntad humana) y el amor sensible (afectos y emociones)³⁴. De esta forma, se invitaba a los fieles a alcanzar la armonía del amor en Cristo. Posteriormente, son significativas las encíclicas de Juan Pablo II *Redemptor hominis* (1979) al volver sobre la dimensión humana del misterio de la Redención y, especialmente, *Dives in misericordia* (1980) dedicada al amor misericordioso de Dios. Por su parte, Benedicto XVI hizo referencia en varias de sus encíclicas a esta cuestión, de manera peculiar en *Deus caritas est* (2005), pero también en *Spe salvi* (2007) y *Lumen fidei* (2013), escrita entre Benedicto XVI y Francisco, a la que ya se ha hecho referencia. Más recientemente el papa Francisco, en su encíclica *Dilexit nos* (2024) propuso recuperar la importancia del corazón en la vida cristiana, pues —como dice san Pablo— «si profesas con tus labios que Jesús es Señor, y crees con tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo» (Rom 10,9). En el corazón es «donde cada persona hace su síntesis; allí donde los seres concretos tienen la fuente y la raíz de todas las demás potencias, convicciones, pasiones, elecciones»³⁵. Todo se unifica en el corazón, que es «el núcleo de cada ser humano, su centro más íntimo; no solo el núcleo del alma, sino de toda la persona en su identidad única que es anímica y corpórea (...) Es la sede del amor con la totalidad de sus componentes espirituales, anímicos y también físicos»³⁶.

18. Desde el corazón, en el que se integran las dimensiones afectiva y corporal, racional e intelectual, así como la volitiva y el compromiso³⁷, la experiencia de fe se convierte en un acontecimiento totalizante, que permite afirmar al creyente: «Encontré al amor de mi alma. Lo abracé y no lo solté» (Cant 3,4). Se trata de un hecho que siempre desborda y trasciende, y hace gustar de antemano el gozo y la luz de la vida eterna.

19. La afectividad, como dimensión humana fundamental en armonía con la razón y la voluntad, supera al mero sentimentalismo y libera a la fe de las redes del subjetivismo y del emotivismo. El amor auténtico siempre conduce a la verdad. Como afirmaba el papa Benedicto XVI:

Sin la verdad, la caridad cae en mero sentimentalismo. El amor se convierte en un envoltorio vacío que se rellena arbitrariamente (...), es presa de las emociones y las opiniones contingentes de los sujetos (...). La verdad libera a la caridad de la estrechez de una emotividad que la priva de contenidos relacionales y sociales, así como de un fideísmo que mutila su horizonte humano y universal. En la verdad, la caridad refleja la dimensión personal y al mismo tiempo pública de la fe en el Dios bíblico, que es a la vez “Agapé” y “Lógos”: Caridad y Verdad, Amor y Palabra³⁸.

³⁴ Cf. Pío XII, Encíclica *Haurietis aquas* (1956), nn. 3, 15-16.

³⁵ Francisco, Encíclica *Dilexit nos* (2024), n. 9.

³⁶ *Ibid.*, n. 21.

³⁷ El magisterio de Juan Pablo II fue muy rico en el campo de la afectividad. Desarrolla con profundidad la comprensión del amor humano revalorizando el cuerpo desde el trasfondo de una antropología teológica inspirada en la Palabra de Dios (pueden verse las 129 catequesis centradas en la teología del cuerpo impartidas por Juan Pablo II en las audiencias de los miércoles entre septiembre de 1979 y noviembre de 1984).

³⁸ Benedicto XVI, Encíclica *Caritas in veritate* (2009), n. 3.

20. Creer con el corazón es el mejor antídoto contra los dos grandes enemigos de la vida espiritual apuntados por el papa Francisco: el neo-gnosticismo y el neo-pelagianismo. El primero concibe la salvación como algo puramente interior, cerrando al sujeto en la inmanencia de su propia razón o sentimientos. El pelagianismo, por su parte, acentúa el carácter radicalmente autónomo del individuo, que pretende alcanzar la salvación por sus propias fuerzas. Esto se traduce, entre otras cosas, en una autocomplacencia por los frutos alcanzados, en la obsesión por la ley y en la ostentación en el cuidado de la liturgia, de la doctrina y del prestigio de la Iglesia³⁹.

Criterios teológico-pastorales para el discernimiento

21. A la luz de lo expuesto, ofrecemos unos criterios que pueden ayudar a enriquecer la experiencia de fe de las nuevas iniciativas de evangelización surgidas recientemente en el ámbito del primer anuncio:

a) Por Cristo, al Padre, en el Espíritu

22. La vida cristiana comienza «en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28,19), tal y como sucede en el sacramento del bautismo. Es la fe trinitaria que la Iglesia transmite la que ha de ser profesada no solo con los labios, sino pasándola por el corazón y por la razón.

23. Toda la vida de fe está impregnada por la Santísima Trinidad: la oración está dirigida al Padre, por el Hijo, en el Espíritu; la liturgia es eminentemente trinitaria, «por Cristo, con él y en él, a ti Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos»; la comunidad eclesial está llamada a reflejar la comunión de las Personas divinas; y el destino del cristiano es trinitario, la plena unidad con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, y con todo el género humano. Por ello es importante que la oración cristiana no pierda su identidad trinitaria⁴⁰, y que el primer anuncio, así como los procesos de discipulado, presenten a Jesucristo, al que conocemos por la acción del Espíritu, que nos revela el rostro del Padre. Solo de esta manera se puede experimentar la plenitud del amor de Dios: «porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rom 5,5).

b) Dimensión personal

24. Como decía el papa Benedicto XVI, «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona,

³⁹ Cf. Francisco, Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* (2018), nn. 36, 57; Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Placuit Deo* (2018), nn. 3-4.

⁴⁰ Cf. Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe, «*Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo*» (*Sal 42,3*). *Orientaciones doctrinales sobre la oración cristiana* (2019), nn. 21-38.

que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»⁴¹. La fe, ciertamente, no se reduce al asentimiento teórico a determinados dogmas, sino que es un acto por el que toda la persona se entrega libremente a Dios, que se nos revela y se nos entrega en Cristo. También el *Catecismo de la Iglesia Católica* recordaba que «no creemos en fórmulas, sino en las realidades que estas expresan y que la fe nos permite “tocar”»⁴².

25. Puesto que Dios sale al encuentro del hombre en su totalidad, en este encuentro intervienen también los sentimientos, propios de la dimensión afectiva del ser humano. Invitamos, por ello, a aprender a discernir los sentimientos en la vida espiritual a partir de los grandes maestros de espiritualidad. El mismo san Ignacio de Loyola animaba a discernir entre estados de consolación y desolación del alma, o a situarse en la santa indiferencia ante una elección de vida, con el deseo de servir a Dios como fin primero y principal al que todo se subordina⁴³. Otros, como santa Teresa de Jesús o san Juan de la Cruz, vivirán la purificación de los sentidos en las “noches del espíritu” o tendrán que enfrentarse, como santa Teresa de Lisieux o santa Teresa de Calcuta, a largos periodos de oscuridad espiritual.

26. De todo ello, se deduce que se ha de ser precavido ante los sentimientos y las emociones que simplemente proporcionan bienestar al sujeto. Cristo, por el contrario, llama a cargar con la cruz y a seguirlo. A una fe basada solo en sentimientos agradables y positivos le repugna la cruz. No se puede entender la vida cristiana sin compartir la cruz y completar en nuestra carne los sufrimientos de Cristo (cf. Col 1,24).

c) Dimensión objetiva de la fe

27. El encuentro con Cristo conlleva la aceptación de la verdad de su persona y su mensaje. En el diálogo con Marta, tras la muerte de Lázaro, Jesús le dice: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?» (Jn 11,26). Y Marta le contesta: «Sí, Señor: yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo» (Jn 11,27). No hay encuentro con Cristo sin profesión de fe, si solo se tiene en cuenta el aspecto subjetivo, pero no se profundiza en el contenido de la fe y en la doctrina. La formación es el medio primordial que permite integrar la verdad en el amor. Si el acto de fe como adhesión personal a Cristo pierde su profunda unidad con la verdad salvadora que nos ha traído, se transforma en un acto vacío y ciego.

28. La vivencia emocional de la fe se ha de asentar en la verdad objetiva del *kerygma*, cuyo contenido se encuentra en la Palabra de Dios transmitida e interpretada por la Iglesia. Todo ello invita a apostar con determinación por una formación integral y continua, que incluya todas las dimensiones de la persona (intelectual, afectiva, relacional y espiritual)⁴⁴. Resulta particularmente oportuno iniciar itinerarios

⁴¹ Benedicto XVI, Encíclica *Deus caritas est* (2005), n. 1

⁴² *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 170.

⁴³ Cf. Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales*, n. 169.

⁴⁴ Cf. XVI Asamblea del Sínodo de los Obispos, *Documento final* (2024), n. 143.

catecumenales y procesos formativos de discipulado y acompañamiento en la maduración de la fe con aquellos que han realizado una primera conversión al Señor.

d) Dimensión eclesial

29. Por la misma lógica de la encarnación, el encuentro con Dios es siempre mediado. Jesucristo, el mediador de la salvación, sigue saliendo al encuentro del ser humano a través de la proclamación de la Palabra, la celebración de los sacramentos y el servicio a los hermanos en la Iglesia. No es posible una experiencia ni un conocimiento de Dios de manera directa e individualista. Nadie se ha hecho cristiano a sí mismo, ni es creyente por sí solo. Creemos gracias a que alguien nos habló del Señor y nos transmitió la fe de la Iglesia en el ámbito de la familia, de una parroquia, de un grupo o un movimiento eclesial. La misma profesión de fe es un acto personal y eclesial simultáneo, de forma que cuando el cristiano dice “creo”, al mismo tiempo, dice “creemos”, como atestigua el Símbolo de Nicea en su versión griega, resaltando así la dimensión eclesial del acto de fe.

30. Este “creemos” no significa uniformidad. La imagen paulina del cuerpo de Cristo es muy elocuente para expresar la unidad en la necesaria diversidad. Todos, aunque distintos, somos miembros del único cuerpo, cuya cabeza es Cristo (cf. 1 Cor 12,12; Ef 1,18); de tal manera que la diversidad no es contraria a la unidad del cuerpo, sino que la enriquece: «Hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor» (1 Cor 12,4-5). Una auténtica vivencia eclesial de la fe no absolutiza el carisma del propio grupo, sino que lo pone al servicio de la unidad de la Iglesia; y no excluye otros carismas, sino que aprecia la riqueza que aporta al conjunto. Igual se puede decir de los métodos evangelizadores: ninguno ha de considerarse como absoluto, y se ha de admitir que lo que sirve para unos, no ha de ser necesariamente válido o útil para otros.

31. Es importante valorar la capacidad que tienen estas nuevas iniciativas evangelizadoras para integrar en la vida comunitaria. Como afirma el Concilio Vaticano II, «estos carismas, tantos los extraordinarios como los ordinarios y comunes, hay que recibirlos con agradecimiento y alegría, pues son muy útiles y apropiados a las necesidades de la Iglesia». Ahora bien, «el juicio de su autenticidad y la regulación de su ejercicio pertenece a los que dirigen la Iglesia. A ellos compete sobre todo no apagar el Espíritu, sino examinarlo todo y quedarse con lo bueno (cf. 1 Tes 5,12.19-21)»⁴⁵. Será, por tanto, un signo de eclesialidad que estos nuevos métodos sean sometidos al discernimiento de la autoridad de los obispos y los órganos diocesanos competentes.

32. Los frutos de los nuevos métodos de evangelización, por tanto, pueden medirse por su capacidad de integrar en la comunidad y de despertar la pregunta por la propia vocación y misión en la Iglesia y en el mundo (“¿Para quién soy yo?”). Es decir, por su capacidad de generar y acompañar las diversas vocaciones que el Espíritu ha suscitado en el cuerpo de la Iglesia (cf. 1 Cor 12,11).

⁴⁵ Concilio Vaticano II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, n. 12.

e) Dimensión ética y caritativa

33. El verdadero encuentro con Cristo no solo transforma la interioridad del creyente, sino que lo impulsa al compromiso concreto con la Iglesia y el mundo. La fe no puede quedarse en una experiencia meramente emocional, sino que se traduce en la caridad hacia los más pobres, en el testimonio y el servicio que transfiguran el mundo haciendo presentes en él los valores del Reino. Si no somos capaces de “tocar la carne de los últimos”, no estamos siendo fieles al Evangelio⁴⁶. El corazón cristiano es un “corazón que ve” dónde hay necesidad de amor y actúa en consecuencia⁴⁷.

34. Son numerosos los textos de la Palabra de Dios que iluminan esta dimensión de la fe. Entre ellos, estos de los apóstoles Juan y Santiago: «Si alguno dice: “Amo a Dios”, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve» (1 Jn 4,20-21). «Así es también la fe: si no tiene obras, está muerta por dentro» (Sant 2,17). Por eso, el compromiso con la Iglesia y con el mundo, sea en el ámbito familiar, laboral, en la sociedad, en la vida pública, con los más pobres y los enfermos, en la defensa de la dignidad humana, la promoción de la paz o el cuidado de la creación, se convierte en criterio de discernimiento para valorar la autenticidad de la fe y de estas nuevas iniciativas eclesiales.

f) Dimensión celebrativa

35. El creyente, además, ha de cuidar la dimensión celebrativa del acto de fe con una liturgia viva en la que festeje comunitariamente la gratuidad del encuentro con Cristo, que hace que la vida del creyente, alentada por la oración, se convierta, por la misericordia de Dios, en un «sacrificio vivo, santo, agradable a Dios» (Rom 12,1).

36. Las iniciativas de evangelización han de cuidar de no fomentar una oración “espiritualista” desencarnada o unas celebraciones litúrgicas intimistas y efectistas. Se corre el peligro de reducir la liturgia a un mero “devocionalismo” que potencia el subjetivismo sentimental frente a lo comunitario, objetivo y sacramental⁴⁸. En algunos ambientes se detecta un recurso excesivo a elementos de tipo emotivo, incluyendo prácticas de culto a la Eucaristía fuera de la misa que desvirtúan y descontextualizan el sentido propio de la adoración al Santísimo Sacramento. La adoración eucarística, sea de forma privada o pública, prolonga e intensifica lo acontecido en la celebración litúrgica, pues adoramos a aquel que hemos recibido⁴⁹. Esta relación intrínseca invita a cuidar la dimensión comunitaria de la adoración eucarística, ya que la relación personal con Jesús sacramentado pone al fiel en comunión con toda la Iglesia, al hacerle tomar

⁴⁶ Cf. León XIV, Exhortación apostólica *Dilexi te* (2025), n. 48.

⁴⁷ Cf. Benedicto XVI, Encíclica *Deus caritas est* (2005), n. 31.

⁴⁸ Cf. Francisco, Carta apostólica *Desiderio desideravi* (2022), n. 28.

⁴⁹ Cf. Juan Pablo II, Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (2003) n. 25; Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, Instrucción *Redemptionis Sacramentum* (2004), n. 134; Benedicto XVI, Exhortación apostólica *Sacramentum caritatis* (2007), n. 66.

conciencia de su pertenencia al cuerpo de Cristo⁵⁰. El sentido netamente eclesial de la adoración eucarística implica el respeto y la fidelidad a las normas litúrgicas⁵¹, que evitará el subjetivismo y la arbitrariedad de formas del culto eucarístico así como el uso de elementos extraños a lo dispuesto en el *Ritual*. Todo ello plantea el reto de garantizar, tanto a los fieles como a los ministros ordenados, una buena formación litúrgica que ayude a situar la celebración de la Eucaristía, especialmente la dominical, en el centro de la vida personal, comunitaria y eclesial⁵².

37. La belleza de la liturgia no es meramente formal, sino la belleza profunda que procede del encuentro sacramental con el misterio de Dios. Por eso, la liturgia ha de ser mistagógica, ayudándonos, a través de palabras y gestos, a conducirnos a Dios, a maravillarnos ante él y a adentrarnos en su belleza.

Con corazón de pastores

38. Con auténtico corazón de pastores, los obispos de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe de la Conferencia Episcopal Española exhortamos a abrazar la fe en la totalidad de sus dimensiones, reconociendo y valorando la importancia de las emociones y los sentimientos en el marco de una sana afectividad en la experiencia creyente, lo que permitirá el encuentro transformador con Cristo “de corazón a corazón”.

39. Invitamos a contemplar a la Virgen María, en quien se realiza de manera perfecta el acto de fe. Ella acogió el anuncio del ángel Gabriel y le dio su asentimiento diciendo: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38). Y, porque ha creído, todas las generaciones hasta nuestros días la proclaman bienaventurada (cf. Lc 1,45.)

⁵⁰ Benedicto XVI, Exhortación apostólica *Sacramentum caritatis* (2007), n. 68.

⁵¹ Cf. Sagrada Congregación para el Culto Divino, *Ritual Romano. Ritual de la sagrada Comunión y del culto al Misterio eucarístico fuera de la Misa* (1973), nn. 82-100.

⁵² Cf. Francisco, Carta apostólica *Desiderio desideravi* (2022), nn. 34-47.

La justicia

Una virtud incómoda⁵³

Giovanni Cucci

El espejo de una sociedad compleja

Entre las virtudes cardinales (prudencia, justicia, fortaleza, templanza), la justicia es de hecho la única que es actualmente objeto de investigación desde la reflexión filosófica, gracias sobre todo a su resurgimiento por obra del neocontractualismo. Este intenta presentar la cuestión de la justicia al margen de una perspectiva metafísica y religiosa, identificando criterios de evaluación que permitan a cada hombre decidir «en tanto ser racional, libre e igual»⁵⁴. Una propuesta, por tanto, que puede aplicarse en una sociedad compleja, es decir, que carece de una visión compartida de la vida.

De este modo, según el neocontractualismo filosófico, la justicia puede establecerse en la vida social mediante un tipo preciso de acuerdo, un contrato para ser precisos, en el que individuos que difieren considerablemente en sus sensibilidades, costumbres, filiaciones culturales y religiosas puedan ponerse de acuerdo sobre los criterios de asignación de los recursos disponibles.

Se trata de una propuesta interesante, que pretende responder a la situación de las sociedades secularizadas actuales, cuyas características parecen destinadas a ser cada vez más relevantes política y socialmente.

John Rawls, uno de los más lúcidos divulgadores del neocontractualismo filosófico, en su principal obra, *Una teoría de la justicia*, al discutir el problema del diálogo entre miembros de distintas posiciones, acuñó el término «consenso superpuesto» (*overlapping consensus*) como posible punto de encuentro entre distintas corrientes de pensamiento⁵⁵. Para el filósofo norteamericano, el consenso debe limitarse a la justicia social, es decir, debe establecer la distribución equitativa de bienes indispensables para una vida digna, como el reconocimiento de los derechos de cuidado, educación, libertad de expresión, profesión política, cultural y religiosa. El hecho de adoptar posiciones

⁵³ Serie publicada en *La Civiltà Cattolica*, abril de 2023.

⁵⁴ J. Rawls, *Una teoría della giustizia*, Milán, Feltrinelli, 1997, 218.

⁵⁵ Cfr Id., «The Idea of an Overlapping Consensus», en *Oxford Journal of Legal Studies* 7 (1987/1) 1–25: cfr www.jstor.org/stable/764257

diferentes no impide llegar a un acuerdo, siempre y cuando se alcancen conclusiones compartidas, lo que Rawls denomina «juicios ponderados en equilibrio reflexivo»⁵⁶. Esto requiere que las distintas partes pongan entre paréntesis sus propias convicciones, que sólo pueden encontrar expresión en la esfera privada.

Para conseguir ejercer equitativamente la distribución, Rawls introduce el famoso recurso del «velo de ignorancia»: nadie sabrá realmente a quiénes irán a parar los bienes que han sido objeto del contrato⁵⁷. La de Rawls es una versión actualizada del modelo liberal, según el cual la concepción más general de la vida concierne únicamente a la esfera de la conciencia personal, sin interferir en modo alguno en las dimensiones social y política. Sin embargo, el filósofo no considera en absoluto irrelevantes estos supuestos; al contrario, el compromiso con la justicia presupone una actitud ética fundamental de confianza y cooperación con las demás partes, y se inspira en las diferentes posiciones de partida de las partes contratantes. El compromiso con el bien común es un valor éticamente compartible e indispensable para la comunidad civil. En este sentido, las diferencias de enfoque permanecen invisibles en el plano del acuerdo, pero pueden revelar distintos aspectos del problema que pueden respetar su complejidad⁵⁸.

En cualquier caso, Rawls se esfuerza por señalar que el hecho de que los puntos de partida de los que se adhieren al contrato sean diferentes no significa en absoluto favorecer una forma de escepticismo filosófico o de indiferencia religiosa⁵⁹, aunque queda por precisar el papel y la importancia de estas realidades en la vida moral del hombre. Lo esencial para el filósofo americano es la protección de la libertad individual, aunque de hecho siga siendo difícil ver con precisión cómo debería ejercerse en una sociedad contractualista: «El ideal sería vivir como una persona justa en una sociedad justa en la que se respetaran los derechos de todos. En tal situación, la persona tendría “la mayor libertad fundamental compatible con dicha libertad para los demás”. Lo que la persona podría o debería hacer con esa libertad parece [...] un asunto privado, algo subjetivo, siempre que se cumplan las exigencias de la justicia [...], asumiendo que no podemos conocer en detalle lo que es bueno para las personas individuales, ni exigir un consenso sustantivo al respecto»⁶⁰.

¿Es posible un enfoque contractual de la justicia?

El libro de Rawls ha tenido un gran éxito de público y una considerable resonancia en los debates de filosofía política. Los intérpretes posteriores han apreciado sobre todo el

⁵⁶ Id., *Una teoria della giustizia*, cit., 470; cfr Id., «Un riesame dell'idea di ragione pubblica», en Id., *Il diritto dei popoli*, Milán, Edizioni di Comunità, 2001, 175-238.

⁵⁷ «De alguna manera debemos centrarnos en los efectos de las contingencias particulares que ponen a los hombres en desventaja y les impulsan a explotar las circunstancias naturales y sociales en su propio beneficio. Para ello, parto de la base de que las partes están situadas tras un velo de ignorancia. Las partes no saben cómo afectarán las alternativas a su caso particular y, por tanto, se ven obligadas a evaluar los principios sólo sobre la base de consideraciones generales» (J. Rawls, *Una teoria della giustizia*, cit., 125).

⁵⁸ Cfr Id., *Political Liberalism*, New York, Columbia University Press, 1993, 134-149; Id., *Giustizia come equità. Una riformulazione*, Milán, Feltrinelli, 2008, 206.

⁵⁹ Ibid., 186.

⁶⁰ B. Kiely, «Maturità del ragionamento morale e maturità della vocazione cristiana», en L. M. Rulla (ed.), *Antropologia della vocazione cristiana. III. Aspetti interpersonali*, Bologna, EDB, 1997, 167.

alto perfil especulativo de su propuesta, pero también han señalado su abstracción, a pesar de los intentos de corrección del propio filósofo en escritos posteriores. Un riesgo nada infrecuente en la reflexión filosófica.

Es más, tal planteamiento, por formal que parezca y limitado a explicar la dimensión procedimental de la justicia, pone de relieve, sin embargo, un residuo ético irrenunciable que no puede dejarse al ámbito privado de la conciencia: la propuesta del contrato social prescinde, en última instancia, precisamente de aquellos bienes que la teoría de la justicia se supone que garantiza. Así se desprende de la noción de *maximin* (abreviatura de *maximum minimorum*: hay que valorizar al máximo a los que están peor), que desempeña un papel tan decisivo en su argumentación. Esta no es reducible a un procedimiento simplemente económico, de gestión de recursos, y confiere a todo el proceso una clara caracterización moral. Pero luego resulta impotente en la elección concreta. Amartya Sen pone el ejemplo de tres niños que querrían la única flauta disponible, alegando tres razones diferentes (capacidad, propiedad, indigencia). Todas estas razones son igualmente correctas desde una perspectiva procedimental: «Para los teóricos de las distintas escuelas – utilitarismo, igualitarismo económico, liberalismo práctico – es probable que la solución correcta esté ahí lista y que no sea en absoluto difícil de identificar. Pero, casi con toda seguridad, la solución que cada uno de ellos presentará como evidentemente correcta será muy diferente de la de los demás»⁶¹. Este callejón sin salida es típico de un enfoque de escritorio del problema de la justicia, basado en reglas y definiciones estrictas, pero incapaz de resolver el conflicto sobre la asignación de la propiedad, que presenta una situación mucho más compleja que la asignación de una flauta.

Los presupuestos éticos de tal planteamiento están ocultos, pero al mismo tiempo son inevitables: se revelan claramente por la propia estructura de la obra. De hecho, los dos principios fundamentales de la justicia⁶² quedan expuestos *antes* del momento contractual fundamental, el velo de la ignorancia, sin que se ofrezca una justificación adecuada para ellos⁶³. En otras palabras, no son «contractuales» en absoluto. En esta perspectiva, el punto decisivo queda en la vaguedad: quién decide, a través de qué momentos y modalidades, y en virtud de qué sería posible llegar a un consenso. Al final, la discusión sobre los bienes a repartir se cierra según un modelo preestablecido: «La lista es una lista construida [...], es el producto de una cierta historia de doctrinas; pero el cierre de la lista es un efecto de construcción»⁶⁴. De este modo, se pretende regular la

⁶¹ A. Sen, *L'idea di giustizia*, Milán, Mondadori, 2010, 29.

⁶² «La primera enunciación de los dos principios es la siguiente. *Primero*: toda persona tiene igual derecho a la libertad fundamental más amplia compatible con una libertad similar para los demás. *Segundo*: las desigualdades sociales y económicas deben combinarse de tal manera que (a) sea razonable esperar que beneficien a todos; (b) estén vinculadas a cargos y puestos abiertos a todos» (J. Rawls, *Una teoría della giustizia*, cit., 66).

⁶³ La justificación de los dos principios aparece después de la formulación del velo de ignorancia (cfr. *ibid.*, 135-168). De ahí la perplejidad de Ricœur: «¿Cómo pueden formularse e interpretarse los principios, precisamente como principios, antes de que se hayan formulado los criterios con los que reconocerlos como tales, es decir, como proposiciones primeras? [...] La idea misma de un acuerdo original sólo puede formularse a partir de tales principios» (P. Ricœur, «Politique, langage et théorie de la justice», in *Id.*, *Lectures. 1. Autour du politique*, Paris, Seuil, 1991, 220-222).

⁶⁴ P. Ricœur, «Politique, langage et théorie de la justice», cit., 226. La «lista» propuesta por Rawls, y sus posibles alternativas, está desarrollada en *Una teoría de la justicia (Una teoría della giustizia*, cit., 114-117). Rawls mismo redimensionará tal ideal unánime en sus escritos posteriores, afirmando que nunca

vida de los ciudadanos sin permitirles tomar ninguna de las decisiones que se asumen en el libro.

En última instancia, este enfoque cierra el dilema antes de la deliberación mediante la decisión de una autoridad superior. En la práctica, la atención se centra en las instituciones justas, sin decir nada sobre las condiciones que hacen que una sociedad sea «justa», es decir, la vida real de las personas y las dificultades que encuentran. Falta una mención a la educación del ciudadano, que le haría capaz de tomar decisiones justas: un punto, éste, bien conocido por los antiguos, que insistían más bien en la circularidad de la vida moral. La justicia no puede separarse de las demás virtudes cardinales: sólo un hombre recto puede actuar con justicia, hasta el punto de sacrificarse por el bien común⁶⁵. Cuando se convierte en una virtud por derecho propio, la justicia queda reducida a una reflexión sobre la corrección de los procedimientos formales: un aspecto ciertamente importante, pero que la vacía de sus características esenciales y la convierte en una construcción artificial.

En efecto, la ficción misma del velo de ignorancia suscita no pocas perplejidades; es sorprendente que una noción tan imaginaria e hipotética constituya la espina dorsal de toda la obra. Este artificio, que hace pensar más en la mitología que en la ciencia política, una especie de *deus ex machina*, muestra cómo el tratamiento de una concepción más general del hombre y de la vida es una tarea ineludible a la hora de abordar la espinosa cuestión de la diversidad, tema central en las complejas sociedades actuales.

Las aporías de la concepción liberal de la justicia

Y es precisamente esta exclusión el aspecto más problemático de una propuesta que, sin embargo, está animada por motivaciones admirables. La cuestión de *quéhacer* con la propia libertad, es decir, su tratamiento positivo, requeriría la noción de *finalidad* y una ética de carácter teleológico, entrando en un horizonte mucho más amplio y complejo que el consenso contractualista.

En ausencia de una perspectiva trascendente, los fundamentos mismos de la sociedad liberal se tornan problemáticos y, para ser abordados adecuadamente, exigen ir más allá de la concepción abstracta de una razón capaz de fundarse a sí misma y presentarse como *super partes*. Una razón así corre el riesgo de permanecer muda ante las cuestiones decisivas de la convivencia civil: piénsese en los temas de la inmigración, la nueva pobreza, la asistencia sanitaria, el voluntariado, la vivienda, los centros de acogida, la mediación en política internacional, etc.

Los valores que sustentan la justicia (la libertad, la igualdad, la dignidad de todo ser humano, la protección de los más débiles, los derechos humanos), privados de

puede conseguirse en estos términos (cfr J. Rawls, *Political Liberalism*, cit., 10).

⁶⁵ Cfr Atistóteles, *Ética a Nicómaco*, II, 4, 1105b, 5; II, 6, 1106a, 22. En esta línea, Santo Tomás retoma la observación de Valerio Máximo sobre las virtudes civiles de los antiguos romanos, los cuales «preferían ser pobres en un imperio rico, que ricos en un imperio pobre» (*Sum. Theol.* II-II, q. 47, a. 10, ad 2).

justificación, se vuelven difíciles de sostener y acaban siendo despreciados o impuestos arbitrariamente por la voluntad del legislador.

El filósofo del derecho Ernst-Wolfgang Böckenförde, antiguo miembro del Tribunal Constitucional Federal alemán, expresó esta aporía en términos profundos: «El Estado liberal secularizado vive de supuestos que no puede garantizar. Este es el gran riesgo que ha asumido en aras de la libertad. Por un lado, sólo puede existir como Estado liberal si la libertad que garantiza a sus ciudadanos está regulada desde dentro, es decir, desde la sustancia moral del individuo y la homogeneidad de la sociedad. Por otro lado, sin embargo, si el Estado intenta garantizar estas fuerzas reguladoras internas por sí mismo, es decir, por medio de la coerción legal y el mando autoritario, renuncia a su propia liberalidad y vuelve a caer – en un nivel secularizado – en esa misma instancia de totalidad de la que se había alejado con las guerras civiles confesionales»⁶⁶.

Es lo que se denomina «la paradoja de Böckenförde»: un Estado, para ser liberal, debe justificar los derechos que proclama en el plano jurídico; pero, para ello, debe renunciar a un uso técnico-instrumental de la razón y dar cabida a un conocimiento de tipo sapiencial y, en definitiva, a una perspectiva trascendente que la concepción positivista del Derecho excluía por principio.

Esta paradoja, formulada en una conferencia celebrada en Ebrach en 1964, capta el grave callejón sin salida que aflige a las sociedades liberales actuales; la centralidad de sus observaciones radica en que este supuesto fue retomado y ampliamente debatido en las décadas siguientes por los más diversos autores⁶⁷.

Si no sale de este dilema, el Estado liberal corre el riesgo de morir como democracia, dando lugar a derivas peligrosas, como el populismo y las soluciones de mano dura, que truncan el debate por la mera imposición de la fuerza⁶⁸. Pero, sobre todo, el Estado, para superar este *impasse*, acaba asumiendo aquellos tonos confesionales de los que querría distanciarse. Un Estado que se justifica a sí mismo se vuelve totalitario y repudia los principales logros adquiridos durante la era moderna.

⁶⁶ E.-W. Böckenförde, *La formazione dello Stato come processo di secolarizzazione*, Brescia, Morcelliana, 2006, 68 s. Véase también la página 66: ¿De qué vive el Estado y dónde encuentra la fuerza que lo gobierna y le garantiza la homogeneidad, desde que la fuerza vinculante de la religión dejó de ser esencial para él?

⁶⁷ Cfr Id., *Diritto e secolarizzazione. Dallo Stato moderno all'Europa unita*, Roma – Bari, Laterza, 2007, 33-54; P. Prodi – L. Sartori (edd.), *Cristianesimo e potere*, Bolonia, EDB, 1986, 101-122; P. Prodi, *Una storia della giustizia. Dal pluralismo dei fori al moderno dualismo tra coscienza e diritto*, Bolonia, il Mulino, 2000; G. E. Rusconi (ed.), *Lo Stato secolarizzato nell'età post-secolare*, ivi, 2008.

⁶⁸ «¿Qué pasaría si se congelaran los poderes de un parlamento y se llevara a la población a decidir directamente sobre cuestiones delicadas relacionadas con la bioética, las vacunas, el final de la vida, la fiscalidad, la escolarización, etc. que requieren mediación política? Unos poderes fuertes y algunos eslóganes bastarían para condicionar el voto [...]. Para los populistas, las élites políticas pensantes son siempre y en todos los casos corruptas; sólo en el pueblo residen la virtud y la pureza» (F. Occhetta, «Populismi», en *Civ. Catt.* 2017 II 551 s).

Una posible aplicación: los derechos humanos

Otro ejemplo de la dificultad que paraliza hoy la reflexión sobre la justicia es la cuestión de la dignidad humana y los derechos humanos. Temas que a primera vista parecen obvios e incuestionables, pero que plantean serias dificultades cuando se explicitan sus implicaciones filosóficas. Su justificación exigiría, ante todo, el abandono de una antropología materialista.

Si los seres humanos no son diferentes de cualquier otro organismo vivo, la idea misma de los derechos se desmorona. En efecto, ¿qué investigación empírica podría detectarlos? Sólo puede constatar que el hombre es un compuesto de materia orgánica, como cualquier otro ser; la detección de su «ser racional, libre e igual», lejos de resolver la cuestión, plantea dificultades adicionales. Es significativo que Rawls no considere a los retrasados mentales como sujetos de derecho a los que haya que hacer justicia. Privados de capacidad racional, no tienen voz contractual y deben ser equiparados a los animales; los desfavorecidos, objeto del segundo principio de justicia, sólo deben entenderse en sentido social y económico⁶⁹.

Brad Gregory señala a este respecto: «Los derechos y la dignidad sólo pueden tener un estatus de realidad si los seres humanos son algo más que materia biológica. El discurso secular moderno sobre los derechos humanos depende de que se preserve de algún modo (pero no se reconozca) la creencia de que todo ser humano ha sido creado a imagen y semejanza de Dios [...]. Los fundamentos intelectuales de la modernidad están fallando porque los supuestos metafísicos que los rigen, combinados con los descubrimientos de las ciencias naturales, no ofrecen ninguna razón para creer en sus afirmaciones morales, políticas y normativas más básicas»⁷⁰.

Ante tales cuestiones, los defensores del «nuevo ateísmo» no ocultan su incomodidad al admitir que no existe una respuesta racional: «Ronald Dworkin, a pesar de su finura intelectual, responde a la pregunta sobre la verdad de la existencia objetiva de los *derechos naturales* como un sacerdote puesto en aprietos por un laico impertinente: “Más vale que lo creas”»⁷¹.

Norberto Bobbio puede considerarse el representante más honesto y lúcido de esta dificultad. Habla de la búsqueda del fundamento último como de una «ilusión». Los derechos no tienen fundamento, no han de ser «justificados», han de ser «protegidos» por las instituciones políticas con un acto de imposición que trunca la discusión. La filosofía no puede decir nada más al respecto: «Cuando, llegados a la norma de las normas, ésta remite al poder de los poderes (en el sentido de que un sistema jurídico sólo

⁶⁹ «No estamos obligados a hacer justicia de manera estricta a las criaturas que carecen de estas capacidades [rationales]»; tal cuestión debería ser más bien «una de las tareas de la metafísica» (J. Rawls, *Una teoría della giustizia*, cit., 418; esta posición fue reafirmada posteriormente por el autor). Cfr Id., «Giustizia come reciprocità», en M. Ricciardi (ed.), *L'ideale di giustizia. Da John Rawls a oggi*, Milán, Università Bocconi, 2010, 33; M. Nussbaum, *Le nuove frontiere della giustizia. Disabilità, nazionalità, appartenenza di specie*, Bolonia, il Mulino, 2007, 133-138.

⁷⁰ B. S. Gregory, *Gli imprevisti della Riforma. Come una rivoluzione religiosa ha secolarizzato la società*, Milán, Vita e Pensiero, 2014, 434; cfr V. Ferrone, *Storia dei diritti dell'uomo*, Roma – Bari, Laterza, 2014.

⁷¹ B. S. Gregory, *Gli imprevisti della Riforma...*, cit., 411; cfr R. Dworkin, «Objectivity and Truth: You'd Better Believe it», en *Philosophy and Public Affairs* 25 (1996/2) 118.

es tal si es más eficaz que la banda de bandoleros o el partido armado que intenta hacerse con el poder y no lo consigue), hay que reconocer también que lo que cierra el sistema no es la norma sino el poder»⁷². Bobbio, sin embargo, no puede evitar enfrentarse a tales cuestiones cuando trata de proteger los derechos de las derivas violentas y totalitarias: «Los valores últimos [...] no se justifican, se suponen: lo que es último, precisamente por ser último, no tiene fundamento»⁷³.

Pero hablar de «valores últimos» exige justificar su legitimidad y validez, ya que conllevan para el pueblo la obligación de asumirlos y respetarlos. El mero marco procedimental no basta para hacerlos tales: no es la mayoría la que establece que los hombres son libres e iguales, no es la mayoría por tanto la que puede establecer lo contrario. Hay que reconocer un horizonte superior al hombre capaz de garantizar su valor en sí mismo: «Último, en el sentido indicado por Bobbio, es precisamente el *fundamento último*: aquello que, al no referirse a nada más, se contiene en sí mismo: lo incondicionado, lo *Absoluto*, que lo funda todo. La respuesta exhaustiva a la cuestión del fundamento de la igualdad, como de los demás derechos humanos, debe buscarse, pues, en el plano de lo Absoluto»⁷⁴. Se trata de un tema «políticamente incorrecto», que incomoda a la perspectiva liberal, pero que es indispensable para el pensamiento moderno: «Una vez rechazado el fundamento metafísico de una ética del bien, no queda en principio más que la voluntad humana y sus deseos, protegidos por el Estado»⁷⁵. Pero de este modo, tal como planteaba Bobbio, el debate se ve truncado por la imposición autoritaria, confirmando las derivas antidemocráticas señaladas por Böckenförde.

¿Por qué ser justos en un mundo injusto?

Sin embargo, es difícil considerar suficiente esta perspectiva ante las tragedias e injusticias que presenta la vida. El problema de una justicia contractualista surge precisamente cuando los demás no cumplen con su parte del acuerdo: ¿qué hacer entonces? «¿Por qué ser justo en un universo en gran medida injusto?», se preguntaba Louis Kohlberg. La coherencia con los valores no parece ser rentable, al menos en esta vida. Los grandes ejemplos morales son todos figuras de hombres históricamente fracasados. Las situaciones de este tipo – las llamadas «situaciones asimétricas», injustas por desproporcionadas – requieren otro nivel de consideración, vinculado a una perspectiva trascendente: «En la moral de los Evangelios, las situaciones asimétricas constituyen el paradigma central: “Amen a sus enemigos, hagan el bien y presten sin esperar nada en cambio” (Lc 6,35). El problema de cómo afrontar la asimetría, de tomar decisiones que implican un daño personal, es una anticipación de la propia muerte y plantea otras cuestiones correspondientes»⁷⁶.

⁷² N. Bobbio, «Kelsen e il problema del potere», en *Rivista internazionale di filosofia del diritto* 58 (1981/4) 569. Cfr Id., *L'età dei diritti*, Turín, Einaudi, 1997, 6 s; 16.

⁷³ Id., *L'età dei diritti*, cit., 8 s. Cfr F. Todescan, *Il «caso serio» del diritto naturale. Il problema del fondamento ultimo del diritto nel pensiero giuridico del sec. XX*, Padua, Cedam, 2011, 1-15.

⁷⁴ A. Andreatta, «Riflessioni intorno al significato e al fondamento del concetto di uguaglianza nella cultura moderna», en *La società criticata. Revisioni fra due culture*, Nápoles, Morano, 1974, 111.

⁷⁵ B. S. Gregory, *Gli imprevisti della Riforma...*, cit., 124.

⁷⁶ B. Kiely, *Psicologia e teologia morale. Linee di convergenza*, Casale Monferrato (Al), Marietti, 1982,

El derecho natural laico, nacido en oposición a la tradición clásico-medieval, se ha encontrado con esta dificultad desde sus inicios. Sin la garantía de un orden superior, el poder del soberano puede extenderse hasta el capricho, convirtiéndose en tiranía. Jeremy Bentham, criticando la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano* de la Asamblea Constituyente francesa, observó, en consonancia con su enfoque utilitarista: «No tiene sentido declarar los derechos del hombre. No hay legislación universal: si la ley no es más que el mandato del soberano, entonces habrá tantos derechos como soberanos»⁷⁷.

Con perspicacia, los representantes de esta escuela se habían dado cuenta de lo indispensable que era establecer un principio absoluto capaz de dar respaldo racional y legitimidad al derecho moderno, a fin de garantizarlo frente a derivas arbitrarias y violentas. De ahí el considerable interés por la teología que mostraron los representantes más autorizados del derecho natural «laico-secular» (Grocio, Pufendorf, Hobbes y Spinoza). Son precisamente las premisas teológicas las que dan la garantía de la laicidad de su propuesta, como por ejemplo la justificación del poder absoluto del soberano en tanto conferido por Dios⁷⁸.

Justicia y verdad: la lección de Pilatos

La complejidad del tema se hace aún más evidente cuando se compara con el de la verdad. Benedicto XVI identifica en el proceso de Jesús, narrado por el evangelista Juan, la deriva de una justicia procesal que evita abordar la cuestión de la verdad. Este relato ha dado mucho que pensar también en el debate actual en filosofía del derecho: cabe recordar, por ejemplo, el aporte de Hans Kelsen, exponente destacado del positivismo jurídico.

Para él, la actitud de Pilatos – simbolizada por la famosa pregunta «¿qué es la verdad?» – es la única posibilidad de aplicar un procedimiento riguroso, evitando embarcarse en problemas metafísicos insolubles. El magistrado romano no espera una respuesta de Jesús, sino que se dirige al pueblo, verdadero protagonista de la democracia. Sólo la mayoría puede decidir de vez en cuando qué es «la verdad»; el hombre de gobierno debe limitarse a establecer la corrección formal de los procedimientos; el resultado, sea cual sea, carece de importancia. El filósofo austriaco no tiene ninguna duda al respecto; aprueba decididamente la actitud de Pilatos: «Debemos estar tan seguros de nuestra verdad política como para imponerla, si es necesario, con sangre y lágrimas, estar tan seguros de nuestra verdad política, como el Hijo de Dios lo estaba de la suya»⁷⁹.

260.

⁷⁷ J. Bentham, *Il libro dei sofismi*, Roma, Editori Riuniti, 1993, 124. Esta aporía fue señalada también por Rawls, con respeto a los fundamentos de la democracia (cfr J. Rawls, *Lezioni di storia della filosofia politica*, Milán, Feltrinelli, 2009, 312-315).

⁷⁸ Cfr F. Todescan, *Le radici teologiche del giusnaturalismo laico. Il problema della secolarizzazione nel pensiero giuridico del sec. XVII*, Padua, Cedam, 2014, 11 s.

⁷⁹ H. Kelsen, *I fondamenti della democrazia*, Bologna, il Mulino, 1966, 331.

Esta afirmación recuerda la de Bobbio. Llama la atención cómo autores pertenecientes a corrientes de pensamiento muy diferentes llegan al mismo resultado: el rigor del procedimiento parece exigir la renuncia a la búsqueda de la verdad.

A esta lectura Benedicto XVI contrapone la del biblista Heinrich Schlier, según la cual el punto decisivo es, en cambio, la respuesta de Jesús: el poder de Pilato es legítimo en la medida en que «[lo ha] recibido de lo alto» (*Jn* 19,11). En el momento en que olvida esto, Pilato pierde legitimidad y termina siendo un mero gestor de sus propios intereses. Y al hacerlo, se hace cómplice de una flagrante injusticia, pues condena a muerte a un hombre que, como él mismo reconoce, no ha hecho nada malo (cfr. *Jn* 19,6). De este modo cualquiera puede ser condenado arbitrariamente, incluso él. Al tergiversar la verdad, Pilato se condena a sí mismo⁸⁰.

El diálogo evangélico, escrito en tiempos insospechados, recoge algunos de los puntos centrales del debate actual sobre la legitimidad del poder. Lo que Juan describe es un proceso «formal», vacío de contenido ético. Este vacío es el principal obstáculo para el ejercicio de la justicia, reducida a la gestión del interés partidista, que es lo que realmente está en juego entre Pilatos y los judíos. Ambos litigantes, para proceder, deben pisotear la verdad, jugar a la ficción⁸¹.

Hay otro punto importante en este relato. Jesús deja claro tres veces que es rey de un reino que no es de este mundo. El reino del que habla no está ausente de este mundo, sino que tiene un origen distinto, posee una escala de valores diferente, que el mundo no puede comprender. Esta diversidad inquieta tanto a Pilato como a los judíos: Pilato tiene miedo y los judíos se escandalizan. Jesús manifiesta su realeza no por beneficio personal, sino por la verdad (término que en Juan tiene múltiples matices: justicia, libertad, amor, confianza en Dios). Una verdad que descende de lo alto, de Dios, y que no puede ser ignorada, porque es el fundamento de todo poder legítimo: «El desarrollo del proceso revela un agudo contraste entre Jesús y Pilato: para Jesús no hay nada por encima de la verdad; para Pilato, en cambio, la razón de Estado está por encima de la verdad»⁸².

Al final, la razón de Estado parece imponerse, manchada de sangre inocente: los judíos se apaciguan y Pilatos duerme tranquilo. Pero, como señala de nuevo Benedicto XVI, esa justicia no puede tener lugar sin que unos días después surja la verdad. Sin esa continuación, que apunta a una dimensión ultraterrena, incluso la protesta contra la injusticia, aunque admirable, se reduciría a un *flatus vocis* estéril.

⁸⁰ «El evangelista es muy hábil para hacer emerger la verdad sobre Jesús de sus propios adversarios, sin que ellos lo sepan, incluso haciéndoles decir materialmente la verdad que ignoran o incluso contra la que luchan» (B. Maggioni, *La brocca dimenticata*, Milán, Vita e Pensiero, 1999, 132; cfr 131). Cfr H. Schlier, «Gesù e Pilato», en Id., *Il tempo della Chiesa*, Bolonia, EDB, 1965, 89-117; Benedetto XVI, *L'elogio della coscienza. La Verità interroga il cuore*, Siena, Cantagalli, 2009, 55 s; G. Zagrebelsky, *Il «Crucifige!» e la democrazia*, Turín, Einaudi, 1995.

⁸¹ «[Los judíos] no llevan a Jesús ante Pilato para pedirle un juicio. No quieren un verdadero juicio [...]. «Si no fuera un malhechor...». En realidad ellos saben muy bien que Jesús no es un malhechor, pero ésta es la única acusación – junto con la pretensión de ser rey de los judíos – que podía interesar a Pilato [...]. Y entonces se ve claramente la hipocresía del propio Pilato. Abre el proceso con intención de objetividad, pero sólo porque cree que el asunto no le concierne personalmente. En cuanto se da cuenta de ello, muestra el límite de su propia objetividad» (B. Maggioni, *La brocca dimenticata*, cit., 131 s).

⁸² *Ibid.*, 134.

El enfoque contractual de la justicia pone así de manifiesto una serie de cuestiones que corren el riesgo de erosionar peligrosamente las instituciones democráticas actuales. Cuestiones ciertamente complejas y que difícilmente pueden alcanzar una rigurosidad definitiva, pero que en todo caso no se pueden desatender⁸³.

⁸³ Para profundizar, cfr G. Cucci, *Esperienza religiosa e psicologia*, Leumann (To), Elledici, 2017, 169-187; Id., *Religione e secolarizzazione. La fine della fede?*, Asís (Pg), Cittadella, 2019, 191-210.



POR TU PALABRA

“Siendo rico, por vosotros se hizo pobre” (2Cor 8,9) *Lectio Divina*: metodología y ejemplo⁸⁴

Pedro Mendoza⁸⁵, LC

Desde los primeros siglos del cristianismo la *Lectio Divina* (LD) ha constituido en la Iglesia un tesoro inestimable⁸⁶. En la fragua de esta escuela divina-humana han moldeado su espíritu una pléyade de santos, hombres y mujeres. Gracias a ella han logrado cultivar una seria y fecunda vida espiritual. Bajo la grata guía de esta maestra de vida espiritual muchos son los que han hallado luz en las sombras o dudas, fortaleza ante las pruebas, seguridad en los titubeos, consuelo ante la desolación, descanso en la fatiga, gozo profundo y duradero.

El Papa Benedicto XVI, dirigiéndose a los participantes en el congreso sobre “La sagrada Escritura en la vida de la Iglesia” y en otras intervenciones, recomienda encarecidamente esta antigua práctica:

En este marco, quisiera recordar y recomendar sobre todo la antigua tradición de *la lectio divina*: la lectura asidua de la sagrada Escritura acompañada por la oración realiza el coloquio íntimo en el que, leyendo, se escucha a Dios que habla y, orando, se le responde con confiada apertura del corazón (cf. *Dei*

⁸⁴ Artículo publicado en la revista *Ecclesia*, XXXI, n. 3-4, 2017 - pp. 289-302.

⁸⁵ Profesor extraordinario de teología del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, Roma.

⁸⁶ La LD es la meditación orante de la Sagrada Escritura. La LD se remonta a los primeros cristianos. El primero en utilizar la expresión fue Orígenes (aprox. 185-254 d.C.), teólogo, quien afirmaba que para leer la Biblia con provecho es necesario hacerlo con atención, constancia y oración. Más adelante, la LD se convirtió en la columna vertebral de la vida religiosa. Las reglas monásticas de Pacomio, Agustín, Basilio y Benito harían de esa práctica, junto al trabajo manual y la liturgia, la triple base de la vida monástica. La sistematización de la LD en cuatro peldaños proviene del siglo XII. Alrededor del año 1150, Guigo II, un monje cartujo, escribió un librito titulado *Scala Claustralium*, en donde exponía la teoría de los cuatro peldaños: la lectura, la meditación, la oración y la contemplación. Con esta escalera los monjes suben al cielo. La LD ha recibido en los últimos cincuenta años un nuevo impulso en toda la Iglesia tras la publicación de la constitución dogmática *Dei Verbum* del Concilio Vaticano II (18 de noviembre de 1955) = ASS 58 (1955), 817-835.

Verbum, 25). Estoy convencido de que, si esta práctica se promueve eficazmente, producirá en la Iglesia una nueva primavera espiritual.

Por eso, es preciso impulsar ulteriormente, como elemento fundamental de la pastoral bíblica, la *lectio divina*, también mediante la utilización de métodos nuevos, adecuados a nuestro tiempo y ponderados atentamente. Jamás se debe olvidar que la palabra de Dios es lámpara para nuestros pasos y luz en nuestro sendero (cf. Sal 119,105)⁸⁷.

La Iglesia no vive de sí misma sino del Evangelio; y en su camino se orienta siempre según el Evangelio. [...] Entre los múltiples frutos de esta primavera bíblica me complace mencionar la difusión de la antigua práctica de la *lectio divina*, o “lectura espiritual” de la sagrada Escritura. Consiste en reflexionar largo tiempo sobre un texto bíblico, leyéndolo y releéndolo, casi “rumiándolo”, como dicen los Padres, y exprimiendo, por decirlo así, todo su “jugo”, para que alimente la meditación y la contemplación y llegue a regar como linfa la vida concreta. Para la *lectio divina* es necesario que la mente y el corazón estén iluminados por el Espíritu Santo, es decir, por el mismo que inspiró las Escrituras; por eso, es preciso ponerse en actitud de “escucha devota”⁸⁸.

Por su parte, el Papa Francisco recomienda la práctica de la *LD*. En su exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*⁸⁹, la ve como una forma de oración muy útil para crecer en una vida cristiana decididamente misionera: «Hay una forma concreta de escuchar lo que el Señor nos quiere decir en su Palabra y de dejarnos transformar por el Espíritu. Es lo que llamamos ‘lectio divina’»⁹⁰. ¿Qué es la *lectio divina*? dice el Papa: «Consiste en la lectura de la Palabra de Dios en un momento de oración para permitirle que nos ilumine y nos renueve»⁹¹. Parte de una lectura orante de la Biblia para tratar de descubrir qué le dice ese mismo mensaje a la propia vida.

El presente artículo secunda la invitación del Papa Benedicto XVI y del Papa Francisco a promover la práctica de la *LD*. En él ofrecemos, primeramente, la metodología de la *LD*⁹². En segundo lugar ilustramos esta metodología con un ejemplo desarrollado de *LD*, tomando como texto 2Cor 8,9.

⁸⁷ BENEDICTO XVI, *Discurso al Congreso Internacional por el 40 aniversario de la Dei Verbum* (15 septiembre 2005) = AAS 97 (2005), 957.

⁸⁸ BENEDICTO XVI, *Ángelus* (5 noviembre 2005) = *L'Osservatore Romano*, ed. en lengua española (11 noviembre 2005), 5.

⁸⁹ Cf. FRANCISCO, *Exhortación apostólica Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013) = AAS 105 (2013), 1019-1137 [a partir de ahora EG].

⁹⁰ EG, núm. 152.

⁹¹ EG, núm. 152.

⁹² Para profundizar este argumento, cf. G.M. COLOMBAS, *La lectura de Dios. Aproximación a la “lectio divina”*, Monte Casino, Zamora 1982; G.-I. GARGANO, *Iniciación a la “lectio divina”. Un itinerario para acercarse a la Palabra de Dios*, Atenas, Madrid 1995; A. IZQUIERDO, *Lectio divina. Breve introducción al método*, APRA, Roma 2008; M. MASINI, *Iniziazione alla ‘Lectio divina’. Teologia, metodo, spiritualità, prassi*, Messaggero, Padova 1994; ID., *La ‘Lectio divina’, oración de hoy y de siempre*, Mensajero, Bilbao 2001; G. MESTRE, *Rezar con la Biblia. Meditar con la Palabra*, LEV, Vaticano 2013; A. SOMOZA, *Qué es... la “lectio divina”*, Paulinas, Madrid 1955; G. ZEVINI, *La Lectio*

1. Primera parte: la Lectio divina – metodología

A continuación, presentamos los peldaños que componen la escalera de la LD, incluida la *actio* como último, considerando que este método se va imponiendo en los diversos ambientes de animación bíblica y pastoral.

1º peldaño: LECTIO

Antes de la *lectio* propiamente dicha hay tres elementos esenciales que no pueden ser nunca dejados de lado: la elección del tiempo y el espacio, la selección del texto bíblico y la invocación del Espíritu Santo. El primer elemento es de orden práctico, el segundo y el tercero son teológicos. Nunca se pueden dejar de lado o posponer a riesgo de arruinar el ejercicio de la LD.

1) Elección del espacio y el tiempo: a) Tiempo: según las posibilidades, si personal, entre 20-50 min.; si en grupo, entre 50-90 min. b) Espacio: el más tranquilo posible; el templo o la iglesia son los más adecuados, pero se puede hacer también en otros lugares. 2) Elección del texto bíblico: con antelación, según diversos criterios: textos temáticos, *lectio* cursiva; pero la elección más válida es seguir los textos del ciclo litúrgico, en particular el Evangelio. 3) La invocación al Espíritu Santo es la puerta de ingreso a la LD. Es fundamental para entrar en la dinámica de una lectura con fe, de una *lectio* espiritual de la Escritura.

Una vez realizados los tres puntos anteriores, empieza la *lectio* en sí. Massini, intentando ofrecer una definición, dice: la *lectio* es una lectura de las Escrituras, que tiene como finalidad no tanto conocer o comprender, cuanto recoger mensajes, sugerencias, inspiraciones que emanan del texto sagrado y nos vienen al encuentro⁹³. La pregunta-guía en esta primera etapa de la LD es: ¿qué dice el texto?, ¿cuál es su intención?, ¿qué afirma?, ¿qué niega?, ¿qué rechaza?, ¿qué cuestiona?, ¿qué confronta?

1) Es conveniente hacer dos o tres lecturas del texto bíblico. Tal vez una en voz alta y otra en silencio. Además, es importante tratar de distinguir el género literario correspondiente, porque esto nos ayuda a descubrir mejor el mensaje que la Palabra nos quiere comunicar. Por ejemplo, las parábolas de manera particular se concentran en algún aspecto del Reino de los cielos; el ministerio de curación del Señor no sólo hace referencia a la curación en sí, sino también a la salvación que el Señor ofrece al curar el alma de la enfermedad del pecado.

2) Hay diversos elementos que ayudan a hacer más provechosa la *lectio*, primer peldaño de la LD. No necesariamente todos tienen que ser aplicados en un mismo texto. Dependerá de las características particulares que cada uno tenga. No es lo mismo un

divina en la comunidad cristiana. Espiritualidad – Método – Praxis, Verbo Divino, Estella 2005.

⁹³ Cf. M. MASINI, *Iniziazione alla 'Lectio divina'*. *Teologia, metodo, spiritualità, prassi*, Messaggero, Padova 1994, 91.

largo discurso del Evangelio que una pintoresca descripción de un milagro o un discurso contenido en las cartas apostólicas, etc.

Entre las diversas técnicas utilizadas tenemos las filológicas, por ejemplo, el análisis gramatical y estructural. A través de este análisis se trata de captar fielmente la letra y el sentido literal de la Escritura⁹⁴. Otra técnica útil es la de hacer al texto preguntas como éstas: ¿dónde y cuándo se desarrolla el relato?, ¿quiénes son los personajes principales?, ¿qué está en juego y qué importancia tiene para los oyentes?, ¿es válida o no la acción del relato?, ¿qué mensaje quiere comunicar el autor?

2º peldaño: MEDITATIO

Guigo II ofrece esta definición: la *meditatio* es una operación reflexiva de la mente que investiga, con la ayuda de la razón, el conocimiento de la verdad oculta⁹⁵. La pregunta-guía en esta segunda etapa de la *LD* es: ¿qué me dice el texto?⁹⁶ En la *meditatio* se hace una comparación triple: con el texto, con la vida y el entorno propio, con el misterio de Dios. Tres son las modalidades correspondientes: preguntar, personalizar y comparar.

1) *Preguntar*: ¿qué me dice Dios en el texto?, ¿qué me revela Dios en este texto? En este caso el acento se pone sobre mi persona: ¿qué me golpea hoy de modo particular? Así como en la *lectio* el acento se pone sobre el aspecto objetivo del texto, ahora, en la *meditatio*, el interés se desplaza al aspecto subjetivo de mi percepción personal. En la *meditatio* no solamente se pregunta, sino que se escuchan también las respuestas de Dios, también su silencio, que es siempre un modo en el cual Dios contesta al alma orante.

2) *Personalizar*: algo ínsito en el hombre es verse en el espejo de un personaje de novela o un protagonista de película. Esta tendencia puede ser empleada como recurso para confrontar la propia vida con la Palabra de Dios. En ella hallamos la propia historia y la historia de los otros. A la luz de la palabra podremos comprobar los aspectos positivos de nuestra vida cristiana. Captaremos también nuestros defectos y pecados. De alguna forma, el peldaño de la *meditatio* es un examen de conciencia a la luz del texto de la Escritura. Lo que hemos leído en el peldaño anterior ahora resuena en nuestra vida y en el corazón.

3) *Comparar*: someto a consideración los valores positivos y los anti-valores descubiertos en el texto. Los confronto con mi propia vida y me pregunto cómo los

⁹⁴ A este propósito comenta el Papa Francisco: «La lectura espiritual de un texto debe partir de su sentido literal. De otra manera, uno fácilmente le hará decir a ese texto lo que le conviene, lo que le sirva para confirmar sus propias decisiones, lo que se adapta a sus propios esquemas mentales. Esto, en definitiva, será utilizar algo sagrado para el propio beneficio y trasladar esa confusión al Pueblo de Dios. Nunca hay que olvidar que a veces ‘el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz’ (2 Co 11,14)». *EG*, núm. 152.

⁹⁵ Cf. GUIGO II, *Scala claustralium, sive de modo orandi*, I, 2 = PL 184, 475-484.

⁹⁶ Refiriéndose a este momento, el Papa Francisco indica: «En la presencia de Dios, en una lectura reposada del texto, es bueno preguntar, por ejemplo: ‘Señor, ¿qué me dice a mí este texto? ¿Qué quieres cambiar de mi vida con este mensaje? ¿Qué me molesta en este texto? ¿Por qué esto no me interesa?’, o bien: ‘¿Qué me agrada? ¿Qué me estimula de esta Palabra? ¿Qué me atrae? ¿Por qué me atrae?’». *EG*, núm. 153.

vivo, qué hay y no hay en mi corazón de lo que he analizado en el texto. Tengo que contestar según mi situación actual. Puede ser de ayuda el ejemplo de la Virgen: «María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón» (Lc 2,19). La Virgen escucha, memoriza, medita, escudriña, ora, contempla la Palabra de Dios en la Escritura y así está lista para acoger cada mensaje enviado por Dios.

3º peldaño: ORATIO

Guigo II define la *oratio* como «una ferviente elevación del corazón hacia Dios para alejar los males y recibir los bienes»⁹⁷. En este momento, el orante abre el corazón a Dios, con sentimientos nacidos de la más pura intimidad, que lo predisponen para recibir y acoger los bienes que Dios le quiere comunicar en su amorosa donación. La pregunta-guía en esta tercera etapa de la *LD* es: ¿qué le digo al texto? No respondemos al texto como realidad inmaterial e inanimada, sino al Dios vivo de la Palabra que nos habla por el texto bíblico. Por tanto la pregunta también podría formularse así: ¿qué le respondo a Dios que me ha hablado en el Texto Sagrado?

La *oratio* es la primera respuesta al Dios que nos habla. La segunda respuesta será la *actio*, el compromiso concreto que se asume a la luz de la Palabra, en el último peldaño de la *LD*. En la *oratio* se encuentran, por una parte, la miseria y la indignidad del ser humano delante de la grandeza y belleza de Dios y de su diseño de salvación y, por otra parte, el deseo insatisfecho de permanecer unido a Dios y de compartir su vida y su felicidad. De esta comparación surge una serie de sentimientos y decisiones: sentimientos positivos de gozo, compasión, entusiasmo, atracción, amor, agrado... ante Dios y su obra creadora y redentora; o sentimientos negativos como tristeza, dolor, ira, venganza, rencor, desaliento, dureza, disgusto... ante la libertad humana tantas veces inclinada al mal y movida por intereses egoístas y mezquinos. La *oratio*, como primera respuesta al Dios que me habla, puede tener varias formas diferentes: la oración expresada con palabras propias, en modo oral o escrito, espontánea o más elaborada; aquella otra que se sirve de oraciones conocidas: Padre nuestro, Avemaría, el Santo Rosario; puede ser también la oración formulada en himnos, poemas o cantos religiosos que expresan las emociones interiores del discípulo en este momento; y también la oración compuesta a partir de otro texto bíblico conocido que identifica el orante con la respuesta que le quiere dar al Señor.

El contenido de la *oratio* puede ser muy diferente:

- 1) *Admiración y arrepentimiento*: al ver la obra de Dios el orante se llena de estupor, y al ver la obra humana experimenta torpeza, confusión y arrepentimiento.
- 2) *Alabanza e imploración*: la alabanza brota de la admiración y es propia del espíritu filial hacia Dios; la imploración surge del arrepentimiento, que confía en la misericordia sin límites de Dios.
- 3) *La acción de gracias y oración de súplica*: el orante da gracias a Dios por sus favores concedidos y le suplica que continúe prodigándolos.
- 4) *Oración de intercesión y de ofrecimiento*: en la intercesión el orante no pide

⁹⁷ Cf. GUIGO II, *Scala claustralium, sive de modo orandi*, I, 2: «Oratio est devota cordis in Deum intentio pro malis removendis vel bonis adipiscendis».

solamente por los demás, sino hace también, a ejemplo de Cristo, de puente entre Dios y los hombres. El ofrecimiento consiste en ofrecer a Dios no tanto ni principalmente los bienes que se poseen y que Dios ha dado, sino la propia persona y existencia. 5) *La adoración a Dios*: en ella la *oratio* alcanza la expresión más sublime. Ella constituye un puente entre la *oratio* y la *actio*.

Si la *LD* es comunitaria, cada uno puede compartir de modo libre lo que el Señor haya suscitado en él, o se puede proponer de antemano alguna forma común que involucre a todos. Por ejemplo: escribir una oración en una hoja en blanco para luego recitarla ante alguna imagen religiosa; distribuir material con textos bíblicos u oraciones relacionadas con el tema de la *LD* que se está realizando. Cada participante tiene que leer en voz alta la que haya recibido o rezar juntos alguna oración conocida a todos.

4º peldaño: CONTEMPLATIO

En la *contemplatio* el orante descansa en la alegría infinita del alma totalmente sumisa al Amado y a su voluntad, con la propia voluntad y el propio corazón enajenados en el Amado.

En las tres etapas anteriores, el uso consciente de nuestra inteligencia y voluntad ha sido destacado en el análisis y apropiación del texto. Ahora en el cuarto peldaño, el esfuerzo de la inteligencia o voluntad se reduce al mínimo. Se trata de sintetizar vitalmente todo lo realizado en los peldaños anteriores ante la presencia de Dios. Ya no hay preguntas que pensar y contestar, ahora nos dejamos invadir de la presencia de Dios. Se podría decir que la *contemplatio* es el momento de la interiorización vital de la Palabra que unifica los tres pasos anteriores. Tras la ardua tarea de interpretar y aplicar la Palabra, ahora llega el momento de poner todo bajo la mirada de Dios. Es el movimiento humano para disponerse a la *contemplatio*, dado que ella en sí es un don de Dios.

¿Podemos definir la *contemplatio*? No es fácil. Podemos decir que es un estado interior de gusto por Dios y por las cosas de Dios. La *contemplatio*, que es al mismo tiempo fruto de la *meditatio* y don de Dios, representa la capacidad de gozar de la luz de Dios en nuestro corazón; en ella el alma gusta la presencia de Dios y experimenta claramente su consuelo y protección.

La *contemplatio* es un don que Dios da a quien quiere, como quiere y cuando quiere. Por eso, no es seguro que experimentemos esa luz de Dios en el instante de la *LD*. Dios la dará como regalo para nuestra vida en el instante en que lo considere oportuno. Pero no debemos olvidar que la *LD* es el ambiente propicio para recibir este don de Dios.

En todo el proceso de la *LD* habrá momentos de silencio para disponerse, leer, meditar y orar. Pero en el cuarto peldaño, en la *contemplatio*, el silencio se tiene que dar de manera particular. Es un elemento fundamental para elevar el alma a Dios. La oración ante el Santísimo Sacramento expuesto en nuestros templos o la presencia permanente

y real del Señor en los sagrarios de nuestras iglesias, son lugares muy adecuados para suscitar esta experiencia de Dios.

Entre los frutos de la *contemplatio* cristiana, podemos citar tres en particular:

1) *Experiencia de consolación*: se manifiesta de manera particular en una profunda alegría interior independiente de las circunstancias exteriores e incluso independiente de los propios estados de ánimo. 2) *Luz para el discernimiento*: discernir en lenguaje espiritual no es un mero proceso deductivo mirando las causas y previendo las consecuencias. Discernir significa poder disponerse para que la luz del Espíritu Santo ilumine el alma del orante y así pueda elegir siempre la mejor de dos alternativas igualmente buenas. 3) *Fortaleza para mantener la decisión*: después del discernimiento se da la decisión. Se trata de decidir según cuanto ha sido orado y discernido en el marco de la *LD*. De aquí brotan las grandes elecciones de vida: la verdad, la fidelidad, la justicia, el compromiso asumido. Uno de los frutos de la *contemplatio* es decidir evangélicamente entre las situaciones concretas de la vida.

5º peldaño: **ACTIO**

En este último peldaño de la *LD*, tratamos de poner en práctica en nuestra vida lo que Dios nos ha revelado por la *lectio* y la *meditatio*, y lo que hemos orado e interiorizado mediante la *oratio* y la *contemplatio*. La primera respuesta a Dios que nos habló en el texto bíblico se dio en el diálogo de la *oratio*, en el tercer peldaño. Ahora, en este último peldaño de la *LD*, damos la segunda respuesta con acciones concretas realizadas en el tiempo y en la historia.

Podemos definir la *actio* como todo efecto producido por la *LD* en el alma del orante. Estos efectos tienen que ver directamente con la persona (facultades, sentidos, actitudes, personalidad) o se refieren en particular a las actividades de su vida cotidiana, en la familia, en la profesión y en cualquier lugar.

Todo el proceso de la *lectio* orante de la Biblia no queda en el interior del orante, sino que se hace fecundo en la vida cotidiana impregnada por los valores del Evangelio. Lo leído, meditado, orado y contemplado no puede caer en saco roto. Se debe hacer presente en una vida coherente y comprometida con los valores del Reino de Dios. Jesús dijo a sus discípulos, y entre ellos de manera particular a la Santísima Virgen: «¡Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la guardan!» (Lc 11,28). La vida de María y la de todos los auténticos discípulos del Señor reflejan la enseñanza que sintetiza muy bien toda la dinámica de la *LD*: escuchar a Dios por medio de su Palabra, para obedecerle poniéndola en práctica en nuestra vida, en la historia, en la propia realidad cotidiana.

En este último peldaño tampoco hay preguntas específicas dado que ya no hay reflexión. Pero, si buscamos una, podemos decir que la pregunta sería: ¿cómo llevar la Palabra a nuestra vida? Nuestras acciones tienen que ser personales según cuanto Dios ha suscitado en nuestro corazón, también en la experiencia de la *LD* personal o

comunitaria; pero esto no excluye que se pueda tomar una acción concreta única y común a todos los participantes.

2. Segunda parte: la Lectio divina – ejemplo⁹⁸

El texto seleccionado para desarrollar el ejemplo de la LD está tomado de la Segunda carta de san Pablo a los Corintios: «Pues conocéis la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de que os enriquecierais por medio de su pobreza» (2Cor 8,9).

1º peldaño: LECTIO (¿qué dice el texto?)⁹⁹

1) Una primera anotación proviene del contexto del pasaje seleccionado: 2Cor 8–9. En esta parte de la carta, san Pablo aborda el problema de la colecta para los pobres de Jerusalén. Para animar a la comunidad a completar la obra comenzada coloca el ejemplo de Cristo.

a) El contexto ilumina la función o finalidad de este pasaje. Para san Pablo la colecta no era una cuestión de orden profano, sino que cobraba una gran importancia: manifestaba la comunión entre los creyentes judíos y los creyentes gentiles; era una forma para los creyentes gentiles de expresar su gratitud al pueblo de Israel del cual había venido el Mesías, y por lo tanto fortalecer las relaciones entre ellos. Además, si esta colecta era aceptada por la Iglesia de Jerusalén, esto significaba un reconocimiento del ministerio de san Pablo entre los gentiles.

b) Está, luego, el hecho de que san Pablo usa el versículo 2Cor 8,9 para motivar a los Corintios a terminar la obra buena que habían empezado. Su generosidad debe estar arraigada en la generosidad de Jesucristo que, siendo rico, se hizo pobre en beneficio de ellos, para que por medio de su pobreza se hicieran ricos. Esta afirmación de gran fuerza alude a la pre-existencia de Cristo y reclama el himno de Filipenses que describe cómo alguien que pre-existía no hace uso del privilegio de la divinidad, sino que se humilló hasta el punto de enfrentarse a una muerte de esclavo en la cruz (cf. Flp 2,5-11).

c) A continuación, san Pablo presenta el ejemplo de Cristo a los Corintios como un modelo a seguir en la obra de recaudación de fondos para los pobres de Jerusalén. La abundancia de la cual gozan en el tiempo presente debería suplir las necesidades de aquellos que son menos afortunados. Por el contrario, si los Corintios se encuentran en situaciones de necesidad, san Pablo anticipa que los creyentes en Jerusalén les ayudarán. Y así, habrá igualdad entre las Iglesias.

⁹⁸ El ejemplo ofrecido es fruto de la oración y del ejercicio de la LD a nivel plenamente personal. Por ello las expresiones se ciñen muy concretamente a la situación del autor.

⁹⁹ Para la elaboración de la *lectio* han resultado de utilidad estos comentarios: K.H. SHEIKIE, *Commenti spirituali del Nuovo Testamento. Seconda Lettera ai Corinzi*, Città Nuova, Roma 19903, 141-142; A. PITTA, *Seconda lettera ai Corinzi*, Città Nuova, Roma 2008, 114-119.

2) En segundo lugar, el texto se nos presenta como un modelo de plan pastoral practicado por san Pablo: (I) ver cada realidad, situación, (II) para juzgar a la luz del Evangelio, y (III) actuar en correspondencia. Ningún problema es demasiado trivial; todo asunto puede resolverse a la luz del Evangelio.

San Pablo sabe que el Evangelio arroja luz sobre todos los aspectos de la vida humana, y por lo tanto también sobre los problemas que parecen extraños, como el venir al encuentro materialmente a las necesidades de los demás. De este modo, el ejemplo de Cristo que se hizo pobre para enriquecer a la humanidad se convierte en luz para el hombre. Éste, a la luz del Evangelio, descubre lo que significa ser pobre y ser rico. Las riquezas no compartidas con aquellos que pasan necesidad conducen a una pobreza interior, mientras despojarse a sí mismo en favor de los demás lleva a una auténtica riqueza.

3) Una nota ulterior proviene del contenido del versículo (2Cor 8,9):

a) «Pues conocéis la generosidad de nuestro Señor Jesucristo»: pero, ¿a qué se refiere este “conocer” a Cristo? La vida de Cristo con toda su riqueza de ejemplos y doctrina ha sido revelada y la hemos recibido como un don, como gracia, desde el primer momento de nuestra pertenencia a Él a través de la fe y el bautismo. A partir de ese momento se convirtió en “nuestro Señor” y nosotros nos hemos convertido en suyos: le pertenecemos. Un Señor que nos cuida, que nos ama hasta el extremo de entregar su vida por nosotros muriendo en la cruz.

b) «el cual, siendo rico, por vosotros se hizo pobre»: a través de esta paradoja el apóstol presenta el misterio de la encarnación de Cristo, que culmina en nuestra Redención, donde Él se entregó por completo a sí mismo. El amor, que lleva a Cristo a dar su vida por la salvación de todos los hombres, se basa en su único amor filial hacia Dios Padre. La antítesis que constituye la paradoja reclama la condición de la riqueza y la pobreza en la que pueden encontrarse los hombres. Cristo “rico” por su divinidad no necesita nada, lo tiene todo. Y, sin embargo, quiso despojarse libremente de estos privilegios para abrazar la pobreza del hombre, convirtiéndose en uno como nosotros y compartiendo luego las limitaciones de la naturaleza humana.

c) «a fin de que os enriquecierais»: el resultado de la generosidad de Cristo es trasladarnos de un estado de pobreza, el del pecado, a la riqueza de la salvación obtenida por Él para nosotros. Así, se pone en relieve que la generosidad es una parte integrante de la esencia de los cristianos auténticos. Este gesto de Cristo da a los destinatarios la capacidad de obtener una vida nueva y, ofreciéndoles la oportunidad de imitar la generosidad de Cristo, los convierte en plenamente humanos.

d) «por medio de su pobreza»: es la forma en la que Cristo nos ha enriquecido, es decir nos ha salvado. Él se ha hecho plenamente solidario con los hombres, abrazando la pobreza de la condición humana. Propiamente, gracias a esta solidaridad llevada a la

extrema consecuencia de la muerte sufrida en la cruz en obediencia filial al Padre, obtenemos la salvación eterna.

2º peldaño: MEDITATIO (¿qué me dice el texto?)

1) *Preguntar*: a través de este texto, en primer lugar, Dios me habla de sí mismo, de su amor por mí, un inmenso amor que se hace realidad en la crueldad del vaciamiento para acercarse a mi miseria. Dios no tiene miedo de mostrarse necesitado, pobre, frágil ante el hombre que aspira en cambio a todo lo contrario: la abundancia, la riqueza, el poder. Desciende a mí, porque solamente así podría dejarme convencer plenamente de su benevolencia y luego abrirme sin reservas a su gracia, confiar en Él y corresponder con mi entrega amorosa a Él.

Por otra parte, en este texto Dios me revela el camino que conduce a mi realización en la vida. Cristo me muestra el camino: la obediencia vivida por amor. El más grande amor de Cristo por nosotros sus amigos es fruto de esta obediencia plena y total al Padre. La obediencia sin amor pierde su valor, se reduce a sumisión, a actos de mera disciplina. Cuando la obediencia es fruto del amor, la hace plena y fecunda. Obedecer por amor es el camino que Cristo me invita a seguir.

Por último, el texto me muestra cómo la generosidad de Cristo se expresa de una manera extraordinaria: se me da por completo a sí mismo. Y por eso es capaz de transformar a aquellos que reciben su don: me hace llegar a ser rico de su amor y de su salvación. Ser generoso significa participar en el poder creador de Dios: también yo donándome puedo enriquecer a los demás y ser un instrumento de transformación en sus vidas.

2) *Personalizar*: me asombra la inmensidad del amor de Dios por mí y por los demás: ha entregado todo sin reservas para mostrarme lo que significa amar de verdad y no con palabras: de rico se hace pobre por mí.

Reconozco que la realidad del amor de Dios en mi vida es lo que la sostiene, la llena de alegría y le da pleno valor. Saberme y sentirme amado por Él en tantos momentos y de múltiples maneras, es un don que nunca dejaré de agradecer e imploro la gracia de corresponder a pesar de mi limitada capacidad. Pero este texto me hace también descubrir cuántas veces puedo ser pobre y miserable, no sabiendo amar con todo el corazón. La sombra del egoísmo y el enemigo del alma están al acecho, buscando apartarme del ejemplo de Cristo: entonces, en lugar de donarme con generosidad consciente de haberlo recibido todo gratuitamente y sin merecerlo, me impiden salir al encuentro de los demás, me distancian de mi prójimo, me alejan del servicio y de la entrega fraterna.

3) *Comparar*: mirando mi vida a la luz de este pasaje, puedo darme cuenta de que no siempre los valores del Evangelio prevalecen ante otros valores que se me presentan: a veces no percibo con claridad que mi tiempo, talentos, conocimientos, etc. no son míos, los he recibido en préstamo y son para los demás; olvido que mi vida debe ser, como la de Cristo, plenamente solidaria con los demás, de manera especial con los más necesitados.

3º peldaño: ORATIO (¿qué le digo al texto?, ¿qué le digo a Dios que me ha hablado en el texto?)

Ante esta Palabra tuya, Señor, siento la necesidad de quitarme las sandalias de los pies, porque tú, Señor, que eres mi Dios, te has dignado venir a mi encuentro y has dado pasos gigantescos para cruzar el abismo infinito que existe entre tu inmensidad y mi pequeñez. Me doy cuenta de que has hecho todo porque eres el Amor. Yo soy una chispa de tu amor. Porque me amas, me has creado; porque me amas, me has redimido del pecado y me has acogido en tu familia.

Me maravillo, Señor, reconociendo tu plan de salvación. Todo lo que has hecho lleva el sello de tu bondad, desde el principio de la creación: «Y vio Dios que era bueno» (Gen 1,9). Al hombre que, desconfiando de ti, se aleja por las sendas torcidas del pecado, tú vienes a su encuentro, tomas su miseria y lo colmas de tu riqueza. Sólo tú has podido inventarte una iniciativa de salvación tan generosa.

No permitas, Jesús, que viva “inconsciente” del inmenso regalo que me has hecho: me has amado y me amas como nadie nunca podrá amarme. No quiero ser poco agradecido contigo ante tu infinita generosidad, tu paterna solicitud y tu singular predilección al llamarme a estar contigo y a compartir con los demás el don de tu amor. Concédeme, Señor, la gracia de abrir los ojos del corazón a todas tus muestras llenas de amor por mí y por los demás. Enséñame a seguir tu ejemplo, dejando fuera de mi vida toda sombra de egoísmo. ¡Enséñame a amar!

4º peldaño: CONTEMPLATIO (¡revélate a mí, Señor!)

Si antes experimentaba la necesidad de quitarme las sandalias de los pies porque estaba pisando terreno sagrado, ahora con mayor razón me siento impulsado a colocarme en silenciosa y recogida contemplación de ti, Señor, Dios mío. Es maravilloso poder mirar con los ojos del corazón tu rostro precioso, este rostro humano tuyo lleno de bondad y misericordia para con nosotros: «Eres hermoso, el más hermoso de los hijos de Adán» (Sal 45,3).

En este silencio, escucho tu voz dulce y agradable que hace resonar una palabra: “Te amo”. Sí, mi Señor, porque me amas, me haces ser. Parafraseando el célebre *Cogito, ergo sum* cartesiano¹⁰⁰, puedo decir: *amat me Deus, ergo sum*. Un amor, el tuyo, que

¹⁰⁰ Cf. C. ADAM – P. TANNERY, ed., *Oeuvres de Descartes*, L. Cerf, Paris, 1897-1913, VII, 140.

puedo palparlo, puedo experimentarlo, puedo compartirlo. Un amor hecho donación total de ti mismo: «[...] los amó hasta el extremo» (Jn 13,1). Quiero dejarme invadir de tu amor y alimentarme siempre de él, porque sólo en este amor descubro quién soy, de dónde vengo y a dónde estoy destinado por toda la eternidad. Esta contemplación no sólo me permite escuchar tu voz que habla en el fondo de mi corazón, sino también me permite recibir los rayos de luz que brotan de ti. La luz me revela tu belleza y también ilumina mi realidad y mi camino para estar siempre unido a ti. ¡Muéstrame, Señor, tu rostro y concédeme la gracia de nunca separarme de ti!

5º peldaño: ACTIO (¿cómo llevarlo a mi vida?)

A nivel personal siento el llamado a profundizar, especialmente en los momentos de oración, en la experiencia del amor de Dios manifestado en la historia de la salvación y en mi historia personal. Una forma práctica de hacerlo será durante la adoración eucarística. Allí dejaré, Dios mío, que me hables al corazón implorándote el don de “mostrarme tu rostro”.

En la vida diaria contemplaré con detenimiento el crucificado e interiormente dejaré resonar la voz de Cristo que me dice: “Así te amo Yo”. Me dejaré interpelar por Él, quien, parafraseando sus palabras a santa Margarita María de Alacoque, me dice: «¡Mira este Corazón que tanto te ama [...] y de muchos hombres tan sólo recibe ingratitud y desprecio. Al menos tú ámame!» En el trato con los demás abriré mi corazón y mis ojos para descubrir sus necesidades, su riqueza, su grandeza ante Dios. Y haré lo que pueda para compartir los dones recibidos, en un intercambio fraterno, de modo que la riqueza del amor de Dios, que nos une en una sola familia, sea cada vez más fuerte y operante en la propia vida.

3. Conclusión

Concluyo esta breve presentación de la metodología de la *LD* y el ejemplo ilustrativo de la misma con las palabras exhortatorias del Papa Francisco a los jóvenes para la XXXII jornada mundial de la juventud, augurando a todos hacerlas realidad en la propia vida, por medio de la práctica asidua de la *LD*:

Para que también vosotros, jóvenes, podáis cantar un *Magnificat* totalmente vuestro y hacer de vuestra vida un don para toda la humanidad, es fundamental que conectéis con la tradición histórica y la oración de aquellos que os han precedido. De ahí la importancia de conocer bien la Biblia, la Palabra de Dios, de leerla cada día confrontándola con vuestra vida, interpretando los acontecimientos cotidianos a la luz de cuánto el Señor os dice en las Sagradas Escrituras. En la oración y en la lectura orante de la Biblia (la llamada *Lectio divina*), Jesús hará arder vuestros corazones e iluminará vuestros pasos, aún en los momentos más difíciles de vuestra existencia (cf. Lc 24,13-35)¹⁰¹.

¹⁰¹ FRANCISCO, *Mensaje del Papa Francisco para la XXXII Jornada Mundial de la Juventud 2017*: «El

EL ANAQUEL

«León XIV está preocupado por la fe en Europa» Entrevista al cardenal Koch¹⁰²

Ha pasado casi un año desde la elección de León XIV. ¿Se pueden ya esbozar las líneas maestras de su pontificado? Entrevista con el cardenal Kurt Koch, prefecto del Dicasterio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos.

¿Cómo acogió León XIV el cargo que le confiaron los cardenales justo en el momento de su elección? ¿Qué recuerdo tiene usted de aquel 8 de mayo de 2025?

Cardenal Kurt Koch: Todos estábamos muy contentos. El Papa estaba muy emocionado, se notaba. Creo que aceptó con gratitud y obediencia responder a esa llamada. Luego se presentó ante el mundo entero, en el balcón de la basílica, con esas primeras palabras pronunciadas por Cristo tras su Resurrección: «La paz esté con vosotros». Lo que dijo en ese primer discurso fue muy conmovedor.

¿Se pueden destacar, desde su elección, las líneas maestras de su pontificado?

Yo destacaría tres puntos fuertes. En primer lugar, el cristocentrismo. León XIV está absolutamente convencido de que es necesario situar a Cristo en el centro de la Iglesia. Porque solo en Cristo podemos recuperar la unidad. Este es el segundo punto fuerte: recuperar la unidad también en la Iglesia. Porque hay muchas tendencias, a veces tensiones, en la Iglesia. Ahora bien, como dijo el Concilio Vaticano II, en la Constitución dogmática *Lumen gentium*, la Iglesia es *sacramentum mundi*: el sacramento (de la Salvación) del mundo. Solo si está unida puede la Iglesia ser un signo y un instrumento de paz en el mundo. Este es el tercer punto fuerte: el cristocentrismo, la unidad y la paz. Esto también se ve en el lema que eligió cuando se convirtió en obispo en Perú: *In illo uno unum*, que podríamos traducir como: «En Aquel que es Uno, seamos uno». Este lema es una interpretación del salmo 127 por san Agustín, quien dice en esencia en sus

Todopoderoso ha hecho cosas grandes en mí» (Lc 1,4P), = L'Osservatore Romano, ed. en lengua española (24 de marzo de 2017), 8.

¹⁰² Entrevista publicada el 15 de abril de 2026 en “France catholique” (<https://www.france-catholique.fr/leon-xiv-est-preoccupe-par-la-foi-en-europe-explique-le-cardinal-koch.html>).

Discursos sobre los salmos: «En la Iglesia somos muchos y somos diferentes. Pero hay que recuperar la unidad en Cristo».

¿Qué amenaza esa unidad? ¿Por qué es necesario recuperarla?

Si la Iglesia es una comunidad dividida, ¿cómo podría contribuir a restablecer la unidad entre los cristianos? ¿Cómo podría contribuir a restablecer la paz en el mundo? Sin un espíritu común, no es posible lograrlo. Restablecer la unidad en la diversidad de todas las opiniones: es un reto para la sociedad y, ante todo, para la Iglesia.

¿Cómo cree usted que León XIV pretende restablecer esa unidad?

El modelo es la Trinidad. En la Trinidad hay una pluralidad de personas: el Padre no es el Hijo, el Hijo no es el Espíritu Santo y, sin embargo, existe una hermosa unidad entre estas personas. Unidad y pluralidad reconciliadas: ese es el gran reto para la Iglesia.

León XIV visitó Argelia como «hijo de san Agustín». ¿De qué manera inspiró el «obispo de Hipona» su pontificado?

El Papa cita mucho a san Agustín en sus discursos y homilías, al igual que Benedicto XVI. Hace especial hincapié en el amor: Dios es amor. Ese era el gran tema de san Agustín. Junto con la unidad entre la Iglesia y la Eucaristía. La Eucaristía no es solo uno de los sacramentos. La Eucaristía y la Iglesia son lo mismo. Como dijo el gran teólogo francés Lubac: «La Iglesia hace la Eucaristía, y la Eucaristía hace la Iglesia».

Usted menciona a Benedicto XVI. ¿Ve en este primer año algún paralelismo con los pontificados de Benedicto XVI y de Francisco? ¿Y alguna diferencia?

Siempre resulta difícil hablar de las diferencias y las continuidades. Hay que ver cuál es la particularidad de León XIV. Cada papa tiene su propio carácter. No solo tenemos diferentes papas, sino también diferentes papados. El cargo petrino es inmenso, ¡y cumplir con todas las tareas que conlleva es muy difícil! Hay que establecer prioridades.

¿Cómo gobierna?

Tengo la impresión de que dirige la Iglesia con gran serenidad. Es un hombre muy arraigado espiritualmente, un hombre de oración. Tiene muchas cosas que hacer, pero las lleva a cabo con prudencia y tranquilidad en la acción.

¿Qué nos revelan sus primeros viajes? ¿Y el hecho de que visitara, entre otros lugares, Nicea, donde se adoptó el Credo?

El viaje a Turquía estaba previsto antes de su elección. El patriarca ecuménico había invitado al papa Francisco a celebrar, en mayo, los 1700 años del concilio de Nicea, lo que no pudo llevarse a cabo debido al fallecimiento del papa. Por ello, el patriarca invitó a León XIV a acudir en noviembre a profesar la fe en Cristo, en comunión con los representantes de todas las demás Iglesias y comunidades eclesiales. El concilio de Nicea fue el primer concilio ecuménico. Se convocó para luchar contra el arrianismo, la doctrina del sacerdote Arrio, quien afirmaba que Jesús no era el Hijo de Dios. El concilio se reunió para refutar esta herejía y confesar que el Hijo de Dios es consustancial al

Padre. Era muy importante que se celebrara este aniversario porque, como dijo el Papa en Constantinopla, estamos asistiendo a un resurgimiento del arrianismo. Es necesario confesar nuestra fe en común: solo podemos recuperar la unidad entre los cristianos en la fe apostólica.

¿Qué relación mantiene con Europa el papa León XIV, nacido en Estados Unidos y naturalizado peruano?

León XIV nació, efectivamente, en Estados Unidos, pero cuenta con una amplia experiencia de la Iglesia en el mundo. Fue misionero en Perú y, posteriormente, superior general de la Orden de San Agustín; en el ejercicio de este cargo, visitó todas las comunidades agustinas del mundo. También fue prefecto del Dicasterio para los Obispos. Lo que distingue a León XIV no es ser estadounidense, sino esa universalidad y esa visión global de su experiencia. Evidentemente, le interesa mucho Europa —y le preocupa que la fe allí no sea, por decirlo en lenguaje diplomático, muy intensa...

Por lo tanto, es necesario revitalizar esa fe cristiana que Europa ha olvidado un poco...

... diría que corre un gran peligro de olvidar.

Francia, siguiendo los pasos de otros países europeos, tiene previsto legalizar la eutanasia. ¿Es esto motivo de preocupación para León XIV?

Creo que Europa está perdiendo sus valores cristianos. Es sobre todo al principio y al final de la vida humana donde se plantean grandes retos. Algunas decisiones de los gobiernos europeos resultan muy provocadoras. Porque suponen un cambio en los derechos humanos. Antes, el fundamento de los derechos humanos era el derecho a la vida. Pero ahora se dice que es el derecho a dar muerte. ¡Es todo lo contrario! Europa está perdiendo sus raíces. Si Europa solo tiene en común una moneda y preocupaciones materiales, pero no valores espirituales, si Europa pierde su alma, pierde sus tradiciones y su esencia.

**CONSULTA
TODOS LOS NÚMEROS**



forum.salesianos.es

☆ UNA ESTRELLA EN MI VENTANA

De ateo a cristiano en una noche

“Quien está en Cristo es una criatura nueva: lo nuevo ha comenzado”...
(Cf. 2 Cor 5,17)

La historia de hoy tiene un protagonista personalizado y con nombre propio. Se omite por respeto y por consideración a su vida, una sugerente ventana abierta.

Ya veo a qué te dedicas. ¿Por qué trabajas haciendo rosarios artesanales? Hace años tuve un encuentro fuerte con Dios, una conversión radical. Se puede decir que me acosté ateo y por la mañana me levanté creyente. Y a los tres o cuatro meses de mi conversión, le pedí a la Virgen que me diera algo que hacer y que no hiciera nadie... Y empecé hacer rosarios.

Yo era un apasionado de la música y vivía en Barcelona. En mi vida había una persona a la que considero mi madre espiritual. Estaba muy grave, a punto de morir y me pidió que viniera a Madrid a cuidarla. Y cuando nos separamos, al morir ella, me convertí. Se podría decir que esta persona fue la única que apostó por mí. La única persona que me quiso. Era una persona ajena a mi familia, una persona que hacía suya la máxima de no hablar de Dios si no le preguntaban expresamente, pero vivía de tal manera que su vida se convierte en una pregunta constante.

A su muerte me fui a un hotel. Y allí, echado en la cama, me di cuenta de que ya no me quedaba nada en la vida y comencé a pensar en Dios. Me había quedado completamente solo. Dios permitió que todo me fuera arrebatado para encontrarme con él. Me di cuenta de que tenía un Padre y una Madre que me querían... Esta es en pocas palabras mi historia.

A parte de mi pasión por la música, yo trabajaba como camarero; pero a raíz de los acontecimientos narrados perdí el trabajo y estuve un mes viviendo y durmiendo en la calle. Fue una experiencia muy dura. No comía, apenas bebía, pero tenía una fortaleza y una fe muy fuertes. Y tenía los rosarios: se me había

encargado que hiciera algo; tenía una gracia especial. Comencé a venderlos en la calle al lado de una tienda de comestibles. Luego vi que era más adecuado hacerlo a la puerta de una iglesia, donde estoy ahora...

Esto también ha resultado un modo de encuentro con los demás. Me hace disfrutar de las amistades que voy logrando, el poder dar consuelo a personas que vienen a hablar y a desahogarse. Algunos tienen necesidades espirituales, dudas, inquietudes. Otros vienen incluso con rechazo a la Iglesia. Se trata de una manera de formar comunidad, de encontrar hermanos y amistades que perduran con el paso del tiempo. Es verdad que este trabajo no me da para salir adelante porque me deja un margen muy escaso, pero es una ayuda y no la quiero dejar. Es el centro de mi actividad y de mi apostolado, lo único que puedo ofrecerle a Dios. No tengo nada más.

He aquí una ventana abierta con palabras que no dejan indiferente. “Comencé a rezar el rosario. Esa fue mi puerta de entrada a la espiritualidad. No sé por qué, Dios me dio este regalo del rosario, tanto para hacerlos como para mi oración personal”.

En el mes de mayo, nos quedará siempre abierta esta ventana del rosario.

Isidro Lozano

PROTAGONISTAS de la HISTORIA

